

L A F A R S A L I A

M A R C O A N N E O
L U C A N O

LUCANO

SU VIDA, SU GENIO, SU POEMA

Discurso leído en la Universidad Central¹.

Excmo. E ILMO. SR.:

Roma era la última encarnación del genio del antiguo mundo. Roma representaba providencialmente la síntesis y el epílogo de toda la Historia. A su frente se levantaban Menfis, Alejandría, Cartago, destinadas a revelar los secretos del mundo de la Naturaleza, del mundo de Dios, del Oriente; a su lado Atenas, a sus pies Sicilia, destinadas a revelar los secretos del mundo del Arte, del mundo del hombre, de Grecia; y las almas de estos

¹ Este discurso forma parte del tomo titulado Discursos académicos, del Sr. Castelar, que dio a luz el editor D. Antonio de San Martín, y lo publicamos con la autorización del autor y del editor

dos mundos, que, después de la total ruina de su poder y del ocaso de sus glorias, vagaban errantes, se confundieron, como el aroma de dos flores, en el seno de la Ciudad Eterna. Esta idea trascendental es la ley de vida de la sociedad romana. Los patricios, raza avasalladora, que guardaba para sí el depósito sagrado de las leyes, la interpretación de las fórmulas del Derecho, el sacerdocio y el gobierno, representan la idea oriental; y los plebeyos, raza expansiva, que anhelaba la igualdad política, la libertad civil, el esclarecimiento de las misteriosas fórmulas del Derecho, el sacerdocio y el gobierno para todos, representan la idea occidental, la idea griega; y el equilibrio de estas dos fuerzas contrarias, la síntesis de estos dos principios antitéticos, es la vida de la sociedad romana. Y esta idea, se refleja en su religión, que congrega todos los dioses; en sus leyes, que funden todos los derechos; en sus artes, que heredan el genio de todos los pueblos; en su Parnaso, que guarda laureles para todos los poetas.

El cetro de Roma es el eje de la tierra. Todos los pueblos son sus tributarios. Pero ninguno le ofrece tan ricos presentes como nuestra hermosa patria. Nosotros dimos al Imperio su más gran jefe, Trajano; su más ilustrado retórico, Quintiliano; su más amargo satírico, Marcial; su más profundo filósofo, Séneca; su más verdadero poeta, el inmortal Lucano, cuya vida, genio y obras son objeto de este mi discurso, para el cual recla-

mo, Excmo. Sr., vuestra ilustrada atención y vuestra nunca desmentida indulgencia.

La vida del hombre influye decisivamente en la suerte del genio². Historiemos, pues, la vida del poeta que cruzó por los horizontes del tiempo, donde había de dejar eternos resplandores, fugazmente, desgracia que suele acontecer a los nacidos en esas épocas tempestuosas en que el espíritu humano se renueva y florece a costa de la vida del hombre. Lucano nació en Córdoba³. Aunque la Historia callara su nacimiento, lo diría la naturaleza de su genio. La savia meridional de su imaginación, tan rica en flores como los patrios campos; la claridad de su mente, hermosa y serena como noche de estío de la Bética, que muestra el cielo rociado de estrellas y el campo cubierto de luciérnagas; la majestad y entonación de sus versos; el atrevimiento de sus metáforas; el alto vuelo de su alma, que se cierne con el poder del águila en lo infinito; el lujo de su dicción, nos

² *Practer vitam Lucani, quae ad Suetonium auctorem refertur, aliam ineditam laudat Scaliger ad culicem Virgilii, illam fortassis quze effitioni Sebrevelianae praemittitur, edita a joane Britarnnico. Adire praeterea iuvabit Martinum Hanckium de Rom. Vet. scriptoribus C. XI, Nic. Antonium, lib. I, Bibl. Vet. Hispanae, cap. X, et Gaudium de scriptoribus non Ecclesiast, tomo I, pág. 264. Ab Fabricii. Bibliotheca Latina. L. II, cap. X.*

³ *M. Annaeus Lucanus, Cordubensis, prima ingenii experimenta in Neronis laudibus dedit quinquennaii certamine. - Suet. vit. Luc.*

enseñan que Lucano es predecesor de Góngora, y que su cuna se meció en esa hermosísima tierra de Andalucía, adornada con todas las maravillas de la creación por Dios, como si la destinase desde la eternidad a servir de templo al genio de Oriente.

Lucano, a diferencia de Virgilio, no nació entre los apriscos, a la sombra de los olmos y de los sauces, ni su alma en la niñez voló como la mariposa de flor en flor por los campos, ni aprendió a cantar en los murmullos del arroyo y en los arpados trinos del ruiseñor; porque sus padres⁴ en edad temprana le llevaron a Roma; y sin embargo, la tradición cuenta que las abejas de la Bética volaban a su cuna a recoger la miel que destilaban sus labios, entreabiertos por la sonrisa de la inocencia⁵.

⁴ Le père de Lucain se nommait Maceus Anneus Méla, et était le plus jeune des fils de Sénèque le rhéteur. Marcus Anneus Lucanus naquit á Cordoue en l'an 39 de notre ere. Des l'age de huit ans il fut amené a Rome par son pere et mis sous la direction de son oncle, qui était déjà précepteur de Neron . - Híst. de la Lit. Rom. Alexis Pierron.

⁵ Le meme commentateur ajoute qu'il arriva, ainsi que pour Hésiode enfant, que des abeilles voltigéret autour de son berceau et se poserent même sur ses lèvres.... pour présager ses destinées futures. (Nisard: Etud. sur les poet. lat. de la décadence) He aquí las palabras del antiguo comentario a que Nisard se refiere: «Ac ne dispar eventus in eo narraretur ejus, qui Hesiodo refertur, qutum opinio.tunc non dissimilis manneret, cunas infantis, quibus ferebatur, apes circumvolarent, osque insidere complures, aut dulcem jam spiritum ejus

Tomóle bajo su protección Séneca, y fueron sus maestros, Cornuco, estoico; Remmio Palemón, gramático⁶, y Virgilio Flacco, retórico, los cuales le amaestraron en las artes de la elocuencia, en los principios de la moral estoica, alimento de todas las almas generosas en Roma, y con tal fortuna⁷, que, niño aún, recitaba Lucano admirablemente versos griegos en los salones y academias, siendo pasmo y maravilla de la alta sociedad y cosechando en flor prematuros triunfos⁸.

Al lado de Lucano, crecía un joven, su amigo, cuyo carácter, comentado por tan profundos historiadores, es

inhaulientes, aut facundum, et qualem nunc existimamus, futurum significantes."-Vit. Luc. ex ant. com.

⁶ Rheminus Palaemon et Flavius Virginius furentses maîtres de grammaire et d'eloquence. Les principes de la philosophe sticienne lui furent donnés par Anaëus Cornutus, philosophe grec qui professa a Rome jusqu'a ce que Néron, indigné de sa franchise, le relega dans une île. -Hist. Abr. De la Lit. Rom. Schoell.

⁷ A praeceptoribus tunc eminentissimis est eruditus; eosque intra breve temporis spatium ingenio adequavit; una vero studentes superavit profectibus. -M. A. Lucani vita ex comment. ant.

⁸ Hablando de los certámenes poéticos, dice el anterior comentario: «Declamavit et graece, et latine cum magna admiratione audientium. Ob quob puerili mutato in senatorium cultum, et in notitiam Caesaris Neronis facile pervenit, et honore vixdum aetati debito dignus judicatus est."»

aun hoy obscuro jeroglífico: hablo de Nerón⁹. Detengámonos un instante a contemplar este desgraciado que ha de apagar con su soplo la vida de Lucano. Elevado al trono; viendo a sus plantas rendido al mundo; estimando en poco la Humanidad, su esclava; rodeado de riquezas, de placeres; lleno el abismo de sus deseos, ociosa su voluntad, Nerón se enamoró un imposible: ardió en ansia de ser el más grande artista de su tiempo¹⁰, anheló ceñir a su diadema imperial coronas de laurel, vivir la vida del poeta, extasiarse en escuchar los aplausos de todas las gentes, conmovidas por sus cánticos, encadenar a las musas como tenía encadenados a los reyes del mundo, arrancar su lira al divino Apolo; mas cuando su conciencia le decía en secreto que luchaba con un imposible, acostumbrado a verse siempre obedecido, como Júpiter, con sólo fruncir las cejas, no pudiendo sufrir el martirio de su deseo, desahogaba en

⁹ Neron le traitait en ami: il le nomma questeur, il lui conféra même la dignité d'augure; mais cette amitié ne dura pas. - Hist. de la Lit. Rom., par A. Pierron.

¹⁰ Hi dies, ac notes plausibus personare, formam principis, vocemque deum vocabulis apellantes, quasi per Virtutem clari, honoratque agere. Ne tamen ludicrae tantum imperatoris artes notescerent, carminum quoque studium affectavit, contractis, quibus aliqua pangendi facultas. Necdum insignis aetatis nati, considerare simul, et allatos vel ibidem repertus versus connectere, atque ipsius verba quoque modo prolata supplere: quod species ipsa carminum docet, non impetu, et instinctu nec ore uno fluens. - Tac. Annal., lib. XIV.

crímenes el dolor de su oprobiosa impotencia. Nerón es, antes que todo, artista, y para convencerlos, convertid los ojos a su vida. Nerón esculpe su propio busto en los edificios públicos ornado con la corona de laurel y los atributos de Apolo; mata a Trhaseas porque no gustaba de oírle cantar, y a Británico porque la voz de este príncipe era más dulce que su celeste voz; recibe a Tiridates, rey de Armenia, en el teatro, que dora y orna para tal solemnidad, extendiendo ricas telas de púrpura que les resguardaran del sol, y bordando en el centro su propia imagen en actitud de conducir un carro olímpico, circundada de estrellas la áltiva espaciosa frente; canta en los espectáculos acompañado de un arpa de oro que sostienen de rodillas los patricios romanos; representa frecuentemente el papel de Oreste asesino de su madre, y acaso por este artístico recuerdo manda ahogar a la desgraciada Agripina en las claras aguas del Tirreno, en aquella serena estrellada noche en que parecía que los astros velaban para testificar al cielo tan horroroso crimen; reduce a cenizas la antigua Roma por gozarse en contemplar un sublime cuadro; va de teatro en teatro, de circo en circo recogiendo premios; manda derribar un lienzo de muralla para que le reciba dignamente Roma cuando vuelve de los juegos griegos triunfador, envuelto en rozagante púrpura de Tiro, con la corona de oliva en la frente y el laurel pítico en las manos; se indigna de la rebelión de Vindex, no porque el pretor de

las Galias desconociera su autoridad, sino porque se mofaba de su divino genio; y en la hora suprema de morir no siente que se quiebre su cetro y se extinga su poder, sino que se quiebre su lira y se apague su meliflua voz; no llora en su muerte al emperador, sino al artista¹¹.

Juntos Nerón, que deseaba ser poeta, y Lucano, quien lo era, ¿podía aquél consentir que un rival afortunado le disputara el laurel de la gloria y el premio en los poéticos certámenes?¹² Un día se reunieron ambos en un certamen a disputar un premio. Nerón leyó una poesía consagrada a las transformaciones de Niobe; Lucano otra consagrada al descendimiento a los infiernos de Orfeo¹³. Los aplausos de la multitud cubrieron la voz de Nerón. Pero en aquellas muestras de forzado entusiasmo faltaba el acento de la espontaneidad que nace del

¹¹ Tac. Annal., lib. XIII, párr. 4; *id. id.*, párr. 8; *idem*, lib. XIV, párr. 2; *id. lib. XV*, párrs. 6, 7 y 8; lib. XVI, párr. 5, etc., etc. Véase también *L'Histoire de Rome a Rome*, par M. Amper.

¹² Neron, qui, dans les premiers momens où il préludait a ses crimes par toutes par toutes les fantaisies du pouvoir absolu, était acteur, musicien et poète, accueillit les talens de Lucain. Il le fit questeur, augure, le combla de faveurs, et voulut meme l'honorer de sa rivalité. - Villemain: *Biographie universelle*.

¹³ Y dans des jeux littéraires, que l'empereur avait établis, Lucain chanta la descente d'Orphée aux enferts, et Néron le metamorphose de Niobé. - *Ibíd.*

corazón¹⁴. Presentóse después Lucano y recitó sus versos: el respeto, el temor contenía a los oyentes; mas por uno de esos triunfos del Arte que parecen milagrosos, el poeta suspende los ánimos, los arrebató y consigue que, olvidados de sí y del emperador, le decreten unánimes el codiciado premio¹⁵.

¿Cómo era posible que Nerón dios, Nerón emperador, Nerón poeta, consintiera un genio superior a su genio? Salióse despechado del certamen, y prohibió a Lucano que volviese a leer en público sus versos¹⁶. El poeta, que vivía en la atmósfera de la gloria y del entusiasmo, desde aquel punto comenzó a ver de romper los hierros de su cárcel; y como el Imperio era el eterno martirio de los patricios, y éstos no perdonaban medio para sacudir su inmensa pesadumbre, Lucano se asoció a la conspiración de Pisón. Un esclavo, delató la conju-

¹⁴ *Quinquennali poetarum certamine ab Nerone instituto, recitante quoque Nerone, in Pompeii theatro laureis coronatur ac ingeii foetum extemporali opera edit Orpheia, aliaque carmina, quae Caesarem praestantia sua offendunt, ambitio sibi principatum non modo hominum, sed et artium vindicantem.*-Níc Func. De Imm. LL. senaectute tractatus XXXIII.

¹⁵ *Quare inimicum sibi fecit imperatorem. Quo ambitiose imitate, non hominum tantum, sed et artium sibi principatum vindicante, interdictum est etiam causarum actionibus.* -Lucani vit. ex Coment. antig

¹⁶ *Ei, stolidi invidia, foro, theatro, omnique poetica interdictum.* - Clercquius van. Jever. not. ad titul. Phars.

ración, y en premio de su crimen recibió largos honores y el título de conservador del Imperio¹⁷. Por esta causa murieron patricios, damas, guerreros, muchos hombres ilustres, y entre ellos, nuestro gran poeta. Cuéntase que vaciló algunos instantes en la hora de morir, pretendiendo salvar su vida por malos y deshonorosos medios que le rebajan a los ojos de la posteridad¹⁸.

Sin que nosotros pretendamos abonar nunca malas acciones, consideraremos que debía ser muy triste para Lucano morir a los veintisiete años, designado cónsul; ceñida de coronas la frente, de ilusiones el corazón; sintiendo la savia de la vida latir con fuerza poderosa en sus venas y el fuego de la imaginación arder con abrasadora llama en su mente; vislumbrando los horizontes inmensos de risueño porvenir; amado, tiernamente de una joven en la cual competía la hermosura del alma con la hermosura del rostro; ¡ah!, era muy triste dar el último adiós a la vida cuando la doraban el encanto de tantas venturas y tan deliciosas esperanzas. Mas si Lucano faltó en un momento de extravío, arrepintiéndose pronto, rehizo su ánimo, presentó serena frente a la muerte, extendió ambas manos con tranquilidad para que le abriesen las venas; su sangre joven corrió pura, llevándose tras sí la vida, y el poeta, nublados ya los ojos, falto de aliento, espiró recitando unos versos de

¹⁷ Tac. Ann., lib. XIV, párr. 8.

¹⁸ Tac., *íd. íd.*

La Farsalia, versos que describían la muerte de un joven picado por una víbora en un bosque de las Galias, y que al espirar destilaba sangre por todos los poros de su robusto cuerpo¹⁹. Sobre su cadáver frío se inclinaba llorosa una mujer que había recogido él postrer suspiro de los labios del poeta para guardarlo en su amante pecho, y las cenizas de sus glorias para ofrecerlas a las venideras generaciones. Esta mujer era Pola Argentaria, esposa de Lucano, a cuyo cuidado debemos su magnífico poema²⁰.

Examinar el genio de Lucano es empresa difícil, si desestimando el propio criterio apelamos a la autoridad de los doctos. Unos le han estimado orador²¹, otros historiador²², no pocos le han creído gran poeta²³, otros

¹⁹ Tacit. Ann., XV, párr. 70.

²⁰ Uxor Lucani Polla Argentaria, post excessum mariti Pharsaliam ejus emendavit: imo et viventem in carmini dicitur adjutase. -G. J. Voss. de veter. poet. tempor., lib. II

²¹ Lucanus ardens et concitatus, et sententiis clarissimus, et, ut dicam quod sentio, magis oratoribus quam poetis adnumerandus. M. Fab. Quint. Institut. orat. X.

²² Officium autem poetae in eo est, ut ea, quae vere gesta sunt, in alias species obliquis figurationibus cum decorre aliquo conversa transducatur. Unde et Lucanus ideo in numero poetarum non ponitur, quia videtur historiam composuisse, non poema -S. Isid Etym., lib. VIII, cap. VII. - Vossius, en su Tratado De historicis latinis, lib. I, cap. XXVI: "Inter historicos etiam locum damus M. Annaeo Lucano, Cordubensi.

Quippe qui poema suum de bello civili Caesaris et Pompeii fide historica scripserit.

Sulspitius Verulanus, en su epístola a Antonio Palavicino, dice: "Lucanus, quum puram historiae fidem sequatur, etiam historici sustinere personam videtur."

²³ Entre otros de los que alaban por gran poeta a Lucano, se cuenta Alfonso Garcia Matamoros, honor y gloria de la Universidad Complutense, que tanto contribuyó al renacimiento y difusión de las letras clásicas.

At junius Gallio ex arte oratoria gloriam sibi petendam existimavit: quemadmodum ex poesi nepos Lucanus, qui si immaturu interceptus non fuisset obitu, non est quidem dubitandum, quin claros Virgili manes ad invidiam tanti decoris, quantum in ejus illuxit Pharsalia esset permoturus. Nan et ipse Nero Claudius carminibus tantae sublimatatis commotus, ubique se dilatantem Lucani poesis famarri invidiose premere voluit, prohibueratque ostentare vanus adsimulatione. Quod ita graviter et iniquo tulit animo divinus poeta, ut propter hanc unam causam in ejus exitium cum multis principibus viris conspirare non dubitaverit.-Alphons. Car. Matam. De adseren. Hisp. erudit.

Mi ilustre maestro, el Sr. Amador de los Ríos, dice:

"Acaso no existió en la república de las letras otro ingenio que, en su primera juventud, haya recogido tantos y tan deslumbradores laureles: ninguno le ha aventajado después en sus grandes cualidades poéticas. Dotado de una imaginación prodigiosa, llena su alma de luz y de armonía, todo cuanto miran sus ojos cambia de forma y de naturaleza, tomando

gigantescas dimensiones; todo recibe más brillante colorido, desapareciendo instantáneamente las medias tintas y débiles matices. Bajo las huellas de su arrebatado pincel se convierten los arroyos en caudalosos ríos, crecen las mansas colinas hasta erigirse en levantadas montañas, y aparecen los hombres animados de titánicas fuerzas." -Cap. III, tomo I, Hist. crít. de la Literat. esp. (inéd.).

Papinio Stacio le alaba y pone hasta sobre Virgilio en su Genethliacon Lucani:

"*Lucanum canimus: favete linguis.
Vestra est ista dies; favete, musae,
Dum qui vos geminas tulet per artes
Et vinctae pede vocis, et solutae,
Romani colitur chori sacerdos...*"

Sulpicio Verulano, en su carta en otro lugar citada, comparándolo con Virgilio, dice: "Magnus prefecto est Maro, magnus Lucanus; adeoque prope par, ut qui sit major, possis ambigere Summis enim uterque est laudibus eloquentiae cummulatus Dives est et magnificus Maro; hic sumptuosus et splendibus. Ille maturus, sublimis, abundans: hic vehemens, canorus, effusus. Ille venerabilis pontificio modo quadam cum religione videtur incidere: hic cum terrore concitatus imperatorio. Ille cura et diligentia cultus: hic natura et studio perpolitus. Ille suavitate et dulcedine animos rapit: hic ardore et spiritu complet. Virgilius nitidus beatus, compositus: Lucanus varius, floridus, aptus."

han despreciado su genio, tachándole de obscuro en las ideas, de ampuloso en las frases, de falto de inspiración y sobrado de palabras²⁴; pero todos han convenido en

Marmontell, en sus Poesies fugitives, le ha consagrado los siguientes versos:

"Le seul Lucain cherchant une autre gloire

Sans le secours des enfers, ni des cieux,
D'un feu divin sait animer l'histoire,
Et son génie en fait le merveilleux."

El célebre Montaigne dice:

"J'aime aussi Lucain, et le pratique volontier, non tant pour son style que par sa valeur propre et la vérité de ses opinions et jugemens." Essais, libro XI, cap. X.

Voltaire le ensalza en estos términos:

"Lucain, génie original, a ouvert une route nouvelle. Il n'a rien imité; il ne doit à personne, ni ses beautés, ni ses défauts..." - Ess. sur la poes. epique, cap. IV.

-Morhofio nos dice lo siguiente respecto a la estima en que algunos hombres eminentes tenían a Lucano:

"Hugo Grotius tanti eum fecit, ut, referente patino in Epistolis, illum perpetuo in sinu gestaret, et nunquam sine Lucano ambulet." -Polyhist. Liter. Philosof. et Pract., I. IV, g. XII.

²⁴ Lucain avait été élève dans les exercices oratoires; il avait retenu de cette éducation l'habitude de composer un dis-

que poseía grandes y eminentes cualidades. Tal confusión se ha movido en el mundo literario al juzgar a Lucano, que apenas con los ojos puestos en el poeta y en su siglo se atreve la mente a dar un juicio decisivo y firme.

¿Puede dudarse que Lucano es poeta? La poesía es la fuerza creadora que reside en el hombre, la manifestación de su íntima naturaleza, la esencia misma del alma encarnada en la forma ingénita de la idea en la palabra. La poesía es el resumen de todas las artes; como la música, combina el tiempo y produce admirables cadencias; como la escultura, graba y esculpe grandes ideas en los espacios; como la pintura, refleja la naturaleza; y así inspirada recorre las esferas de la vida, las escalas de la creación, los círculos de la inteligencia, la serie posible de las ideas, el tiempo, la eternidad, y es respecto al hombre lo que respecto a Dios es la maravillosa creación. La fuerza creadora: he aquí la primer cualidad del poeta; esa fuerza que puebla de seres ideales los espacios. Y admitido esto, ¿es posible negar a Lucano los timbres de poeta? Léase *La Farsalia*, examínense los ca-

cours, de chercher des traîts, de viser á Peffet oratoire; de lá, en effet, dans les harangues qu'il fait tenir a ses personnages, un certain arrangemen qui n'est pas sans habilité, des traits, des effets, une chaleur de plaidoyer: mais de la aussi, le déclamation, l'emphase, le lieu comun, la multiplicité des monologues et des discours. -Nisard: Etud. sur les poet. lat. de la décad.

racteres que anima, las ideas elevadas que derrama como brillantes centellas, los sentimientos que mueve y levanta en el corazón, la magnificencia de sus descripciones, en que se ve circular la vida de la creación en su prístina pureza; léase *La Farsalia*, y se advertirá escondida allí, como la perla en su concha, el alma de un poeta.

Muchos críticos han por extremo encarecido sus defectos, y han olvidado cuáles eran los defectos de su siglo. La libertad romana había muerto: el sagrado campo de Cíncinato se había convertido en praderas y jardines de Nerón; el genio no podía volar libre por los espacios infinitos, y ocultaba en pobre larva sus matizadas alas el antiguo ideal del arte romano; Grecia había perdido con su independencia su genio, como si la tristeza de la esclavitud hubiera ahogado su voz; Alejandría, maestra en aquella sazón del mundo, al recibir el genio del Oriente había desconcertado las armonías clásicas; la luz del Olimpo se apagaba; los dioses griegos y romanos se morían; la severidad del estoicismo infundía miedo a las artes; todos los sistemas filosóficos eran protestas vivas contra la religión, esa musa del ciclo; el mundo antiguo estaba tocado del presentimiento y del temor de su próxima ruina, y buscaba en la orgía del Imperio un sudario de púrpura y un brillante sepulcro; hasta el fondo del Mediterráneo, ese mar tranquilo como la eterna alegría de los antiguos dioses, exhalaba quejidos de muerte; y la duda corroía todas las inteligencias, y la de-

sesperación secaba los manantiales del sentimiento en todos los corazones.

Esta edad era infeliz para el genio. Así, aunque Lucano fuera poeta, la inmensa pesadumbre de aquella atmósfera debía ahogarle. Él poseía en grado eminente la fuerza creadora. Si su siglo era estéril en creencias, si se habían agotado los manantiales de la inspiración, si el aire sofocante de los salones y certámenes académicos secaba la mente, si la esclavitud tornaba oscuros y sutiles a los más claros y grandiosos genios, cúlpese, no a Lucano, cúlpese a su siglo. ¿Es dado al hombre modificar con su aliento la atmósfera en que respira? juzgar al poeta aisladamente es achaque de una crítica falta de elevación y de grandeza.

Y dado que Lucano sea poeta, ¿es un poema La Farsalia? Nadie ignora su argumento. Su nombre lo dice. Pinta aquella gran ocasión en que murió a las plantas de César, defendida por Pompeyo en los campos de Thessalia, la república romana. Como se ve, sin que yo lo indique, su argumento es eminentemente histórico. Y volvemos a preguntar: ¿es un poema La Farsalia?

Para responder a esta pregunta convirtamos los ojos a las leyes fundamentales de la Historia, y consideremos la naturaleza del poema épico²⁵. Así como la poesía líri-

²⁵ No puedo continuar sin declarar aquí que me sirven de principal guía en estos estudios las ideas que he recogido en las cátedras de esta Universidad, de los labios de mis digní-

ca es eminentemente subjetiva, la poesía épica es eminentemente objetiva: la primera es la voz de un hombre; la segunda es la voz de un siglo. El poeta lírico puede transformar en su mente y en su corazón todas las ideas recibidas de su siglo: el poeta épico no debe aparecer en su obra, a manera de esos sublimes arquitectos de la Edad Media, que ideaban y construían una maravillosa catedral y no se curaban de escribir sus nombres ni en una sola piedra.

La poesía épica tiene, como la historia antigua, tres momentos: es divina, es heroica más tarde, y por último es humana. La poesía épica divina la componen los cantos cíclicos, la historia primitiva de los pueblos antiguos, cuyos actores son los dioses que llenan los espacios de la tierra. Esta poesía precedió a Homero, y es la base de los primitivos mitos de Grecia. La poesía épico-heroica es el segundo desarrollo de este género literario. El protagonista ya no es un dios, sino un hombre; el sacerdote es reemplazado por la monarquía; y aunque los héroes son hijos de los dioses, como la edad heroica es hija de la edad divina, una idea humana centellea en todos sus cánticos. Esta edad se halla representada por el divino

simos maestros los Sres. Núñez Arenas, Camus, Amador de los Ríos y Sanz del Río, a cuyas elocuentes lecciones debo mis conocimientos en literatura general, en literatura latina, en literatura española y en filosofía. Tengo un placer singular en tributarles mi admiración, mi respeto y mi eterno agradecimiento.

Homero. La edad heroica procede de la edad divina, como la flor procede de la semilla; y la edad humana procede de la edad heroica, como el fruto procede de la flor. Esta última edad se halla representada por La Farsalia del inmortal Lucano. En el período que La Farsalia comprende, la poesía épica es muy difícil; existe ya una sociedad asentada sobre sólidas bases, y los acontecimientos dependen, más bien que de la voluntad del hombre, de la dirección que toman las fuerzas sociales; la historia severa quita al héroe humano el brillo de que está cubierto el héroe divino; y los preparativos, los medios de que se ha de valer el hombre para grabar la pura idea de su mente en la realidad siempre impura, siendo, como son, cálculos más bien que inspiraciones, no pueden compararse con los medios maravillosos empleados por un dios que todo lo saca de su poder, o por un héroe que tiene misteriosas relaciones con el cielo y ve siempre flotar en los aires un genio superior que le remueve los obstáculos, y le auxilia en sus empresas, y le muestra el camino de la vida. Lucano, pues, no pudo exentarse de las condiciones de su siglo. Examínese La Farsalia. La Historia es su musa, sus héroes hombres cercanos al siglo del poeta; lo maravilloso apenas aparece en el poema; las pasiones humanas son su objeto, la lógica de los hechos su procedimiento, la política su maestra; la Naturaleza no toma parte alguna en la acción sino como un gran teatro, y los pensamientos principa-

les nacen del fondo de la sociedad de aquel tiempo más bien que de la arrebatada mente del poeta²⁶.

¿Deja por eso Lucano de representar de una manera objetiva su siglo? No; ningún poeta hay más fiel que Lucano al espíritu de su tiempo. Él nos presenta la idea religiosa, la idea política, la idea filosófica de su siglo. Muchos críticos le han afeado que no presentara los dioses griegos, ni por regla general casi ninguna divinidad como elementos de acción en su poema²⁷.

²⁶ Así el eminente crítico Bähr ve en La Farsalia un poema histórico. "Durch die Behandlung des Stoffs in chronologischer Folge und durch die getreue historische Erzählung der einzelnen Ereignisse, welche alle Fiction ausschliesst, die der historisch beglaubigten Erzählung widerstreiten würde, entfernt sich freilich dieses Gedicht von der eigentlichen epischen Darstellung und nähert sich mehr der Art von historischen Gedichten, wie sie in Alexandria aufgekomen waren und später in Rom grossen Beifall gefunden hatten. - Geschichte der römischen Literatur.

²⁷ Esta ausencia de las divinidades griegas, que yo considero como uno de los principales méritos de La Farsalia, ha sido variamente juzgada por los críticos. Véase cómo se expresa Nisard, que en esta ocasión comprende mejor el espíritu del poeta, si bien siempre con notoria superficialidad:

"Lucain a exclu les dieux de la Grèce: il faut lui en savoir gré Virgile et Ovide les avaient pris à Homère; c'était déjà beaucoup. Ces dieux étaient usés, tout le monde en avait assez, si ce n'est Stace qui en eut toujours besoin pour donner des origines divines aux chevaux des eunuques de Domitien ou aux platanes de ses amis. Mais qu'est-ce que Lucain a mis a

Pero entonces, preciso es confesarlo, Lucano no hubiera representado tan admirablemente como representa su siglo. Al ahuyentar los dioses de su poema, nos muestra que se ahuyentaban del mundo. Y en efecto, los dioses griegos habían muerto; ya no resonaba entre los laureles y mirtos de Thesalia la lira de Apolo; de los sagrados bosques del Lyceo huían los resplandores de la corona de Júpiter; la copa de Ganimedes, que encerraba el néctar de la vida divina, se había quebrado; las praderas de la Arcadia no repetían los ecos de la flauta del dios Pan, ni las orillas del Alpheo resonaban con los cantares de las ninfas; el mar de Corinto, al unir sus olas con el mar de la Jonia y besar las siempre floridas riberas, se quejaba de la ausencia de las Nereidas, que habían desaparecido como blancas espumas deshechas por el soplo de las brisas; Grecia, la citerea de las naciones, la musa del mundo antiguo, su sacerdotisa, abandonada de sus poetas, de sus filósofos, de sus guerreros, agotada aquella imaginación que había producido el eterno ideal del Arte, apagado su pensamiento, extinguida su inextinguible risa, caía entre ruinas, desapareciendo del mundo de la Historia, desgarrada de dolor, herida como la divina Niobe por invisibles pero acerasdas flechas.

leur place? -La Fortune. -Belle decouverte!" -Eludes sur les poet. lat. de la décad.

Y si la religión griega había muerto, ¿podía inspirarse Lucano en la religión romana? No; la religión romana es el culto de lo desconocido²⁸. Los más grandes repúblicos de Roma ignoran el nombre de sus dioses²⁹. El numen de la Ciudad Eterna yace oculto en su seno como, un secreto inefable³⁰. Roma no tiene fe en sus dogmas religiosos³¹. En el Panteón están reunidos todos los cultos, presos todos los dioses, y todos, al dejarse esclavizar, muestran su incurable impotencia³². Las armas de Roma son el gran martillo que tritura y pulveriza el paganismo. Los bárbaros acabaron con los marmóreos cuerpos de los dioses, pero fue cuando Roma había acabado ya con sus almas. La religión romana, poseída de eterna duda, derrama en el ánimo tristeza y pavor³³.

²⁸ *Ipsi Romani el Deum, in cujus tutelá urbi Roma est, ut ipsius urbis nomen ignotum esse voluerum*-Macro Saturn, CXI, 9. -*Nihil loquor de pontificio jure, nihil de religione, caeremoniis. Non dissimulo me nescire ea.*- Cic. pro domo, 46. -*Non sum in exquirendo jure augurum curiosus.* -Ib., 15.

²⁹ *Verum nomen numinis quod urbi Romae praest, sciri sacrorum lege prohibetur; quod ausus quidam tribunus plebis enunciare, in crucem est sublaius.* -Servius ad Aeneid., I, 447; II, 198.

³⁰ *Nunc vix nomen notum paucis.* -Varr. L. L. V. P.50.

³¹ Véase *Le Génie des religions*, por Quinet, lib. VIII.

³² *Peregrinos deos trastulimus Romam, et instituimus novos.* -Tit. Liv., V. -*In Capitolio enim Deorum omnium simulacra colebantur.* - Serv. ad Aen., XI

³³ *Religio, id est, metus. Ab eo quod mentem religet, dicta religio.* - Serv. ad Aen., VIII.

Lucrecio, al ver que cada partido de Roma tiene sus dioses, duda de todos, porque no han abismado en lo profundo a la prostituida reina de la tierra. Al llegar el Imperio, los Césares sólo quieren a los dioses para esclavos³⁴. ¿Qué debía hacer Lucano delante de este universal escepticismo? ¿Debía, por ventura, resucitar aquella religión muerta en la conciencia del mundo, aquella aniquilada teogonía? No. Cuando en las llanuras de Thesalia ciñe lauro vencedor César, el poeta busca en el cielo el rayo de Júpiter, pidiéndole que destruya al destructor de la patria libertad, y al ver que Júpiter no le atiende, le maldice y le desprecia, mostrándole en son de burla el espectáculo ofrecido por el Imperio, en que Un hombre recibe, sin duda para castigar al cielo, el incienso y los honores guardados antes a los dioses³⁵. ¿No pinta así Lucano la conciencia de Roma? ¿Hubiera hecho algo más el Dante para pintar la conciencia del mundo en la Edad Media?

Examinado ya cómo presenta Lucano la idea religiosa de su siglo, veamos cómo nos presenta al par su idea

³⁴ Deos enim accepimus; Caeseres dedimus -Ad Tiberi Prol.

³⁵ "...Cladis tamen hujus habemus

Vindictam, quantam terris dare numina fas est,

Bella parís superis facient civilia divos;

Fulminibus manes, radiisque ornabit, et astris,

Inque Deum templis jurabit Roma per umbras."

(Lib. VII.)

filosófica. La escuela estoica dominaba con gran preponderancia en Roma. Esta escuela, nacida en Grecia, unía Dios al mundo como el espíritu al cuerpo, lo racional a lo sensible, la vida fugaz del individuo a la vida universal de la especie, y tenía las acciones particulares por elementos de la ley total del mundo, y la actividad por el ejercicio más digno del alma; y enseñando que la razón regula el instinto, fuente de todas nuestras obras, y dividiendo la virtud en conciencia que nos avisa del bien y del mal, templanza que modera nuestros ímpetus, fuerza de voluntad que nos lleva a nuestro fin, y justicia que armoniza nuestra vida con la del mundo y con la de toda la Humanidad, inclinaba al hombre a ser consecuente consigo mismo, le desligaba de las malas pasiones, le convertía a vivir vida feliz y le preparaba para morir bienhadada muerte³⁶. Esta filosofía estaba destinada a ser la madre de ese gran río de ideas que recoge los caudales de toda la antigüedad y que se llama Derecho romano. La filosofía estoica, de desarrollo en desarrollo, llega a Séneca, que es su gran mantenedor en Roma. Séneca subornina la lógica y la física a la moral, ensalza la razón, condena la demasiada ciencia, cree fácil la virtud, difícil el vicio, trueno contra los dioses paganos, traza el ideal del hombre virtuoso y excita a la vo-

³⁶ Stob ecl., II, y Dióg. Laer., VIII.

luntad a tener por norte de sus acciones el bien, por fin la justicia, que da paz al corazón, luz a la mente³⁷.

Lucano personifica la idea estoica en Catón³⁸, su más grande y sublime emblema. Catón lleva en su mente las tradiciones romanas, y en su pecho el fuego del amor a la libertad; vive antes que para sí para la patria; su razón sigue la virtud con pie incansable; su voluntad de hierro domeña la naturaleza de su cuerpo; el dolor se estrella a sus plantas; las alegrías del mundo no tienen eco en su corazón; fiel siempre a su pensamiento, lo acaricia con más fe cuando le vuelve las espaldas la fortuna; únicamente su genio se atreve en el mundo antiguo a desafiar al destino; sus acciones, más que de un hombre, son de una clase social; más que la obra de un momento, la consecuencia de un sistema; y así, cuando la antigua libertad aristocrática ha muerto, cuando el gran demagogo, el compañero de Catilina, el sucesor de Mario se apercibe a subir Cónsul, tribuno, dictador y sacerdote al Capitolio, Catón, después de haber dormido dulce-

³⁷ Ep. 64, 6, 53.

³⁸ "Le personnage le plus important de La Pharsale, après César et Pompée, c'est Caton. Il était facile de faire un portrait vrai de Caton. Le stoïcisme lui donnait je ne sais quoi de guindé qui convenait à l'enflure de Lucain. Aussi est-ce le meilleur de ses portraits. J'aime mieux le Caton de Lucain que son Pompée et son César; il a du moins une certaine unité, et s'il est exagéré quelquetois, il n'est jamais faux. Il prononce

mente, como si cobrara fuerzas para largo viaje y al despertar contemplara el cielo azul y el mar tranquilo, lee La República de Platón, en la cual había siempre vivido en espíritu, invoca el genio de la patria, mira con mirar sereno el abismo de la eternidad, se rasga las entrañas, y al morir se lleva al mundo de las sombras en su último suspiro el alma de la antigua Roma. El cielo estaba vacío de dioses, el mundo de dogmas religiosos, y Lucano llena el mundo con la sombra de Catón, y puebla el cielo con las ideas estoicas.

Pero revelada ya la idea religiosa y la idea filosófica en el poema, ¿qué debía hacer para coronar su obra? Revelar la idea política. Y bajo el yugo del Imperio, vivos aún los recuerdos de la República, despertar la memoria del último día de la libertad era una gran empresa. La lucha entre César y Pompeyo es más grande aún que la lucha de Príamo y de Agamenón: es el combate del genio exclusivo de Roma, personificado en Pompeyo, con el genio expansivo de la Humanidad, personificado en César. Contemplemos este acontecimiento, y veamos cómo lo presenta Lucano.

Examinad, Excmo. Sr., el mundo, y lo encontraréis dominado por la ley de contradicción, examinad la conciencia humana, y la veréis por la ley de contradicción regida; examinad la historia, y la encontraréis basada en

quelques belles paroles qui lui font honneur comme stoï cien, sinon comme homme d'Etat." - Nisard: Etud., etc.

esa misma ley. Querer acabar con la lucha de los principios y de las ideas es querer acabar con la sociedad y con el hombre. Sólo así se desarrolla el espíritu humano en el tiempo, y sólo así es posible el progreso. Esta ley de contradicción, eterna, invariable en la conciencia humana, se manifiesta en Roma por la lucha de patricios y plebeyos, que, como ha dicho Vico, es el ideal de la historia de la Humanidad. Yo, no diré si los patricios eran pueblo conquistador, y pueblo conquistado los plebeyos; pero sí que los primeros eran la concentración de todos los derechos, y los segundos la concentración de todos los deberes. La esclavitud debía pesar al pueblo con inmensa e incontrastable pesadumbre, hasta que un día el anhelo del derecho se posesionó de su corazón. Entonces pidió intervención en el gobierno, y la obtuvo: sentóle a las puertas del Senado, e interpuso su veto; penetró como rey en los comicios; leyó el secreto de las leyes y su interpretación; logró el *jus connubium*; ciñóse la túnica de los augures; puso sus manos en las aras de los dioses, y forjó para sus sienes, con sus lentas, pero continuas victorias, la corona del Derecho.

Mas esta revolución no había llegado sino a la política, y tendía por una fuerza ciega a descender al profundo seno de la sociedad. Esta última consecuencia de la revolución romana era combatida tenaz y duramente por la aristocracia. La oposición entre los dos principios se manifestó de una manera terrible. El tribuno era el

representante de la revolución, el senador el representante de la resistencia, y esta lucha, que en la esfera política había sido fecunda en derechos y progresos, al llegar a las entrañas de la sociedad se planteaba de una manera triste, pavorosa: no había remedio, estaba próxima la muerte de la República. La libertad podía haber concedido dignidad al pueblo, pero no había matado su hambre. El pueblo romano había de adorar al hombre que, aun a costa de la libertad política, resolviese el grande, el pavoroso, el inmenso problema social. Los plebeyos pedían participación en las herencias por los reyes legadas a Roma, y que los territorios conquistados no se acumularan sobre familias privilegiadas, y después de muchas leyes, de infinitas proposiciones de los tribunos, se había visto que la República no podía llenar estas tenaces aspiraciones del pueblo; y su alma, desbordada, iba rompiendo, como una gran inundación, los valladares y diques fortísimos que la contenían y aprisionaban. Sila quiso exterminar a los plebeyos, pero mataba a los individuos, y de sus restos renacía con más fuerza la idea social alimentada por torrentes de sangre. Mario perseguía a los patricios, y su espada destruía con sus golpes todas las columnas de la antigua República. En estas luchas crecía en influencia la clase de los caballeros, término medio entre patricios y plebeyos, y que ora volvía los ojos al pueblo, ora al patriciado, según las varias oscilaciones de la fortuna. Esta clase estaba repre-

sentada por Cicerón, que al mismo tiempo que pide en la oración contra Verres que el derecho de juzgar no sea exclusivo del Senado, pide, oponiéndose a las proposiciones de Rulo, que la ley agraria sea condenada como el más gran mal que puede sobrevenir a la República³⁹.

Esta clase media era en aquella sazón para los patricios único amparo. Ella y sólo ella pudo ahogar en sus brazos a Catilina, imagen fiel de la idea social que hervía en el seno de Roma y desgarraba las entrañas de la República. Conservar la República: he aquí el grito de los patricios y de los caballeros. Lograr la revolución social: he aquí el instinto de los plebeyos. La primer idea, la idea de la conservación de la República, engendró a Pompeyo; la segunda idea, la idea social, engendró a César. Pompeyo, y César, Excmo. Sr., son los dos héroes de La Farsalia. ¿Podía darse un principio más grande, una idea más poética, una lucha más titánica? No. La Farsalia, pues, había escogido el más bello y más grande de los argumentos posibles.

Pompeyo es para Lucano el representante de la antigua libertad y el héroe principal del poema. Por eso le presenta grande. La Historia no conviene con el sentir del poeta. Mas ¿qué mucho que le presentara grande, si Pompeyo personificaba la libertad, que pérdida lloraba. Lucano? Pompeyo había conseguido por fáciles victorias difíciles premios. Tenía desmedida ambición, pero

³⁹ In Verr. I, de Leg. Agraria, I.

ignoraba el camino por donde llega el repúblico al término de sus deseos. Sus guerras extranjeras podían consistir en grandes batallas; mas sus luchas políticas y sociales consistían en pobres aunque sangrientas escaramuzas. Quería que la ciudad le conquistara a él, como si fuese Pompeyo más gran conquista que Roma. Más gustaba de oír los aplausos de las gentes que de preparar el juicio de la Historia. En momentos en que toda Roma le aclamaba, por no chocar abiertamente con ninguna clase, las movía a todas a la guerra, y acababa por enajenarse todas las voluntades. Pompeyo se contentaba antes con el brillo que con la realidad del poder; por una lisonja abandonaba una victoria; por una fiesta popular, una conquista; por sus clientes y aduladores, la salud del pueblo, y se encerraba en fórmulas oraculares; y así era imposible adivinar el secreto de su pensamiento ni conocer el vuelo de su voluntad. El Destino, indignado de que la encarnación de la libertad romana fuese tan pobre, le preparó una muerte gloriosa. Pompeyo debía besar la mano que le hería, como dispensadora de la inmortalidad, porque al fin le hizo mártir. Reconociendo nosotros, como reconocemos, el carácter de Pompeyo, ¿debemos concluir de ahí una acusación contra Lucano porque le coronara héroe principal de su obra? No. Lucano no podía inventar un héroe. Quería cantar la antigua libertad romana, y se encontró con que la representaba Pompeyo. Y le exaltó como se exalta siem-

pre una gran personificación. Y hay evidentemente resplandores poéticos en esa figura que corona como una estatua, la República. De esos resplandores se aprovechó Lucano, y transfiguró en su alma el alma del héroe.

Frente a frente de Pompeyo se levantaba César. Confieso, Excmo. Sr., que César cautiva la mente, como todos los recuerdos clásicos. Era grande por sus virtudes, y grande por sus vicios. Llevaba la abnegación hasta el sacrificio, y la venganza hasta la barbarie. Nadie le aventajaba ni en lo magnánimo ni en lo cruel. Con los ojos puestos en su fortuna, fue matemático, porque necesitaba las matemáticas para la guerra, y la guerra para lograr el Imperio; astrónomo, porque conocer los astros era dominar a los supersticiosos señores de la tierra, que se asustaban del canto de una cigarra, del vuelo de un cuervo, del brillo de una exhalación; historiador de sí mismo, porque, como todas las grandes almas, vivía con el pensamiento, más que en lo presente, en lo porvenir; orador, porque la palabra era en los comicios y en el Senado lo que la espada en los campos; poeta, y dado al amor, y en el vestir galano, porque con todas estas cualidades se ganaba el corazón de las mujeres, y con el corazón de las mujeres la mitad de Roma; espléndido, disipado, vicioso, cargado de deudas, porque así daba pan y gladiadores al pueblo, cuyos vicios y virtudes personificaba; y a pesar de su proverbial afeminación y de su natural delicado, en las marchas andaba a pie cin-

cuenta millas por día; en los sitios era el primero que llegaba a la brecha, y en los combates parecía feroz león de la Numidia. Este es el hombre; ¿y el guerrero? Como guerrero, no tiene rival en el mundo antiguo. Pasea sus gloriosas enseñas por Grecia, destroza con sus hachas los bosques drúidicos de las Galias, penetra en la nebulosa Bretaña, pasma a los reyes de Egipto, se corona vencedor en Alejandría como si quisiera eclipsar con la lumbré de su gloria la gloria de Alejandro, arrastra su carro triunfal por el Asia; y su genio inquieto le lleva a disparar el rayo de la guerra en las orillas del Rhin, en las selvas de la Germania, como si presintiera que en su seno ocultaba el destino a los ejecutores de las grandes sentencias divinas, a los futuros verdugos de su patria. ¿Y como político? Antes de su Imperio, Roma pesaba sobre la tierra y él preparaba la Ciudad Eterna a todas las gentes y a todos los pueblos. El Senado gobernaba al mundo como el señor al esclavo, y él señala asiento en aquel asilo de las tradiciones sagradas a senadores extranjeros, que van apoderándose del espíritu de Roma para convertirlo en espíritu del mundo. La aristocracia romana, orgullosa con sus tradiciones, se encierra en sus antiguas fórmulas y derechos, y él la modifica profundamente, creando nuevos patricios nacidos en humilde cuna, y rompiendo así la valla de los antiguos privilegios. El pueblo-rey se moría de hambre, la mayoría de sus hijos no tenía una piedra donde reclinar la frente

agobiada de laureles, y él resuelve la gran cuestión social repartiendo entre el pueblo las tierras de la Campania, región dulce y fértil de Italia. La aristocracia no podía consentir tal política, e hirió a César; pero al caer después de haberse defendido heroicamente, desarmado más que por el valor de sus asesinos por la ingratitud de su hijo, cae artísticamente, como apuesto gladiador traicionado en el circo.

El alma de César no huye de Roma, porque eternamente permanece en el Imperio. Mas para Lucano ¿qué era César? La personificación del despotismo. Y visto de cerca el gran dictador, ignorada del poeta la idea providencial por él cumplida, no es maravilla que achaque a su ambición el nacimiento del Imperio, y no vea ni sus virtudes ni sus glorias. Lucano, en *La Farsalia*, protesta contra el despotismo, y al protestar contra el despotismo no puede presentar en toda su magnitud la figura de César. Para él, César es el iniciador del Imperio, el que ha inaugurado las delaciones, el que ha puesto la primer piedra de esa gran cárcel donde yace cautivo su genio. En algunos instantes siente su grandeza, la manifiesta sinceramente, y en tal grado, que algunos críticos han creído ver en *La Farsalia* la exaltación de César. Pero compréndase que Lucano y la aristocracia romana, diezmada, herida en sus derechos, expropiada, sujeta al carro de los emperadores, rodeada de zozobras, y esperando en cruel y perdurable agonía que a ca-

da instante la mano del déspota les arrebatase sus mujeres, sus hijos, hasta su misma existencia, debían mirar al inaugurador del Imperio con frío miedo en el corazón y eterno llanto en los ojos.

Y sin embargo, el mismo Imperio, ¡qué idea tan grande, tan maravillosa cumple en la Historia! El Imperio déspota de Roma es salvador de la Humanidad. El Imperio, para realizar la idea de igualdad en el mundo, martiriza a la martirizadora de las naciones. El Imperio abre su trono a todas las gentes. Así todas las razas de la tierra, los españoles, los galos, los italianos, los griegos, los orientales, los mismos godos, suben al trono del mundo a coronarse con la aureola del derecho romano. La ciudad no se queda aislada en sus siete colinas, la libertad no se cierne sólo en sus horizontes, el derecho de ciudadanía no vive en aquel su pequeño espacio, sino que se extiende a toda la tierra, a todos los hombres, y crea a la Humanidad, haciendo de ella un solo cuerpo, para que el soplo del cristianismo le infunda un solo espíritu. ¡Y qué presentimientos tan grandes agitan al mundo! ¡Cómo parece que la idea cristiana se respira en los aires! Examinad, Excmo. Sr., de qué manera preparan aquellos emperadores, deshonor del mundo, el advenimiento de la buena nueva, y os quedaréis ofuscado por la luz que derrama en la Historia la Providencia. Los emperadores, que no conocen freno a sus pasiones, santifican la familia, endulzan la suerte del esclavo, levantan

de su abatimiento a la mujer, protegen al gran tribuno de la libertad civil, al pretor; y así Tiberio establece el crédito territorial sin interés⁴⁰; Nerón distribuye gratuitamente la justicia, ese pan del alma⁴¹; Domiciano iguala con los caballeros a los plebeyos; el imbécil Claudio hace inviolable la vida del esclavo como la del hombre libre⁴², y protege a la madre privada de sus hijos; Comodo, Alejandro, procuran libertar a la esclava de la prostitución y guarecerla en la ley contra las injurias de sus señores; Caracalla, más innovador que Mario, más justo que Catón, da el derecho de ciudadanía a todos los hombres⁴³, y todos esos emperadores, deshonra del linaje humano, eterna afrenta de la Historia, unen sus maldecidos nombres a la obra más gloriosa del pueblo-rey, a la obra del derecho, ejemplo fiel de que la idea de un siglo es como el oxígeno de la atmósfera en que respira el alma.

El presentimiento de la verdad cristiana en filosofía por el estoicismo, es la sociedad por el derecho; he aquí la ley de este siglo. Y este presentimiento general que el mundo tiene de la verdad cristiana, ¿no resuena en el corazón del poeta? ¡Oh, sí! Parece que las auras de la

⁴⁰ Factaque mutuandi copia sin usuris.-Tac. Ann., 6, 17.

⁴¹ Mercedem pro subselliis nullam omnino dareht, prae aera-rio gratuita. -Suet.Nero, 17.

⁴² Quod si quis necare quem mallet, quam exponere, coedis crimine teneri. -Suet. Claud., 25.

⁴³ In urbe romano, qui sunt. -Ulpía.Dig.tit.V, t. 2.

buena nueva circulan por sus versos. El destino no pesa ya sobre los héroes de La Farsalia. La fortuna, genio más grato, más humano que el ceñudo destino, es una transformación de la idea tiránica que gravitaba sobre el arte griego. El hombre es dueño de sus acciones, y de sus acciones responsable. Sólo ese presentimiento de la nueva idea explica que nos ofrezca el poeta a Catón vencido por el destino, y revolviéndose contra sus decretos en esta sentencia: *Victrix causa diis placuit: sed victa Catoni*⁴⁴; revelación de un nuevo pensamiento en la Historia. La idea del destino se transformaba progresivamente hasta llegar a la idea de la Providencia, que enseña la nueva religión.

La mujer, que ha sido doblemente redimida por la religión cristiana, se muestra ya rodeada de todo su esplendor en La Farsalia. Cornelia, errante por las riberas de Lesbos, dando sus lamentos a las brisas del mar, para que los lleven a oídos de su esposo; sin más placer que mirar al horizonte para descubrir las velas de sus naves; profeta que presiente las desgracias del que ama; ángel de bendición que vierte el bálsamo de sus lágrimas en todas las heridas; pobre víctima que no anhela reinar en el mundo, sino en un solo corazón; resignada mártir que busca en la tierra una pequeña gruta donde guarecerse como la paloma con su amado; Cornelia es el boceto de la nueva idea que va a levantarse en el mundo,

⁴⁴ *Phar.*, c. I.

de la mujer cristiana, fuente de virtud en el hogar doméstico, de dulce inspiración en el arte⁴⁵.

Pero donde veo la intuición divina del poeta es en el momento en que presiente la suerte que va a caber a la libertad después de la batalla de Farsalia. No en vano los pueblos antiguos confiaron a los poetas el sacerdocio, descubriendo en ellos el don de la profecía. Esas almas que penetran en las profundidades más ocultas del pensamiento, deben, transfiguradas por la inspiración, penetrar en los secretos de lo porvenir. Así Lucano, entristecido el corazón por la derrota de Farsalia, nublada la mente por el vapor de la sangre, se acuerda dolorosamente de Italia, y contemplándola entregada a perdurable esclavitud, vuelve por doquier los ojos en pos de la libertad herida, sin duda porque no puede cre-

⁴⁵ Véase cuán tiernos y dulces son los siguientes versos:

"...Sic est tibi cognita Magne,
 Nostra fides? credisne aliquid mihi tutius esse,
 Quam tibi? nonne olim casu pendemus ab uno?
 Fulminibus me, saeve, jubes, tantaeque ruinae,
 Absentem praestare caput? secura videtur
 Sors tibi, quum facias etiam nunc vota, perisse!
 Ut nolim ser ire malis, sed morte parata,
 Te sequar ad manes; feriae dum moesta remotas
 Fama procul terras, vivam tibi nempe superstes."
 (Phar., lib. V.)

er en su muerte, y la ve alejarse de la civilización, atravesar el Rhin, perderse en los bosques de la ignorada Germania, y reanimar con su soplo vivificador nuevas pueblos⁴⁶. Lucano, genio levantado entre dos mundos, llora la muerte de la libertad en Roma, hecho que pertenece a la Historia, y canta la renovación de la libertad en Germania, hecho que pertenece al presentimiento divino del poeta.

Pero donde más se conoce la revolución que iba mirando el mundo antiguo es en la manera con que Lucano pinta la Naturaleza. Hasta su tiempo el paganismo había puesto en cada ser un aliento del alma del hombre. Lucano considera ya la Naturaleza como un ser en sí, independiente del espíritu humano. Donde se presenta más plásticamente esta revolución es en la sublime pintura del druídico bosque de Marsella. La Naturaleza ofrece todos sus tributos a esta selva: el rayo del sol no ha penetrado sus espesas ramas; dulce crepúsculo, semejante al resplandor de la luna, le ilumina de día, y las sombras se espesan en su seno por la noche; sus ramas, entrelazándose, forman una bóveda que no deja ver los

⁴⁶ "...Redituraque nunquam
 Libertas, ultra Trigrim, Rhenumque recessit.
 Ac, toties nobis jugulo quaesita, negatur,
 Germanum Scythiumque bonum; nec respicit ultra
 Ausoniam."

(Lib. VII.)

resplandores de la bóveda celeste; no es mansión de silveas ninfas, sino de bárbaros dioses, cuyas aras cubren restos de hombres sacrificados, y cuyos pedestales gigantescos destilan humana sangre. César, que lleva en sí el espíritu de renovación universal, penetra en el bosque, hiede los añosos árboles con su hacha; los dioses se quejan, mas huyen de aquel nido como manadas de cuervos, y los rayos de oro del sol rasgan las sombras y penetran en el antes húmedo y sombrío suelo derramando calor, vida y alegría⁴⁷. Esta es, al par de una descripción en que luce el genio de Lucano, una alegoría magnífica en que se ve al espíritu del hombre huyendo de la Naturaleza que comienza a vivir de su propia vida. Por estos ejemplos se ve, no sólo el genio superior del poeta, sitio también la fidelidad con que guarda las ideas de su siglo.

⁴⁷ "Lucus erat, longo numquam violatus ad aevo,
Obscurum cingens connexis aera ramis,
Et gelidas alti submotis solibus umbras
Hunc non ruricolae Panes, nemorumque potentes
Silvani Nymphaeque tenent sed barbara ritu
Sacra Deum, structae diris altaribus arae:
Omnis et humanis lustrata cruoribus arbor."

(Lib. III.)

Contar los bellos rasgos que encierra La Farsalia, es empresa superior a mis fuerzas⁴⁸. El juicio de los críticos

⁴⁸ Es sublime el rasgo del primer canto que hemos citado: "Vicitrix causa diis placuit, sed victa Catoni", que pinta admirablemente la fuerza de voluntad de un estoico.

Hablando de lo dispuesta que estaba Roma a conceder a César cuanto el gran conquistador hubiera pedido, expresa admirablemente el atrevido pensamiento que sigue:

"...Melius, quod plura jubere
Erubuit quam Roma pati."

(Lib. III, v. III.)

También, hablando del oficio de la espada, dice, con un sentido profundamente liberal:

"Ignorantque datos, ne quisquam serviat, enses."

(Lib. IV, v. 57.)

Este pensamiento mereció que la revolución francesa, tan amiga de los recuerdos clásicos, lo grabara en 1789 en los sables de la Milicia Nacional.

Pintando las alternativas que sufre un hombre superior cuando ya ha traspuesto la mitad de la vida, expresa el siguiente feliz y profundo pensamiento:

"...Sic longius aevum Destruit ingentes

podrá haber diferido en considerar el mérito del estilo, pero todos a porfía han ensalzado la grandeza de su genio. Su nombre va unido a los nombres más bellos de la historia del Arte. El Dante, al pisar en el sublime descendimiento a los infiernos la región donde habitan los poetas, cuenta entre los cuatro más grandes del mundo antiguo a Lucano⁴⁹, uniendo así su espíritu al genio de la Edad Media.

He concluido, Excmo. Sr. Destinado en esta ilustre Universidad a guardar el glorioso depósito de nuestras veneradas tradiciones, he creído solemnizar este acto

Animos et vita superstes Imperio."

(Lib. VIII, v. 25.)

Queriendo poner de relieve el desinterés de Catón al abrazar el partido de Pompeyo, exclama:

*"Nec regnum cupiens gessit civillia bella,
Nec servire timens."*

(Lib. IX, v. 26.)

Bastan estos rasgos para comprender toda la trascendencia del alto genio de Lucano.

⁴⁹ Lo buon maestro cominciommi a dire:

Mira coluí con quella spade in mano,
Che vien dinanzi a' tre sì come sire
Quegli e Omero poeta sovrano,
L'altro e Orazio satiro che viene,

evocando la memoria de un genio que es eminentemente nacional. En su riquísima savia, en su esplendor, en el lujo de sus versos, en las flores de que siembra sus narraciones, se ve que nuestra patria ha necesitado del genio del Oriente para ser en sus obras poéticas grande y fastuosa. Alejandro Humboldt dice en los *Cosmos*⁵⁰ que las descripciones de la Naturaleza por Lucano tienen algo del esplendor de la naturaleza en el Nuevo Mundo. Basten estas consideraciones para probar la grandeza del poeta que en su obra nos presenta la idea religiosa, la idea filosófica y la idea política de su siglo con todos los colores de una imaginación que ha bebido en el cielo su divina esencia⁵¹.

Ovidio e'l terzo, e l'ultimo e Lucano.

⁵⁰ Tomo II, canto I.

⁵¹ Las obras de Lucano, además de *La Pharsalia*, son: *Orpheus*, *Iliacon*, *Hectoris*, *Lytra*, *Saturnalia*, *Catascomon*, *Silvarum X*, tragedia *Medea*, *Salticae Fabulce XVI*, *Hippamata*: todos estos escritos son en verso, y los siguientes en prosa: *Pro Octavio Sagitta*, et contra eum, de incendio Urbis, *Epistolae excampania*. (Castro, *Bibliot. Esp.*, tomo II.) En cuanto a ediciones, Lemaire cuenta en su magnífica edición de MDCCCXXX hasta ciento catorce preciosas ediciones. De traducciones cuenta nueve francesas, diez inglesas, siete alemanas, cinco italianas y dos españolas.

En cuanto a traducciones españolas, según mis noticias, poseemos la de Juan de Jáuregui Hispalense, Madrid, 1683, y

Cuando en el largo y escabroso camino de la Historia encontramos un genio superior que levanta un pliegue del velo que oculta la Naturaleza, o desvanece una de las sombras que empañan el espíritu, nos detenemos extasiados, saludándole con gozo, de otra suerte que el navegante perdido en tempestuosa noche saluda el amanecer, cuando aplaca y serena la tempestad y le

otra segunda edición de 1790. Es la mejor de las traducciones.

Pellicer, en su Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles, da la siguiente noticia: "Lucano, traducido de verso latino en prosa castellana por Mateo Lasso de Oropesa, secretario del ilustrísimo cardenal D. Francisco de Mendoza, obispo de Burgos. Dirigido al nuestro señor Antonio Pérez, secretario de la Majestad Católica del rey D. Felipe II en Burgos. En casa de Felipe de Frente, MDLXXXVIII."

Castro, en su Biblioteca Española, tomo III dice:

"De La Farsalia en latín hay un precioso manuscrito en folio menor en la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, escrito primorosamente en pergamino avitelado, de letra del siglo XV, escrito en papel sin foliación con las iniciales en blanco y los títulos de encarnado, que contiene una traducción castellana de La Farsalia. Esta traducción está en prosa y es bastante literal, sin embargo de que su autor, que es un anónimo, suele introducir algunas paráfrasis para aclarar ciertas transiciones o para explicar la mente de Lucano en los lugares en que no queda bien perceptible, por ser la traducción en prosa. Empieza el códice con el índice del libro I, y a este índice sigue el prólogo del traductor."

muestra la orilla cubierta de flores esmaltadas con las gotas de lluvia, que descomponen los matices de la naciente luz; y como el navegante une su voz a la voz de la Creación en loor del Ser que le ha salvado, unimos nuestra débil voz al cántico de todos los siglos, de todas las generaciones, para alabar a Dios, que nunca aparta su espíritu ni del mundo ni de la Historia. -He dicho.

LA FARSALIA

LIBRO PRIMERO

Pompeyo, Craso y César tenían entre sí partido
el gobierno del mundo.

Canto la guerra insigne de Tesalia
Más que civil, y de mayor despecho,
Cuando al rigor y fuerza entregó Italia
Su dominio y repúblico derecho;
Cuando el invicto se venció en Farsalia,
Y con adverso, aunque fraterno pecho,
Viciaron armas, fueron homicidas
Brazos romanos de romanas vidas.

De tres varones mal constituido
Fue, y roto el pacto de regir la tierra,
Cedió el imperio de vencer vencido,
Vio contrapuesto un mundo en una guerra:

Vio inútil el poder por desunido,
Y el valor ciego, que en hazañas yerra,
No diversas las lanzas y adversarias,
Y las conformes águilas contrarias.

Por ti, grande Filipo, hoy que en mi acento
Alma inspiras, aplausos adelanta,
Este en las armas sin igual portento
(Que del remoto siglo al nuestro espanta),
Ya en voz latina trágico instrumento
Descubrió numeroso facción tanta,
Y en alta queja por el pueblo libre
Fue honor del Betis, suspensión del Tíbre.

Su antigua musa, que a vencer lo eterno
Conspira, y tiempos sucesivos doma,
Pide al arte español triunfo moderno,
Hoy que se ilustra con heroico idioma
Oirás, Señor, el militar gobierno
Que absoluto monarca impuso a Roma;
Verás discorde el mundo, que ya funda
Su paz ínclita unido a tu coyunda.

Y no sólo en distintos hemisferios
Las gentes riges, que imperó el romano
Liberal providencia inventa imperios,
Y se dispensa en ti mayor lo humano:

Posesión corta a príncipes iberos
Era el círculo ya del orbe anciano;
Así en ocultos climas y fecundos
A tu corona el mar produce mundos.

En tanta majestad mi afecto espera,
Que te permitas invocado Apolo,
Pues como cuarto rey en cuarta esfera
Eres el universo, el sol, y el solo,
Y planeta del austro te venera
El austral uniforme y nuestro polo;
Si bien temo que a luces de tus cielos
Sublimes alas debiliten vuelos.

Y más temiera, si al elogio tuyo
Diera la voz y a empresas españolas,
Cuando observo el capaz término suyo
Aun mayor que las tierras y las olas
Celebridades por ofensas huyo,
Que tus méritos son tus glorias solas;
Y la esparcida aclamación suprema
Construye de tu nombre tu poema.

Con valor propio y de tu reino hispano
Excedida confundes la alabanza,
Y con objeto, que se niega a humano,
Sólo el sentir y el adorarte alcanza;

Careces de posible al plectro y mano,
 Basta, ¡oh Señor!, que anhele mi esperanza
 Al favor tuyo, y te merezca en tanto,
 No por asunto, por deidad del canto.

Tuyo es el rapto que emprendí, tú escribes,
 En ti es presidio el que peligro fuera;
 Y aunque tu misma dádiva recibes,
 Sólo en tus aras mi interés prospera
 Así a mi verso eternidad prescribes,
 Nombre mayor Farsalia recupera;
 Oye a la musa, y el silencio rompa
 Hoy con más genio en la española trompa.

¿Qué furor, qué licencia del acero
 Te incita, ¡oh vencedor pueblo romano!,
 Que en lisonja del bárbaro extranjero
 Sangre sola civil vierte tu mano?
 ¿Cuándo debieras, oriental guerrero
 (Pues celebra tu afrenta el así ano),
 Del propio agravio y las ajenas glorias
 Tentar venganza o emular victorias?

Debido es, antes que tu guerra inquieras,
 Que tus despojos de Babel rescates;
 Y pues triunfa de Craso y sus banderas,
 Que allí emprendas legítimos combates:

Aun vemos hoy que inunda las riberas
 Con sangre tuya purpurado Eufrates:
 Desagravios adúlteros emprendes,
 Si ofendido del Asia a Italia ofendes.

Yerra vagante el alma aun no vengada
 De Craso, sin honor de monumento,
 Y con guerra doméstica tu espada
 Vence sin triunfo, porque erró el intento.
 ¡Oh cuánto mar y tierra conquistada
 Conseguir pudo y blasonar tu aliento,
 Si la sangre que hoy pierdes la impusieras
 A interés de conquistas extranjeras!

Donde el sol reina, donde el mismo esconde
 última luz, y donde el abrasado
 Signo a desiertos líbicos responde,
 Fuera constante imperio tu Senado,
 Y habitación lo inhabitable, donde
 Niega abriles el Ártico erizado,
 Y en piélagós de escarcha tu corona
 Fundara reinos y en la hirviente zona.

Fueran los climas íntimos de Oriente,
 Roma, obediencias a tu yugo, y fuera
 Súbdito el Nilo en la impedida fuente,
 Si es población su original ribera;

Ya que el último lauro de tu frente
Alcanzar quieras de ti misma, espera
A que la guerra universal concluyas,
Y te disculpe al conspirar las tuyas.

Advierte cuántos de región externa
Se excluyen hoy de tu dominio audaces;
No abreviéis, no, la disensión fraterna,
Plazos rompiendo a las civiles paces;
Pero el decreto, que fatal gobierna,
Te informa abusos, que insipiente abrace,
Pues cuando en Asia despojar te miras,
Conviertes a ti misma aquellas iras.

Por tu crueldad los ítalos contemplo,
Que en propio estrago el escarmiento
aprendieron triunfando formidable ejemplo, [den,
Miseros ya, compadeciendo ofenden
Del alto alcázar del excelso templo,
Techos blandientes y caducos penden,
Tiembla el lienzo mural de su ruina,
Que fue peñasco, y polvo se adivina.

Sólo el silencio en fábricas amenas
Alberga, es su valor yermo vacante;
Rústica Italia distribuye apenas
En la mayor ciudad raro habitante:

Broncas zarzas, estériles avenas
 Los campos borran, que doró abundante
 Ceres, y piden con piedad los prados
 A julio espigas, a diciembre arados.

Vertieron, Roma, de tu sangre lagos
 Los invencibles Pirros y Anibales;
 Gimió tu Hesperia confusión de estragos
 Lamentables, diversos, no totales;
 Sola excediendo a Epiros y Cartagos,
 Te aplicas guerras a tu esfuerzo iguales;
 Que Roma apenas, si las armas toma,
 Sola ser puede destrucción de Roma.

Observar causas del error presumo,
 (Error, monstruo en absurdos militares)
 Y pierde sondas el estudio sumo,
 Si explora centros de tan fondos mares;
 No las que el sueño desvanece en humo,
 Sombras son comparadas ejemplares
 Al que sus mismos hechos atropella,
 Y examina su fuerza en deshacella.

Gobierna a sí la distracción del hado,
 Que favorable es dádiva inclemente,
 Impere, triunfe el próspero encumbrado,
 Preeminente será, no permanente:

Cuando todo lo grande ha superado,
Se contrasta a sí mismo lo eminente,
Halló Roma, ignorando el beneficio,
Sublimidad cambiante en precipicio.

A ejemplo igual, cuando desate el mundo
La entereza, que ostente vividora,
Y en olvidos vacantes del profundo
Mil y mil siglos desvanezca un hora;
Al caos primero volverá el segundo,
Que el agua y fuego con unión traidora
Mezcle, y esferas rompa, y lloren ellas
Con el difunto sol muerte de estrellas.

El mar sin ley sepultará la frente
Del mayor monte, cuyo pie mordía,
Pretenderá la luna en falso oriente
Fundar la aurora y arrogarse el día;
Será lo austral helado, el norte ardiente,
Claro el abismo, la eminencia umbría,
Perderá forma y ser, nombre y gobierno
Lo universal de aniquilado eterno.

Dio el cielo a la más alta precedencia
Por hijas la inconstancia y la caída;
Fue en Roma ejecutada igual sentencia,
Pero no a sus contrarios cometida:

De impulso propio, no exterior violencia
Se entregó a obedecer la obedecida;
Pues a instancia del noble y del plebeyo
César y Craso la rindió, y Pompeyo.

¡Oh parto infiel, y en ambición profana
Sólo concorde y en discordia unido!
¿Qué importará que con industria vana
Sirva a los tres el orbe poseído,
Si en cuanto Febo y la nocturna hermana
Gire veloz, y el orden prometido
Guarden los elementos y hemisferios,
No habrá lealtad en partición de imperios?

No permite consorte el soberano
Trono y dominio en practicados fueros,
Dirálo en su mayor causa el romano,
Sin que ejemplos militen extranjeros;
Pues con su sangre el transgresor hermano
Bañó tus muros, Rómulo, primeros;
Y no fue un mundo el interés del hecho,
Fuelo el distrito de un asilo estrecho.

Pompeyo y César con lealtad fingida
Celaron lides en silencio ardiente,
Terciando Craso, cuya frágil vida
Fue de tanta aversión tregua aparente;

La tierra así del istmo introducida
Entre el golfo Corintio y mar de Oriente
Niega, aunque alteren el oculto centro,
Que rompan lucha en derramado encuentro.

Pero si el istmo se rompiera acaso,
Mezclaran sus borrascas los dos mares:
Así cuando causó tu muerte, ¡oh Craso!,
Glorias al persa y al ausonio azares,
Libertó a los caudillos, abrió paso
A piélagos de incendios militares,
De ambición, de furor, los dos romanos
Derramaron profundos oceanos.

Tal blasón, Persia, no de ti intentado,
Ganaste, pues la unida paz destierras
De Italia, cuyo reino venerado
Dividen con la espada internas guerras;
Y su imperio capaz, no limitado
Aún con los mares y universas tierras,
A cuyas posesiones faltan nombres,
Continente lugar niega a dos hombres.

Perdió la vida en flor la generosa
Julia (¡oh fatales iras!) Julia honesta,
De César hija, de Pompeyo esposa,

Madre en su muerte de la lid funesta:
 Pudo al consorte y padre hoy amorosa
 Reducir su discordia a unión compuesta,
 Confederando, sin rigor de espadas,
 Ambas diestras pacíficas y armadas.

Fuera su ejemplo igual a los primeros
 De las cautas Sabinas, que a espantosos,
 Rumores, interpuestas, de guerreros
 Supieron concordar padres y esposos:
 Fue su muerte licencia a los aceros,
 De éstos jamás en el intento ociosos,
 Porque en su esfuerzo invicto, y no diverso,
 Lo semejante provocó lo adverso.

Teme Pompeyo que la antigua gloria,
 En cuyos hombros prevalece eterno,
 Se divierta o confunda en la memoria
 De nuevas armas y varón moderno.
 Medir no quiere su menor victoria
 Con las de César en concurso alterno;
 Venció en mil triunfos tanto mundo opuesto,
 Qué no le igualará quien venza el resto.

Tú, a quien permite coronadas sienes
 El quinto cerco en su altivez extrema,
 César, y a honores últimos previenes

Frente indiciada de imperial diadema:
Aborreces en émulos desdenes
Ceder al Magno dignidad suprema,
Aun glorias huyes, si al blasón redunda
De tu celebridad suerte segunda.

César independiente y sublimado,
Por superior apenas juzga al cielo:
Pompeyo a mayor orbe colocado
No en su esfera consiente paralelo:
Es misterio inquirido, no alcanzado,
En cuál se infiera más decente el celo,
Mundos, imperios yacen hoy sujetos,
Y aun esconden la causa sus efetos.

Tentaron, pues, la oposición no iguales,
Que en sus años Pompeyo adormecido
Divinidades cuenta, y las triunfales
Armas y timbre le deslustra olvido:
En, paz dulce, en dispendios liberales
Rinde al aplauso no ligero oído,
Descaeciendo lo heroico y soberano
Por diversión humana acento humano.

Le adulan espectáculos y honores
De su teatro y circos populares,
No le indignan trocados los clamores

Hoy plebeyos, y un tiempo militares;
 Reclinado en hazañas anteriores,
 Cimientos huella, débiles vulgares,
 Y ocioso entre los ánimos estrechos,
 Magno reserva el nombre, no los hechos.

Así el roble, esplendor de la campaña,
 De bélicos despojos opulento,
 Que el aire adorna y de reflejos baña,
 Desdeñando terrestre su elemento;
 Bien que es pompa decrépita y engaña,
 Porque en frágil raíz funda el cimiento,
 Sin perder nada de la cumbre altiva,
 Recto en sí mismo y nivelado estriba.

De follajes desnudo sombra ofrece,
 Armas tremola; y aunque el tronco hueco
 Al herir de los vientos se estremece,
 Resonando en sus cóncavos el eco,
 Y en bosques del distrito reverdece
 Perpetuo mayo sin agosto seco,
 Es mayor planta, y en lo anciano y sacro
 Único de las selvas simulacro.

No insiste César en el ocio y calma
 De urbano aprecio y públicos solaces,
 Sólo descansa y pacifica el alma

Cuanto más lejos del descanso y paces;
 Vive en acto el valor; y a honrosa palma
 Siempre anhelan espíritus audaces,
 Que no permiten al fervor del pecho
 Intermisiones del intento al hecho

Dél guerrero metal perpetuo agente
 Es su diestra, y se indigna separada,
 Que de sus dichas inventor valiente
 Forja y labra fortunas con la espada:
 Repugnancias difíciles consiente,
 Su guerra engrandecida de estorbada
 Es feliz, si el destrozo la acompaña,
 Y si aquél falta, es trágica la hazaña.

Así el rayo a la nube el hondo seno
 Impide, rompe súbito y flamante,
 Que a la etérea región confunde el trueno,
 Cólera sacra de deidad tonante:
 Huye el pastor al ínfimo terreno,
 No hay planta o peña que a su pies no espante,
 Que al cielo, al centro atemoriza, inflama
 La voz y rasgo del estruendo y llama.

Precipita el rigor de las estrellas,
 Hierde el gran templo, y si eficaz despide
 Contra los bronce líquidas centellas,

No existe el bronce, ni al incendio impide:
 Esculpe en lo rebelde ardientes huellas,
 Pórfidos tronca, impedimentos pide;
 Y al fin el vuelo, que en el aire sumo
 Fue terror y furor, ya es polvo y humo.

Tales causas violaron el decoro
 Contra la paz humana, bien que arguye
 Razón más firme ser la causa el oro,
 Que cuanto él mismo construyó, destruye:
 Sólo es pobre el que abunda de tesoro,
 Ser cautiverio su interés concluye
 Roma, que abandonada a sus pasiones
 Fabricó de riquezas las prisiones.

Agregó el orbe despojado, y cuanto
 Fue preciosa en lucientes pesadumbres,
 Tanto vacaron las virtudes, tanto
 Relajaron licencias las costumbres;
 Humilló el templo su edificio santo,
 Creció el plebeyo a competir las cumbres,
 Sobriedades hollando precedentes,
 Reinó la gula en mesas abstinentes.

Fue visión torpe la pobreza honesta,
 De tolerancias madre varoniles,
 Y admitió en ley de urbanidad modesta

Viril sujeto adornos femeniles:
 La riqueza no insigne era molesta,
 La no excesiva renta y censos viles;
 Vileza el campo, donde el corvo filo
 Del arado ilustró Curio y Camilo.

Se abomina el acierto, y satisface
 El error, tanto, que aun, la paz ofende;
 La humildad respetable ínfima yace,
 La ofensible soberbia empírea asciende;
 Lo oculto odioso manifiesto aplace,
 La culpa estilos de ostentarse aprende,
 La patria, que el poder libre obtenía,
 Interpreta favor la esclavonía.

Toda equidad con desafuero injusto
 Vio obscurecidos sus candores tersos,
 Y de las leyes al decoro augusto
 Los que votaron su defensa adversos:
 El grado consular, que es premio justo
 De la virtud, con títulos diversos,
 Vendiendo a precio el pretensor remoto,
 Doró la dignidad, consiguió el voto.

Arbitro el vicio en preferida altura,
 De honor o infamia regulaba acciones,
 Crimen supone la intención más pura,

Solemniza ignominias por blasones,
Excedió al hurto la insolente usura,
Percibió todo mal bienes y dones;
La guerra civil, a quien su error fomenta,
Fue más preciosa cuanto más sangrienta.

Ya César a los Alpes se adelanta
Contrario a Italia; ya en su pecho oculto
Es tempestad y golfo empresa tanta,
Y el alma inunda en militar tumulto:
Tocando al Rubicón su altiva planta,
Con ejército fiel vio en sitio inculto,
Y en sombras mudas, que la frente asoma,
Hórrida imagen!, la funesta Roma.

Adornos viste lúgubres sencillos,
Cándida la melena y desgredada,
Que coronan murallas y castillos;
Luego exclama terrible y perturbada:
"¿Adónde, ¡oh vos de la impiedad caudillos!
Volvéis mi insignia, mi rigor, mi espada?
Pueblo romano, os reconozco en esta
Ribera que pisáis, y no en la opuesta.

"Al que armado me busca, el cristal puro
Le excluye de estos márgenes estrechos,
Pues nadie aquí adelanta el pie seguro,

Sin romper leyes y ultrajar derechos:
 Ya cuanto más te acercas a mi muro
 Atento, César, a ensanchar tus hechos,
 Me pierdes más, y encuentras en mis brazos
 Lanzas por cetros, por coronas lazos."

El estupendo asalto inopinado
 Turbó al guerrero, congeló su ardiente
 Sangre en heladas fibras, y erizado
 Surtió el cabello en la cesárea frente:
 Sin profanar el margen venerado,
 En sus afectos vaciló abstinente,
 Hasta que ya, cual ciudadano o hijo,
 A Roma vuelto y a sus dioses, dijo:

"¡Oh tú, que en el altar capitolino
 Eres, Jove, presidio a los romanos!
 ¡Oh vos, Penates del que a Italia vino,
 Donde a los julios sucedí troyanos!
 ¡Oh nuestro numen, Rómulo Quirino!
 ¡Oh tú, que en los alcázares albanos
 Duplicas templo! ¡Oh venerable Vesta,
 Por quien la llama se eterniza honesta!

"¡Oh Roma, por deidad ya graduada!
 Tu honor buscan pacíficas mis greyes;
 Soy tu lealtad, y lo será mi espada;

A ilustrar vengo, no a ultrajar tus leyes:
 Rindo a tus pies mi frente coronada
 Con las diademas de sujetos reyes;
 El que agraviare enemistad conmigo,
 Este sólo es tu agravio, es tu enemigo."

Dijo, y ciñendo al corazón lo ardiente,
 Mal contenido en límites de humano,
 Rompió la guerra a un tiempo y la corriente
 Por ilícitos rumbos soberano:
 En desiertos así del Asia ausente
 Divertido león, si armada mano
 Contraria advierte, incierto se retira,
 Recogiendo feroz toda la ira.

Mas cuando ya de estímulos herido
 Con propio azote y erizadas greñas,
 Fuego exhalando en íntimo bramido
 Encendió el aire, estremeció las peñas;
 Aunque a su frente asalte el prevenido
 Escuadrón mauro, que alojó en las breñas,
 Y aunque mil astas le acometan juntas,
 Se precipita a devorar las puntas.

De alpestre monte su licor deriva
 Purpúreo el Rubicón, ya estrecha fuente
 Debe el caudal, si la sazón estiva

Ondas no exhala, que el abril consiente;
Ya despeñado de la cumbre altiva
Es linde oblicua, es orla floreciente,
Que precisos distingue de la Galia
Los respetados términos de Italia.

Entonces al Acuario usurpa y bebe
Del centro el curso, que veloz dilata;
Interviene de Cintia el candor breve,
Que en su tercera luz lluvias desata;
Y de los Alpes la disuelta nieve,
Que en arroyos desprende riza plata,
Hinche el valle, y resulta el cristal frío,
En caudalosa furia al vulgar río.

César, que la corriente acelerada
Quebrantar de las ondas presumía,
Contra el rápido curso atravesada
Compartió la marcial caballería,
Que como firme y densa empalizada,
Los espumosos ímpetus desvía
Cuyo fondo y raudal debilitado
Dió a los pedestres no difícil vado.

Ya cuando el César ocupó y sus gentes
Reinos aun del respeto defendidos,
Aquí, dice, modestias obedientes

Hoy renuncio, y derechos pervertidos:
 Tus fueros en lo incierto providentes,
 Fortuna, me serán firmes partidos;
 Rueden tus giros, arbitrario vuele
 Tu no entendido rapto, y seguiréle.

"Lugar no alcanzo, aunque me vino estre
 Todo el Norte y los golfos de Bretaña; [cho,
 De tanta acción no adquiere satisfecho
 El afán premio, o gratitud la hazaña;
 Falta la consular púrpura a un pecho
 Que de su sangre la vistió en campaña;
 Mas en lid propia Italia se condena
 Al galardón que merecí en la ajena.

"Júzguenos Marte, y formen la contienda
 Esfuerzo vengador y fuerza ingrata."
 Dice, y a Roma vuelto a toda rienda,
 Por las sombras su ejército arrebatá:
 No más veloz al aire se encomienda
 La piedra, que rodante se desata
 De baleares hondas; no diversas
 Las flechas huyen de los arcos persas.

En luz mayor la débil se escondía
 De los astros, que al sol teme vecino,
 Cuando abreviada la nocturna vía,

César los muros entra de Arimino;
 Dió llanto al alba precedente al día,
 Que el primer edemán se vió latino
 De civil crimen, y anunciando ultrajes,
 Mancho su oriente en lóbregos celajes.

O fue de Olimpo auténtica amenaza,
 O efecto casual de húmedo viento:
 En tanto de Arimino la ancha plaza
 Dió a la cesárea turba alojamiento:
 Al mudo pueblo atónito embaraza
 De la soberbia trompa el ronco acento,
 Y aquella voz que el sueño juzga incierta,
 Crédito es ya de la atención despierta.

Los de mayor aliento aun mal vestidos
 Se aperciben de espíritus vivaces;
 Dardos alcanzan del orín teñidos,
 Y espadas en sus vainas ya tenaces,
 Rodelas y paveses carcomidos,
 Que el tiempo ociosos con antiguas paces
 Suspensos tuvo, y olvidó su estilo
 En el arnés y lanza el lustre y filo.

Mas cuando a escasa luz los escuadrones
 Reconocen, y al César, que eminente

Las águilas tremola en los pendones,
 Que al viento libra en el cendal pendiente,
 Retrocede el fervor sus corazones,
 Hielo conciben, y con mustia frente,
 Reducido a silencios su tumulto,
 Tal se lamentan en murmurio oculto:

"Infeliz muro, mal fundado en esta
 Linde francesa, pues Mavorte adverso
 Hoy con rebatos bélicos te infesta,
 Hoy que en paces abunda el universo;
 Siempre padeces, Arimino, expuesta,
 Y fronteriza al ímpetu diverso
 De extranjeras venganzas y motines,
 Siendo a Italia muralla en sus confines.

"Pudiera el alto Jove más clemente
 Darnos lugar acepto en las regiones
 Donde no humano habitador consiente
 Adusto el Cancro, helados los Triones:
 Aquí impelidos del agravio urgente
 Dieron primer asalto los Senones,
 Emprendió el cimbro y el teutón germano
 Guerra, y más ardua el púnico africano.

"Hoy cuando falta ya de región varia
 Para inclemencia igual bárbara diestra,

Nos busca la de César más contraria,
Y más horrible por notoria y nuestra:
Aquí la resistencia es temeraria,
Y el vencer mismo desaciertos muestra;
No es compatible, aun eligiendo suerte,
El que da exordio a lo civil que acierte."

Así aquel vulgo sin formar gemido
Quejas reprime del contrario cielo,
Que el temor descubierto era temido,
Y recelado el público recelo;
No dan más voz que el yermo enmudecido
Cuando a las aves entorpece el hielo,
O que las playas últimas y solas
Donde los vientos duermen y las olas.

El sol se daba todo a los vivientes,
Cuando al favor de los cesáreos vino
Casio y Antonio, estímulos movientes
Del civil fuego por furor divino;
Éstos al gran caudillo confidentes
Hoy le buscan huyendo en Arimino;
Que su fidelidad por grave yerro
Juzga Roma, y castiga con destierro.

Óyelos César con suspensa atenta
Inquietud y silencio de recelo;

Pero excitada al fin su llama lenta,
 Ya exhala guerras con ferviente anhelo:
 El discurrir solícito argumenta,
 justificando del asunto el celo,
 Inaccesibles esperanzas cría,
 Ambición las creyó, valor las fía.

Sigue, a los dos partícipe en su agravio
 Aquel tribuno Curio, que elocuente
 Conformar supo lo eficaz del labio
 Con lo feroz del corazón valiente;
 En palabras guerrero, en armas sabio,
 Dio al pecho y lengua esfuerzo indiferente:
 Hoy viene a César, y con voz y acciones,
 Más aliento le infunde que razones.

"El tiempo, dice, que mi labio activo.
 Escuchado ejerció libre elocuencia
 Contra la curia y plebe persuasivo,
 Rendí su envidia, a venerar tu ausencia;
 Pero después que súbdito y cautivo
 Calla el derecho y clama la violencia,
 Mal vencer puede, aunque locuaz guerrero,
 El filo de la lengua al del acero.

"Armas, tropel y furia impetuosa
 Hunden la voz que a tu favor se alienta,

Y de su apremio la maldad furiosa
 Con mi destierro mi razón ausenta:
 Bien que el expulso en causa generosa
 Honras de ecuestre y ciudadano aumenta;
 Pues harás vencedor que restituya
 A los tuyos más nombre Roma tuya.

"No cuando el enemigo inadvertido
 Pide al vario favor tarda alianza,
 Pierdas la acción, que al bien apercebido
 Pérdida es grande la menor tardanza;
 Tú conspiras a un mundo poseído,
 Y lo asegura en lo veloz tu lanza,
 Que un breve instante de sazón resulta
 Fácil lo más que el tiempo dificulta.

"Diez años te usurpó la Francia a vista
 Del peligro, a quien ya victorias debes;
 Pero fue el tiempo exceso por conquista
 (Si bien gloriosa) de regiones breves:
 Menos (¡oh cuánto!) que tu guerra asista
 A contienda civil con riesgos leves,
 Te dará con más lícita ganancia,
 Imperios Roma, que provincias Francia.

"La virtud no enflaquece despreciada,
 Ni el tolerar su afrenta es fortaleza;

Refuercese la tuya por fundada
 En agravios que impugnan su grandeza:
 Sobre columna recta y nivelada
 Si el peso carga, ayuda a su firmeza;
 Pero si oblicua en el cimiento estriba,
 Tiembla, y ligero golpe la derriba.

"Con lo injusto la patria justifica
 Tu oposición, y coronarte espera;
 Impía y avara más honor te aplica
 Del que piadosa y liberal pudiera:
 Cetros en las ofensas te dedica,
 Procede tan benigna de severa,
 Que su caricia fuera cautiverio
 Tuyo, y será su indignación tu imperio.

"No el solio y ara a tu vencer construye;
 De ti juzga indistinto al enemigo,
 Tus hazañas por crímenes arguye,
 Su deuda es triunfo, su intención castigo:
 Pompeyo en trono singular te excluye,
 No compadece emulación contigo;
 Si el mundo quieres dividir, no hay modo,
 Hayle mejor para vencerle todo."

Así el tribuno al capitán incita;
 Y aunque ya su fervor no delibera,

Ni del ajeno impulso necesita,
Tanto le instiga Curio y lo acelera,
Cuanto el sonoro aplauso precipita
Bridón olímpico a la veloz carrera,
Después que el pie soberbio y la mejilla
Dispara el freno, y las arenas trilla.

LIBRO SEGUNDO

Convoca César los de su ejército, y los exhorta
a la empresa contra su patria; ellos le prometen seguirla.

Sin treguas al efecto belicoso,
Reciente móvil que al honor provoca,
César los de su campo generoso
Con instancias benévolas convoca;
Y cuando ya al concuro numeroso
Reducido miró en distancia poca,
Y serenó el rumor su aspecto y mano,
Así dijo al ejército romano:

"¡Oh vos de Italia dignidad primera,
Que dos lustros el polo a un siglo iguales
Os vio vencer en su región más fiera,
Siempre indomables gentes boreales!
El desprecio, el castigo ved que espera
Facción que os mereció lauros triunfales

Por la gastada sangre y las heridas,
Rescate apenas de las propias vidas,

Roma sin enemigo armas inventa,
Cual si en Asia rebelde el Indo y Ganges
Bélicos conspirasen a su afrenta,
O Cartago y sus líbicos alfanjes;
Con armadas los piélagos frecuente,
Los campos con itálicas falanges;
Y el solo asunto de su empresa aleve
Es César fiel, a quien imperios debe.

¿Cuál venganza aprestara, si rendida
El águila, que vibra excelsas plumas,
Barriera en mi estandarte la temida
Germanía, o las británicas espumas?
Si hoy que pude vencer, y la vertida
Sangre del Norte calentar sus brumas,
Opone al merecer furia enemiga,
Infama hazañas y al valor castiga.

Marche el Senado, pues, no abrigue el muro,
Armen la toga, ilústrese divino
Catón lidiando, que a su nombre obscuro
No es luz el derivado censorino:
No Pompeyo en la paz goce seguro
Precedencias de príncipe latino,

Dependiente al favor, que en las naciones
Enemigos compró con nuestros dones.

¿Es ley que sin edad en el sublime
Carro admitiese lauros vencedores,
Y después a los años con que oprime
Glorias ya injustas eternice honores?
Oprobios sí, pues en Italia gíme
El premio de vagantes labradores,
Después de atento a solos intereses
Le fueron logro estériles las mieses.

Por insistencia suya el pueblo armado
Cometió exceso, que le admiro y lloro,
Cuando en su paz vio tímido el Senado
De armas ceñido el tribunal y el foro:
Allí el castigo de Milón culpado
Redundó afrenta al consular decoro,
Pues vimos en unión bastarda y fea
Juzgar Belona en el sitio de Astrea.

Hoy, pues, altivo, aunque en edad postrada,
Repite disensión sin poderío,
Y la crueldad imita, no la espada,
De Sila atroz, su preceptor impío;
El tigre así reserva la heredad
Rabia que en el hircano bosque umbrío

Aprendió fácil de la madre fiera,
Y, en la remisa edad no degenera.

Debiérale infundir Sila tirano,
Autor de deponer imperio ajeno,
O presume incapaz (porque su mano
Fue de pirata no difícil freno,
Y en el Ponto al recluso rey anciano
Dio muerte apenas con traidor veneno)
Vencer mi guerra; y si adquirió su brío
Cortos blasones, que lo enmiende el mío.

Si fiel guerrero, y en milicia viva
Me excluyó Roma, y defendí mi ausencia,
Ya mi conquista es prenda sucesiva
La torpe ingratitud y la inclemencia:
No igual pena mi ejército reciba,
Cuando es el triunfo su debida herencia;
Hallen el premio donde yo el cuchillo,
Otro gobierne, o triunfen sin caudillo.

¿Qué alivio espera el veterano ausente,
Que ya vuelve, aunque invicto y coronado,
Enflaquecido a fuerza de valiente,
Y en honra de las armas jubilado?
¿Qué abrigo o tierra donde el sueldo aumente
Con la usura silvestre del arado?

¿Disteis reinos sin límites a Ausonia
Y os niega limitar breve colonia?

Ya es superflua, quejosos escuadrones,
Mi digresión a trágicas memorias;
Tremolad formidables los pendones
De quien fueron consortes las victorias:
Manos pide la injuria y corazones,
Que inserten la mayor en vuestras glorias,
Pues al armado y poderoso entrega
Aun lo total quien lo decente niega.

Ni receléis que al hecho, por violento,
Falten los dioses, ni al gozar la empresa,
Pues reconocen que el cesáreo intento
Ni al cetro aspira, ni al despojo y presa:
Hijo anhelante, y protector atento
De Italia soy, y que en la patria opresa
Libertad fundo, pues cauciones más
Antídoto serán de tiranías.

Dijo, y el vulgo militar se esquivo,
Y excluye temeroso facción tanta:
Estos, a quien la procelosa activa
Fuerza del Dios batallador no espanta,
Del patrio gremio a la piedad nativa
Ceden, y blando afecto los quebranta:

Dió corte al fin a la indecisa lucha
César, aun vencedor, con quien le escucha.

Lelio excitado en el concurso mudo
Alzó la frente y voz, Lelio Romano,
Cuya corona cívica en su escudo
Supone hazañas de la invicta mano;
Seña y blasón del que lidiando pudo
Reservar de la muerte al ciudadano.
Mirando, pues, a César, libre exclama
Con esquivaces de quien cela y ama:

Nuevo Marte germánico, a quien debe
Supremo timbre la nación guerrera,
Hoy mi respeto en el temor se atreve,
De piadosa mi voz riñe severa;
Pues nos acusa de inconstancia leve
Tu remisión, y cuando el mundo espera
Que con más gratitud nos honres, muestras
Aun disfamar fidelidades nuestras.

¿O temes en la empresa recelada
Al enemigo o al amigo?, advierte,
Que en cuanto del valor fervorizada
Nuestra porción vital recusa muerte;
Tú modestia delinque recatada,
Si a la venganza el filo no convierte;

Pues al que sigue con derecho justo
Su acreditado fin, no hay medio injusto.

Ya no vio en tu milicia el Norte helado,
Y nos viera la ardiente austral arena;
¿Cuál, pues, gobierno es menos venerado
En región propia, que lo fue en la ajena?
Desconoces los mismos que a tu lado
Vencimos, por quien ya su yugo estrena
Britania, y cuya guerra te promete
Que el suyo Italia por corona acete.

Con vínculos de amor te obedecemos,
Y con fe militar, que es ley expresa:
La forzosa obediencia emprenda extremos,
La voluntaria ha de alcanzar la empresa;
Sola tu potestad reconocemos;
Por lo sacro y mayor lo humano cesa;
Aun te será inferior lo soberano,
Si lo amenaza tu razón, tu mano.

Espíritu individuo nos anima,
El tuyo nuestros ánimos gobierna,
De mí conseguirás que el hierro esgrima;
Sediento a derramar sangre paterna,
Y que el preñado vientre no redima
Del, trágico furor mi esposa tierna,

Obrando en los afectos, aunque atroces,
Mis ímpetus unidos con tus voces.

Si a tu victoria dedicar destinas
De sangre consular nuevo lavacro;
Si eliges conducir asaltos, minas
Al triunfal muro y capitolio sacro;
Si a nuestra curia incendios y ruinas
Llevas, y al ara, templo y simulacro;
El simulacro, el templo encender juro,
La curia, el ara, el capitolio, el muro.

A la promesa el campo asintió, ufano,
Y transformado en ardimiento el hielo,
La guerra admite, aunque la patria en vano
Le despierta memorias de recelo:
Concordes lo aseguran al romano.
Ágiles diestras levantando al cielo,
Y en fe de los acuerdos prometidos,
Anegando lo etéreo en alaridos.

Como en Olimpio y Osa el tracio viento
Contra los vientos sibilante, y ronco
Brama en el alto y denso impedimento,
Desgaja el duro ramo, cimbra el tronco:
Toda frondosa planta informa acento,
Aunque uniforme, proceloso y bronco;

Con frecuencia de estruendos no menores
Unánimes rimbomban los clamores.

Viendo acepta la guerra, el arduo oficio,
César esfuerza activo y recatado,
Que, en las empresas a lo más propicio
Aun debe más desvelos el cuidado:
Buscando efecto al favorable indicio,
Nuevo ejército en Francia derramado
Convoca a Italia, y la región vencida,
Que moderna ilustró, su nombre olvida.

Nuevas tropas y tercios de guerreros
Que, poseyendo la Germania y Galia,
Guarnecieron presidios extranjeros,
Ya el asunto mayor buscan de Italia:
Marte a diversos climas y hemisferios
Armas hurta por darlas a Tesalia,
Y ajenas guerras con desdén retira
César, después que a la mayor aspira.

A su precepto, pues, las alojadas
Escuadras, que del Mopio las riberas
Sujetaban, partieron convocadas,
Y el Língón quedó libre en sus fronteras,
Que en sus pechos discordan las pintadas
Almas lascivas y las armas fieras;

Copia igual desaloja, y paz consiente,
Donde el Isara pierde su corriente.

Éste, después que en abundante seno
Con su creciente y nombre se derrama,
Al Ródano se mezcla, y el ajeno
Curso le lleva al mar, sin propia fama:
Guerras depone el cándido ruteno,
Que en ocio exento los arados ama;
Y el Atax, viendo de su lecho ausentes
Vasos latinos y cesáreas gentes.

La nueva paz te alegra, undoso Varo,
Que al francés y ligur términos mides;
Se alivia el puerto, que el renombre claro
Hoy se atribuye del antiguo Alcides,
Cuyo cerrado seno es firme amparo
Contra-navales y terrestres fides;
Aun los vientos allí rinden su esfuerzo,
Sus ondas sólo tiraniza el cierzo.

De César, y sus armas y gobierno
Quedó la costa gálica desierta,
Donde el piélago va río con eterno
Vaivén confunde la ribera incierta;
Su arena, hoy playa, con recambio alterno
Ya está enjuta del agua, ya cubierta,

Cuando el mar huye a las cavernas hondas,
O propagando humor crece las ondas.

Aquí, al desvelo, que investiga atento
Lo natural y firme en su inconstancia
Será cuestión, si poderoso viento,
Que el soplo exhiba de inmutable estancia,
Golfos impele, y al templarse lento,
Menguan sin él, porque ceso a instancia;
O la luna el humor colma y enjuga,
Dando al sujeto mar, o aumento, o fuga.

O la atracción voraz y abrasadora
Del sol, porque del agua se alimente
Superficiales piélagos devora,
Y en su ayuno permite la creciente:
Fácil concedo que mi estudio ignora
Causa mayor de la moción frecuente;
Ciérrala el Dios marítimo en su abismo,
Si allí hay razón de su desorden mismo.

Otros llevaron tiendas y trincheras
Del Nemeta excluyendo el sitio frío,
No se espejaron ítalas banderas
En el cristal del aquitanio río,
Por donde las tarbélicas riberas
El mar guarnecen, y en igual desvío

Se goza en Biturige y los Pictones,
Y en luengas astas ágiles Suesones.

El leuco y remo, que con suelta mano
Gran lanza arroja, gran venablo agreste;
Experto el belga, y práctico el secuano,
Del carro aquél, de los caballos éste;
Los arvernos, que iguales al romano
Quieren su estirpe derivar celeste
También de Anquises Dárdano, que el fuego
Huyó y cautelas del Paladio griego.

El nervo con inútiles traiciones
Mil veces rebelado, mil vencido;
Con sus talares vestes los bangiones,
Emulando el sarmático vestido;
Los bátavos de horribles corazones,
Que se encienden al áspero ruido
De las trompas; y el valle que termina
Dos provincias, la Alpeste y Ligurina.

Y donde velocísimo resuena
Ródano, que sus ondas solicita,
Y al Araris bebiendo, en la tirrena
Costa un raudal común los precipita;
Blasona libre aquel que de Gebena
Huella la cumbre, y en la escarcha habita,

Y el Trebir, que en su paz alegre estima
Que exterior lid de la interior le exima.

Y los ligures cortos de cabellos,
Que un tiempo alimentaron esparcidos
En trenzas de oro por los blancos cuellos,
A la comata Francia preferidos;
Libertad gozan e impensada aquellos
Que a los dioses dedican ofendidos
Marte, Mercurio y Jove sangre humana,
Como el Tauro en sus aras a Diana.

Los bardos en acorde melodía
De sus musas festejan el rescate,
Porque exaltan con dulce poesía
Armas heroicas que extinguió el combate:
Los druidas magos el solemne día,
Que el presidio marchó, sin que dilate
La sazón plazos, vuelven a su rito,
Sacro acierto o sacrílego delito:

Porque, o son estos solos ignorantes
de la suprema ciencia, o sabedores;
Breñas pueblan, y páramos distantes
De albergue inhabitable habitantes;
Niegan que los espíritus errantes
A los pálidos senos inferiores

Bajan, mas se trasladan a segundo
Vario cuerpo animado en vario mundo.

Si el druida acierta, calidad forzosa
Es el morir al propagar la vida,
O alegre escuela en el error dichosa,
Útil yerra y acierta inadvertida
Con su engaño no teme a la espantosa
Parca, ni del acero adversa herida;
Porque presume en la funesta suerte
Duplicar vidas cuyo engarce es muerte.

En su mortal ocaso funda oriente,
Y alternar cuna del sepulcro aguarda;
Último reno a la capaz corriente
Dilató el margen sin milicia o guarda:
Así el fuego romano paz consiente
Al ancho Norte, aunque su dicha es tarda,
Del anglo y belga en límites distantes,
Si libertados hoy, vencidos antes.

César, cuando a sus águilas vió unido
El ejército ausente, y que en su esfera
Cabe el sublime fin, que aun presumido
Le desconoce la altivez guerrera,
Ya de Italia se advierte obedecido,
Ya el Lacio inclina la cerviz, y espera

Que presidios romanos, donde suelen
Triunfar sus libertades, le encarcelen.

La suelta fama esparce a las veloces,
Y los distritos hinche al aire extensos,
Precursora de anuncios ya feroces,
Que admite escasos y divulga inmensos.
Su informe los romanos, y sus voces
Atónitos perciben y suspensos;
Vario a infinitos el rumor se extiende,
Como centella que la selva enciende.

Aquél relata que la infiel bandera
Arbola César en la opresa Umbría;
Éste en la tiberina ancha ribera
Anegada en marcial caballería;
Quimeras otro incrédulas pondera,
Y en cuanto el miedo le informó, porfía;
Aun hay quien haga fe, mirando, oyendo
Sobre Roma catervas, polvo, estruendo.

En efigies del ánimo el sentido
Describe a César con horrible idea
A los bárbaros gestos preferido,
Que venció en la región del Bóreas fea:
Delira alguno, y firme en lo temido
Refiere en acto la mural pelea,

Y de excelso lugar tiende la mano,
"Belga, dice, es aquél, aquél britano".

Y afirma que de Roma el abundante
Despojo César al del Norte ofrece;
Así el frágil despojo vacilante
Corroborar la fama y la engrandece
Cuerpo añade al temor, bien que gigante,
Y error sólo fantástico padece;
Mas ya el vulgar asombro se adelanta,
Turba el Senado y a Pompeyo espanta.

Al número mayor de senadores,
Y a Pompeyo el temor compele, ausenta;
Y el concurso de ilustres y menores.
Con tanto ejemplo aun a temer se alienta;
En su errada elección busca favores,
Donde el peligro, que recusa, inventa;
Pues cuando el muro ciudadano excluye,
Huyendo guerras, de impedir las huye.

En tropas se derrama, y vario, incierto
En resguardos selváticos se oculta,
La más pública senda era desierto,
Y población la breña más inculta:
Quien ve la fuga, la interpreta acierto,
Juzga invasión de incendios, que sepulta

A Roma, y que los templos y edificios
Se arruinan en horribles precipicios.

Como en turbado mar, si el Euro o Noto
La nao con proceloso encuentro asalta,
Que el duro mástil rompe, y su piloto
El timón suelta, y a las ondas salta;
Si bien el vaso no zozobra rolo,
Y lo mayor de la borrasca aun falta,
Busca la turba efectos al presagio,
Se arroja al mar, factora del naufragio;

Así Roma en tropel vagante y presto
Pide al riesgo mayor falsa tutela:
Huyó el Senado del peligro opuesto,
La plebe a sus espaldas huye y vuela;
Y cual si fuera la exclusión del puesto,
Sólo medió en lo adverso, que recela,
Desechan la capaz firme muralla,
Y huyendo de ella encuentran la batalla.

Aun el amor de padre o el de esposa
No revoca o retarda al fugitivo;
No el labio a desfogar querellas osa,
Ni a explicar votos el afecto vivo:
No hay quien por la familia, aunque llorosa,
Al umbral se detenga compasivo,

Ni distante de Roma vuelto asista
A dar al muro noble última vista.

¡Oh cómo dispensáis bienes y males,
Dioses! ¡Oh vos, en los humanos pechos
Sois fáciles al dar, sois liberales,
Y al conservar difíciles y estrechos:
Dais a Roma diademas imperiales,
Dais que no admitan ejemplar sus hechos;
Y hoy que de un mundo es árbitra, consiente
La oprima un César, un soldado ausente.

Suele el romano, que de frágil leño
Suple el mal baluarte en la extranjera
Región, ceñido en ángulo pequeño,
Ser guarda y fe de la triunfal bandera:
Ni ardid previsto le defrauda el sueño,
Ni trompa o caja su constancia altera;
Tarde apenas despiertan su recato
Armas patentes de eficaz rebato.

Y el de esta guerra tan remoto alarde
Te vence, ¡oh Roma!, que una noche apenas
Hay quien las aras del silencio guarde
En tu invencible munición de almenas;
Pero no admire su pavor cobarde,
Remitir debes con indultos penas;

Bien teme el vulgo, pues temió Pompeyo
Huyendo el Magno, ¿dormirá el plebeyo?

Triste el ciclo aun el ánimo embaraza
Más belicoso, y a terror le exhorta
Con presagios, que atento a su amenaza
No contiene el valor ni el metal, corta:
No esfera alguna su intención disfraza,
Impío carácter lo futuro aborta,
Vio la alta noche errátiles centellas
Sin fundamento presumir de estrellas.

Roja luz, que indignada se interpreta,
Desde el Polo amenaza a los Hesperios,
Miran flamante el pálido cometa,
Que reinos muda, que deroga imperios;
De trueno y de relámpagos saeta
Finge encender serenos hemisferios;
Divulga el fuego en la estación que inflama
Fieros caprichos de alterable llama.

Como pavés, alfanje y llama ardía,
Y otras formas de horror no casuales
La etérea dimensión, donde acrecía
Signos Olimpo en su labor marciales,
Fingen planetas en la faz del día,
Y en las aras de Júpiter laciales

Rayos hieren del Norte, que dirigen
Su flecha al Dios, aunque inventó su origen

Percibió eclipse la nocturna agreste
Diosa, y el que ilumina a la alta zona,
Aquella sin entero cerco, y éste
Sin conjunción, cuando el cenit corona:
Tanto escondió su antorcha lo celeste,
Que ya la noche eternidad blasona,
Viendo sombrroso con igual fracaso
El meridiano, el alba y el ocaso.

Así otra vez el esplendor febeo
Se escondió a lo terrestre y soberano,
Cuando introdujo temerario Atreo
Por humano manjar, pasto inhumano:
Contra Roma en el Etna lilibeo
Tan hondas llamas exhaló Vulcano,
Que esperó el numen del tartáreo solio
Aun trasladar su abismo al Capitolio.

Hirvió Caribdis, borbolló espumosos
Globos girando círculos sangrientos;
Ladró Scila, y tronaron espantosos
Los golfos ya, no los etéreos vientos:
Subió el mar a invadir montes frondosos,
Peces, fieras erraron elementos:

Zozobrando en marítimos confines
Los ciervos y en las selvas los delfines.

De víctima latina Jove Albano
Dos luces vio surtir piramidales,
Como el antiguo ya fuego tebano
Dividido en incendios funerales,
Cuando en un ara la fraterna mano
Ardió los dos cadáveres reales;
Que aun allí no depuesto el odio sumo,
Partieron llamas, y cenizas y humo.

Extendió Vesta su virgínea lumbre,
Que explende eterna; restringió violento
Su espacio la terrestre pesadumbre,
Cual dislocada del constante asiento:
Del terremoto inmenso toda cumbre
Sus nieves arrojó del hombre exento,
Y tardaron los gárganos y atlantes
En serenar sus frentes titubantes.

Del templo en su altivez se precipitan
Sacras tablas votivas y pendientes,
Y de los Lares, que el dolor no evitan:
Llora el bronce previstos accidentes:
Nocturnas aves, que el silencio habitan,
Claman expuestas a la luz y ambientes:

Su lecho el lobo y jabalí traslada
De la silbosa a la estación poblada.

Humanos actos, voces y respuestas
Forman los brutos, y del vientre humano
Brutas formas proceden y compuestas,
Como en grutescos de pincel liviano:
Lóbrego estruendo en tácitas florestas
Lamentos brama, y en el aire vano
Te absortas, Roma, porque ves y escuchas
Movientes guerras y volantes luchas.

De la Cumana vaticinios fieles,
Que atesoraron recatadas plumas,
Se vulgarizan ásperos, crueles,
Celando en vano sus misterios Cumas;
Que en voz fiera ministros de Cibeles,
De labio tronador lanzando espumas,
Su explicación sofística penetra
Estrago, sangre y muerte en cada letra.

Nueva copia en lamento clamoroso
Amenazas enfáticas pregonas
Con los heridos brazos, que el furioso
Rito y aras fomentan de Belona:
Mario en sus campos y sepulcro ocioso,
Sombra aparece, oráculo razona,

Huye a su vista agonizante, helado
El labrador, y el buey tuerce el arado.

Sila, de Mario emulación severa,
Con voz honda el rigor llora divino;
Mas la insania del tártaro Meguera
El mayor arrojó pasmo latino
Con pies de fuego en circular carrera
Su diestra vibra por antorcha un pino,
Ciñe a Roma, y convierte la sombría
Noche y su error en más horrible día.

Ya el escaso infeliz gremio romano
Llama el favor de expertos adivinos,
Ciencia en que más prevaleció el toscano,
Siempre en estudios práctico divinos;
Era el supremo docto Arunte anciano,
Que los íntimos hados y destinos
Por las víctimas juzga y los fragmentos
Del rayo, y vuelo que surcó los vientos.

Este a diversos monstruos producidos
De escandaloso parto, en ciega llama
Da muerte, cuyos polvos desunidos
Al aire vago en átomos derrama:
Luego exhorta los ánimos rendidos,
Y a soberano culto el pueblo inflama,

Tal, que en ilustre alarde y religioso
Ya purifican su muralla y foso.

Los pontífices, pues, que primitiva
Honra a los dioses votan inmortales,
Preceden, y por orden sucesiva
Los sacerdotes en lugar no iguales;
Allí excusada de ornamentos iba
La que el honesto coro a las Vestales
Rige, a quien sólo su deidad reserva
Ver el frigio Paladio de Minerva.

Los que del posterior tiempo ligero
Luz alcanzan, que al mundo se revele,
Y los que observan el suspenso agüero
Del ave fausta, como diestra vuela:
Siguen la unión con ademán severo
Los que ministran a la gran Cibeles,
Y de los dioses los electos siete,
Que les consagran general banquete.

Los flámines distintos, que a la parte
Suprema de su frente adornos penden;
Los de Apolo ministros, y de Marte,
Cuyos ancilios de sus hombros prenden
Así en piadosa pompa se reparte
La sacra muestra, su dolor suspenden

Los romanos, y firme el voto y ruego
Al cielo es vanidad, al aire juego.

El venerable Arunte agrega en tanto
Despojos ígneos, que esparció por tierra
Último rayo, y con lúgubre canto
En lugar misterioso los entierra:
Conduce al fuego de las aras santo
Gran toro, que eligió de inculta sierra;
Vierte a Baco en su frente, observa estilo,
De inmolación ya preparando el filo.

Pero el bruto, rebelde a la cuchilla,
Huye, y turba indomable el sacrificio;
Ocurre agreste y válida cuadrilla
De luchadores al robusto oficio;
Y al suelo forcejando la rodilla,
Tiende el cuchillo, y con infausto indicio
No la cerviz herida sangre vierte,
Llueve estigio licor, mancha a la muerte.

Cela y sospecha el gran ministro atento,
Premisas incluyentes de rigores,
Y busca a la fatal nuevo comento,
Rasgando el pecho y senos interiores;
Leyó en aquéllos el divino intento,
Y en cifra muda oráculos traidores;

Ve las entrañas rígidas, y en ellas
Torpe esmalte de cárdenas estrellas.

Brotan humor ya infecto, y la siniestra
Porción del bruto, cuyo espacio abierto
Denota a César fervorosa muestra
Las rojas venas con vigor no muerto;
Lánguido yace de la parte diestra
El corazón de amarillez cubierto;
Lo vital duerme, ni anhelante y sana
La arteria late o la capaz membrana.

Dio estupor nueva seña, que observada
Siempre el trágico efecto la acredita;
Del hígado una punta enferma, helada
Pende y negrece, lo exterior marchita:
Otra en hervor sanguíneo arde animada,
Y en altos pulsos trémula palpita;
Parece que con ímpetu renace
Allí la fiera, no cadáver yace.

Exclamó Arunte, y pálido y exhausto
"Apenas, dijo, mi piedad se atreve
A proferir el vaticinio infausto,
Que aun despechar a los celestes debe:
No a Júpiter atiende mi holocausto,
Dioses de Averno extraños insta y mueve,

Cuyo terror es comparable apenas
Al de estos miembros, músculos y venas.

"No hay seno, libra o nervio en que inhu-
La víctima no incluya infando agüero; [mana
Felice yo, si mi observancia es vana,
Y de falaz me acusa cuanto infiero:
Yerre, delire tu sapiencia arcana,
Tages etrusco, arúspice primero."
Dice, enmudece, aunque su queja dura
Renueva a tiempos, y rigor murmura.

Prosigue espantos Fígulo versado
Con escrutinios de los auxos, donde
Por la astronomía ciencia el consultado
Cielo al carácter suyo fiel responde;
Abre y explora el corazón del hado,
No estrella o signo su intención le esconde;
Lo meditado en Júpiter predice,
Hoy, pues, discurre observativo, y dice:

"O atropella la bárbara fortuna
Empíreas fuerzas, y sin ley y acaso
Constelaciones, orbes, sol y luna
Se arrojan libres a impensado ocaso;
O si algún Dios, o inteligencia alguna
Nos rige firme sin error del caso:

Raro accidente, ejemplo no segundo
Debes hoy recelar, ¡oh Italia!, ¡oh mundo!

"Sepultará la tierra las ciudades,
Y los frutos que engendra en rudo seno;
Trocará el agua y aire calidades,
En llama convertidos y veneno;
¿Cuál malicia infundís, altas deidades,
En lo acuátil, lo etéreo y lo terreno,
Pues vuestro cielo informa acometidas
De un solo golpe innumerables vidas?

"Si dominará Acuario poseído
De Saturno malévolo en su esfera,
Temiéramos del signo humedecido
Que otro diluvio singular vertiera:
Tal que de Pirra el siglo repetido
Sobreabundaran golfos sin ribera,
Globo innovando cristalino, y dentro
Cerrando el mundo, de sus ondas centro.

"Y si tus rayos, Febo, hoy agresores
Fueran conjuntos al león de Alcides,
Inflamaran diáfanos ardores
La región toda que fecundo mides:
Renovaran ardor por tus errores,
Como ya por Faetón varios cenides;

Mas del aspecto de Saturno y tuyo
No incendio temo ni diluvio arguyo.

"Júpiter en su ocaso presuroso,
Mercurio y Venus con pereza y hielo;
Ninguno, aunque benigno, es poderoso,
Sólo un planeta tiraniza al cielo:
Marte, que irrita al Escorpión fogoso,
Y entre sus garras amenaza al suelo,
Éste en su cerco tremoló estandarte,
¡Oh cuánto espera autorizar que es Marte!

"Sus luces hoy tan débiles conduce
Toda estrella que apaga el firmamento;
Sólo el monstruo Orión ígneo reluce
Por accidente y cualidad sangriento:
Constelación tan rara se introduce,
Que en ella es ya lo regular portento,
Pues jamás, aunque al mundo anunció espan-
Se vició el juego de los orbes tanto. [to,

"Guerra, guerra denuncian dilatada,
Bien que a los dioses implorar se debe
Que aun prorroguen su fin; pues acabada,
Reino esperamos y coyunda aleve;
Que será esclavitud la paz amada,
La aborrecida guerra apremio es leve:

Viva con ella libertad presente,
Aunque de nuestras muertes se alimente."

En cuanto explica la estrellada zona
Fígulo expositor del cielo mudo,
Soberanos pronósticos abona
Causa inferior, que aseverarlos pudo:
Con paso errante indómita matrona,
Mal desg्रेñada, y en acento rudo
Fue espectáculo vario y terror nuevo,
Fue vaticinio, intérprete de Febo.

"Tu furor sigo, ¡oh rápido Timbreo!,
Dice agitada en ímpetus mentales,
Pues de Anfriso descubro y de Rifeo,
Hoy sangrientos farsálicos raudales.
Mas dime, Febo: ¿cuál, cuál furia veo
Conducir en ejércitos campales
Todo el poder de las romanas tierras,
Y allí encender sin enemigos guerras?

"Ya me transfieres por el viento vano,
Donde a ser golfo el ancho Nilo empieza,
Y en su playa conozco un tronco humano,
Bien que aborto del mar y sin cabeza:
A las Sirtes y al Trópico africano
Me arroja ya tu rauda ligereza,

Donde la furia en guerra duplicada
Las reliquias tesálicas traslada.

"Ya esparzo vuelos a mayor distancia
Sobre los Alpes, y veloz me entrego
Al remoto confín de Iberia, a instancia
Del secuaz belicoso errátil fuego:
Cóbrame Ausonia, repitiendo a Francia,
La patria reconozco, a Roma llego,
Y el Senado sin bélicos ardides
Mira en sus paces extinguir sus lides.

"Mas ¡ay! que resucita incendio nuevo,
Y los bandos concurren militares
A Tesalia otra vez; llévame, Febo,
A extraños climas, a ignorados mares:
No, no a Tesalia contemplar de nuevo
Paciente a Roma, y sus funestos lares.
Dice, y rendida yace por trofeo
Del ausentado espíritu febeo.

LIBRO TERCERO

Laméntanse en Roma los ciudadanos del peligro que
esperan: cuenta un anciano las guerras de Mario y Sila
por ejemplar de las presentes.

Así el sublime cerco, así el profundo
Movió cielos, y tierras, ondas, vientos;
No restan ya de amenazar al mundo
Más indicios en astros y elementos:
No tiene igual ejemplo, no segundo
Naturaleza en padecer portentos;
Concibió la clemencia en el amago
Aun más preñez que el producido estrago.

"Tú de la eternidad padre y testigo,
¿Por qué, Júpiter, doblas tus rigores,
Precediendo el pronóstico enemigo,
Donde ofenden con armas de temores?
Obre a su tiempo súbito el castigo,

No con anuncios hiera precursores;
Lo adverso ignore, lo dichoso espere,
Quien sin desdichas de temerlas muere.

"Ya cuando a los romanos persuadieron
Precisa adversidad firmes señales,
Fue silencio el derecho, suspendieron
La jurídica acción sus tribunales:
Tanto el ilustre adorno obscurecieron
Los senatorios, que a la plebe iguales,
Lo rojo de la púrpura excusada
Corrido el cónsul a su faz traslada.

"No lamentan la patria, que abstinente
Dolor sin queja los transporta y hiela;
Como la tierna madre, que al doliente
Hijo en las horas temerosa vela;
Que en cuanto no le rinde el accidente,
Pálida y muda a la esperanza apela,
Ni alza clamor, hasta que ya precede
La muerte, que en sus lágrimas herede."

Así clama el Senado, absorto en cuanto
No ve el cuerpo repúblico difunto;
Mas las matronas exageran tanto
Su lamento, que sobran al asunto:
Tiernos escuchan el femíneo llanto

Bronces que dan a júpiter trasunto,
 Pues el gemido que la angustia exprime,
 Si no en el dios, en el metal se imprime.

No al Capitolio sólo en mayor culto
 ,Se reducen con lágrimas avaras;
 No hay templo extraño, no hay delubro ocul-
 Que a la sazón defienda enjutas aras:[to
 Una que en el dolor y traje inculto
 De su familia cела prendas caras,
 Su hermosura ultrajando y su cabello,
 Aun reserva en lo trágico lo bello.

"Esforzad quejas, lastimad el viento,
 Míseras, dice, que podéis agora
 Hoy sin temor con lícito lamento
 Llorar, que de la guerra el fin se ignora:
 Será su fin al llanto impedimento,
 Porque después la espada vencedora
 Os trocará en forzado regocijo
 Pérdidas del difunto esposo o hijo.

"No aguardéis que el suceso instancias mu
 Calificad las dudas por verdades, [de,
 Pues cuando alguno reine, y no se dude,
 Será preciso festejar crueldades.
 No ha de acusarme la razón que pude

Hoy sentir y llorar libres piedades,
En honras del consorte, y que el fingido
Gozo después las confundió al sentido."

Siglo cruel, en que redunda aliento
Del llanto y miedo de un alegre día;
Suspendió aquí la voz, no el sentimiento,
Que en silencios la pena fuerzas cría:
De los hijuelos tiernos el acento,
Flébil se escucha en áspera armonía,
Que ciega y sin discurso la ignorancia
Gime y padece varonil la infancia.

De las llorosas madres la severa
Queja imitan con lástimas iguales,
Cual si pueril sinceridad creciera,
A ponderar en su nivel los males:
Aun los varones, que el temor no altera,
Ni el tremolar de insignias y metales,
Se lamentan, y reina en duro pecho
Doloroso el valor, tierno el despecho.

¡Oh edad!, claman; ¡oh suertes inhumanas
Las nuestras, que al furor cartaginense
Nos usurparon, donde Trebia y Canas
Vencernos pudo, o la batalla aliense!
No a vos, inteligencias soberanas,

Pedimos paz, o que al rigor dispense
Marte; pedimos guerras y destrozos,
Que éstos nos fueran hoy descansos, gozos.

"Padeceremos en honor del Tíbre
Cuanto difícil al peligro importe;
Conspire el mundo, y militante vibre
Del espléndido acero punta y corte;
Prepare yugos a la patria libre
De Asia y de Libia el Occidente y Norte;
Venid guerreros, pues en nuestras vidas
Todos de la civil sois homicidas.

"Partan Pompeyo y César hoy el mundo
Para vencerle, no gozarle; y luego
Pretenderemos por honor segundo
Seguir sus armas sin apremio o ruego:
Si es de Jove impiedad, vierta el profundo
Cielo su esfera elemental del fuego,
Arda Roma, y rigor ilustre sea
Su fin, no infamia de civil pelea.

"A los que ésta fomentan, pues, fulmine
El castigo, distinto le padezcan;
Sólo en su origen la intención termine,
Nunca a posibles los efectos crezcan:
¿Posible es, Roma, que imperar destine

Alguno, y que tus reinos le obedezcan?
Sólo era justa guerra tan violenta
Para estorbar lo que ella misma intenta."

Así divierten con supuestos vanos
Nobles iras los jóvenes valientes;
Siguen éstas los débiles ancianos
Con voces, aunque inútiles, prudentes:
Al cielo tienden las abiertas manos,
Que en los antiguos años y presentes
Les compartió su edad adversidades
Que llorar del Imperio en dos edades.

De éstos, uno decrepito agravado,
Que en silencios del pecho siglos cela,
Y un saber de experiencias fabricado,
Aprendiz de los años en su escuela,
Ponderó entristecido, no indignado,
Desdichas que en lo público recela,
Y a memorias atento precedentes,
Dijo en concurso tácito de oyentes:

"Guerras propias, más ásperas que ajenas,
Hoy se introducen; ejemplar de Mario,
Cuando de Libia triunfador apenas
Le fue Sila doméstico adversario;
Cuando en prisiones conmutó y cadenas

El triunfal solio, y el aplauso vario
Que para restaurar el alto asiento
Fundó su dicha en ínfimo cimiento.

"Merece el que será monstruo indomable
Gemir así lo adverso anticipado,
Que si lamenta penas inculpable,
Premios después festejará culpado:
Único ejemplo es Mario inimitable
Del juego de fortuna siempre errado;
Hoy la heroica virtud postrada gime,
Mañana el crimen triunfará sublime.

"Herboso margen de capaz laguna
Fue resguardo a su riesgo, fue bonanza,
Que el débil junco a soplos de fortuna
Defiende más que la robusta lanza;
Cometió a Mario providencia alguna contra
Roma el caudal de la venganza,
Y el genio, precursor de sus ofensas,
Guardaba en una vida el fin de inmensas.

"Libre y fugaz de la impiedad latina
Volvió a la Libia deslustrado ecuestre;
Dióle allí el triunfo aclamación divina
Un tiempo, hoy busca habitación silvestre;
De Cartago contempla la ruina,

Motivo de que el alma alivios muestre,
Y alterno gozo resultó a Cartago,
Cuando vio en Mario ejemplos de su estrago.

"Desde allí vuelto al esplendor primero,
Le arboló mayor suerte los pendones,
Y en campo armado de valor yacero
Acrecentó serviles escuadrones,
Trocando en grebas de metal guerrero
Toscos herrajes, grillos y prisiones;
Y liberal en Monras, que sublimen,
Sólo a agresores de homicidio o crimen.

"Para ser del romano vencedora,
Tal milicia eligió la suerte acerba;
Vióse por Mario la imperial señora
Que rige mundos, de los siervos sierva:
Violando famas, con que a Italia honora,
Deshonor tanto la memoria observa,
Fue apremio vil; y si a equidad se atiende,
El ilustre ofensor menos ofende.

"Lastimar temo vuestro aplauso atento
Con venganzas de Mario referidas,
Pues a quien oye efectos del portento
Descrito, mis palabras son heridas:
Vióse en la tierra el hórrido lamento

De infernal seno al expirar las vidas,
Dónde esfuerzo y temor, virtud y vicio
Uniformes concurren al suplicio.

"Yo en años juvenil vi el temerario
Conflicto que en imagen hoy contemplo;
Cubre el Foro capaz cúmulo vario
De cuerpos, mancha el Capitolio y templo:
No, pues, mitiga el holocausto a Mario,
Prometió a su inclemencia más ejemplo;
Pues sólo a merecer sus premios llega
El que estupendos crímenes alega.

"Muerte excusa en peligros del combate
El que de Mario besa la sangrienta Mano.
¡Oh varón, que ofreces en rescate
Todo el caudal que atesoró la afrenta!
Aunque tu vida siglos se dilate,
Es enorme lesión la infame venta;
Pero ya Sila, por que el don no estimes,
Te apresura la muerte que redimes.

"¡Oh cuántos la padecen que en su olvido
Ocultos yacen, pues de Bebio y Craso
Magnánimos, y Antonio esclarecido,
La fama obtiene permanencia acaso!
Y la del sacro Scévola ofrecido,

Víctima débil, que de sangre escaso,
La que tarde en las ascuas se derrama,
Esforzar pudo, no extinguir la llama.

"La muerte (no el castigo a sus crueldades)
Sucedió simple a Mario, en cuya vida
Vio Italia blasfemar prosperidades,
Y gemir vio la adversidad rendida:
Fortuna con agravios, con piedades
Rigió su edad en lucha competida,
Verificó un sujeto concertados
En su mayor contravención los hados.

"Prosiguió la impiedad Sila tirano,
Cuando ceñida lauros su cabeza,
En el Asia esgrimió la airada mano,
Contra la patria con mayor fiereza:
Tan pródiga jamás no en pecho humano
Dispensó la feroz naturaleza,
Sólo halló Sila comparable objeto
En furia o parca, en Atropos o Aleto.

"No imitó a Mario, no, que comparados
Fuera benigno ejemplo el precedente;
Son de Sila incentivo los culpados,
Pero el, incendio alcanza al inocente:
Tal si los miembros, que advirtió ulcerados,

Mal cauteriza físico imprudente,
Exceder suele con resuelta mano
De la infección a lo insensible y sano.

"No respetaron los tremendos brazos
Exenta edad, que en la vejez postrada,
Y entretenida de ligeros plazos,
Aun éstos quiso acelerar la espada:
La inmunidad de los maternos lazos
El simple infante padeció violada,
Y se admiró la candidez sencilla
De restaurar purpúrea en la cuchilla.

"¡Qué error castigas, oh milicia fiera,
En lo pueril, que ni la vida advierte!
Pero en estilos de tu ley severa
El que puede morir merece muerte;
Será el culpado quien remiso inquiera
Culpa en el pecho, cuya sangre vierte;
Así al herir la diestra vengadora,
Sabe que hay vida, lo demás ignora.

"Yace indistinta Copia; y si la planta
Tal vez los golpes huye vengativos,
Nadando el suelo, mira en sangre tanta
Que se anegan intentos fugitivos:
Ya el ver la aneja muerte a nadie espanta,

Con espanto mayor se encuentran vivos,
Torpe vacila el pie, mudando acaso
Por puentes de cadáveres el paso.

"Con las fieras del bosque uno sepulta
Su reclusión en cóncavos desiertos;
Otro elige encubrirse en urna oculta,
Donde abriga la vida con los muertos;
Vense arrojar desde la cumbre inculta
Éste y aquél sobre peñascos yertos,
O en altas ondas: que furores tales
Son medios ya de socorrer los males.

"Prepara alguno a sus cenizas pira,
Y en ligera materia el fuego prende;
Luego se rasga el pecho, y cuando expira,
Se da a la llama, que voraz le enciende:
Sila insaciable en su sangrienta ira,
Reducir lo habitable a yermo entiende,
Y el circo en puntas de forrados robles
Míses levanta de cabezas nobles.

"De lo mayor que omito será indicio,
El menor Mario, aunque el error me abstiene,
Que al alma de Catulo en sacrificio
Fue dedicado víctima solemne;
Donde unido al rigor el artificio,

A su mismo espectáculo previene
Al joven, que ya mira compartidas
Iguales a los miembros las heridas.

"Vivo le observan con aviso atento,
Porque imprima la vista en los despojos
Propios troneados, pues de partes ciento
Cortan porciones los aceros rojos:
Todo sentido concurrió al tormento,
Reservados al último los ojos,
Porque, lo precedente padecido
Sintiese a pausas el mejor sentido.

"No tanto de sí mismo diferente
Se mira aquel a quien antigua torre
Con ruina oprime, ni señal consiente
Que de su rostro no confunda y borre;
O cuando en alta mar hiere el Tridente
Flaco bajel, que el cielo no socorre,
No estrago tanto en sus reliquias suele
Verse, que el mar en su ribera expele.

"Ya que los cuerpos cárdenos expuestos
Explayaban de sangre ancha laguna,
Sin que se muestre en los sangrientos gestos
Fe de quien fueron, o señal alguna,
Allí en oficios de dolor funestos

Los padres se adelantan, y una a una
 Los troncos reconocen con prolijo
 Afán, hasta encontrar con el del hijo.

"Yo mismo en los despojos infelices
 Me acuerdo, ¡ay triste!, que busqué a un her-
 Vi suelta su cabeza, y de matices [mano;
 Rojos manchada, que limpió mi mano:
 Fui cotejando luego las cervices
 De troncos mil, que degolló el tirano,
 Y distinguiendo el suyo con destreza,
 Les di sepulcro al cuerpo y la cabeza.

"Ejemplos tuvo en las edades este
 Del monstruo Sila, o por tremenda guerra,
 Por hambre o sed, o bien trágica peste,
 O terreno temblor, que un reino entierra,
 O ya por tempestad de ira celeste,
 Que naval flota en los abismos cierra;
 Pero jamás el ímpetu enemigo
 Vio comparable exceso por castigo.

"Tal fue el destrozo, que la sangre helada
 Enturbió al Tíbre, y al concurso inmenso
 De cuerpos la corriente embarazada
 Le detuvo pagar al mar su censo:
 Con mayor furia al fin precipitada

Rompió canales el humor suspenso,
Manchando el golfo, que en cerúlea playa
Con líneas de coral distancias raya.

"Aprended, ¡oh romanos!, lo inconstante,
Porque yo mis recelos hoy sentencio
A civil destrucción tan semejante,
Que sólo por mayor la diferencio;
Y el discurso político observante
Verá en centros del íntimo silencio,
Que nuestro caso, repitiendo historias,
No le miden tragedias, no memorias.

"Pues aunque el desterrado Mario altivo
De la adversa facción castigó el yerro,
Sólo ascender a cónsul fue motivo
Para olvidar agravios del destierro;
Y si de tantos Sila vengativo
Les dio en su sangre purpurado entierro,
No mayor fin de su intención se alcanza
Que envainar el metal tinto en venganza.

"¡Oh, cuánto es hoy lo comparado vario!
No ya en lo precedente se limita
De nuestros héroes el valor contrario,
Por quien la humana disensión milita:
No es la sangre, que Sila vertió, o Mario,

El fin que al Magno o al Cesáreo incita;
Medio es la sangre, y el final misterio,
Que en ambición de imperio arde el imperio."

Dijo el anciano, cuya voz templada
Fue a quien le escucha doloroso objeto;
Llora el pueblo su ofensa recelada,
Cuanto pudiera el padecido efeto:
En tanto Bruto la dudosa espada
Ciñe vagante con neutral conceto,
Tan superior al vulgo, y tan remoto,
Como el gran cedro en el humilde soto.

Éste, cuando del aire iluminado
Los espacios gravó la sombra ciega,
Del generoso deudo y venerado
Catón al sacro domicilio llega:
Allí el quejoso universal cuidado
Al pecho sólo de Catón se agrega,
Y en providencia, a tantos concedida,
Cabe sólo un descuido, el de su vida.

Ya en su presencia Bruto respectivo,
¡Oh tú, propone, en cuyo pecho arcano
La virtud halla más celeste archivo,
Cuando carece más de albergue humano!
Hoy que amenaza turbulento, esquivo,

Lo etéreo busco, tu piedad, tu mano,
Y en protecciones de piloto aun fío
Que eres dios tutelar de mí navío.

"Arme Pompeyo o César sus parciales
Gentes, y a desunir la Italia obligue;
Preceptos sólo de Catón leales
Es la parcialidad que Bruto sigue:
Dime si en las discordias generales
Hoy tu constancia inalterable sigue
Su paz, o autorizando el vulgar fuero,
De su guerra eres cómplice severo.

"Tú sabes que el tumulto belicoso
La iniquidad le originó, y le aprueba,
Porque envuelto en rumores el vicioso,
En su delito mismo el perdón lleva:
Disfraza su venganza el alevoso,
Su astuto medio el deshonesto ceba,
Y plazos corta la avaricia armada
A escogidas herencias, con la espada.

"Sólo distingo en ti la misma guerra,
Motivo singular mal disculpado,
Pues por él sólo tu prudencia yerra,
Y los demás por desmentir lo errado:
Cuando adversos militen cielo y tierra,

Te alistarás con Júpiter soldado;
Hoy si arrojadas vuelan astas leves,
La fiel tuya confunden las aleves.

"Aun a tu lanza y golpe atribuída
Toda muerte será, pues la engrandece
El que muere, aspirando a nueva vida,
Si con voz de tu víctima padece;
Mal se ostenta benigno el que homicida
Es sólo en guerra tanta, o lo parece;
Húyela, pues, y tu razón proteste
En lo terreno inmunidad celeste.

"No el valle, monte o cerro, cuando obs-
Tempestad varia el ímpetu rebela, [cura
Resistir puede, ni evitar procura
La escarcha o rayo, que le enciende o huela
Olimpo sólo, que excedió en su altura
A las nubes, su impulso no recela:
Hoy, pues, las guerras no distinguen menos
Tu encumbrado valor de los ajenos.

"Y aunque al Magno defiendas, no proce-
Oficioso a la patria, antes profano; [des,
Que así exaltas a César, pues concedes
Sujetarle a la paz que armó tu mano;
Aunque vencido le supongas, puedes

juzgar su pecho jactancioso y vano:
Nuestra inquietud le ha sido honra suprema,
Catón armado le será diadema.

"Pero si acaso tu sentir diverso
La paz rompe, y dispensas misterioso,
Que el único se mezcle al universo,
Y el templado defienda belicoso,
No seré a César o Pompeyo adverso,
Firme enemigo sí del victorioso;
Pues cuando venza y a imperar comience,
Diré en su aclamación: Muera quien vence.

"Así el joven tentó la piedad santa
De Catón, que con alto magisterio,
Si a la dócil respuestáse adelanta,
Su voz es ley, su respirar misterio.
La civil guerra, dice, injuria es cuanta,
Aun castigada, infestará el Imperio;
Mas si al piloto asalta la tormenta,
Bien que audaz la combata, no la inventa.

"El cielo yerra, si estorbar su estrago
Me imputa a horror, y en la defensa ofendo;
Pues quien ve amenazar fatal amago
Rotos los orbes en horrible estruendo,
No es hombre, es risco, si en el ocio vago

Niega temores a lo más tremendo,
Y a la candente máquina en pedazos
Da simples ojos y pendientes brazos.

"Ves la región que ilustra el rojo
Apolo El Ocaso, y el Norte ultramarino
Tributar huestes, y el contrario polo,
Siendo ya el mundo ejército latino:
¿Y apruebas y celebras que yo solo
Huya en mi paz su estrépito vecino,
Y que a la patria todas las naciones
Le den armas y yo contemplaciones?

"Antes mi obsequio ejercitado admita
Roma, a quien, debo actividad clemente,
Como padre, si al hijo debilita
Con malicia gravante el accidente
Que al expirar le asiste, y solicita
Lo funeral, sin que el dolor le ausente;
El cadáver del féretro retira,
Y en su mano la antorcha, arde la pira.

"No, pues, desiste del paterno asunto
Hasta ver el repúblico romano
Débil cuerpo, ya inmóvil y difunto,
Pues ya su curación dispendio es vano,
Y que en su entierro se sepulte a un punto

La libertad, que es nombre, es humo vano;
 Beban sangre los dioses a porfía,
 Beban, pues, que la nuestra es su ambrosía.

"No les defraude alguna el dolor tierno
 Común, pues logra su interés vertida;
 Feliz yo, si en honor de Italia, eterno
 Puedo por tantos dedicar mi vida,
 Tal, que acepta al Olimpo y al Averno,
 Dé a la patria salud restituida,
 Cual dependieron por iguales precios
 Célebres muertes los heroicos Decios.

"Y si mejor su conveniencia advierte
 De César toda la facción, es sólo
 Quien no debiera adelantar mi muerte,
 Cuando en mi afecto el águila tremolo:
 En el vulgar, que es juego de la suerte,
 Para vencer no hay mérito; perdiólo,
 Dará obediencia al reino y tiranía
 Singular, pues la resistencia es mía.

"Seguiré concurrente al importuno
 Cielo su empresa; no tu yerro ahora
 La nombre, no, parcialidad de alguno,
 Que sólo es Roma de su causa actora:
 A un varón tal (como el Imperio es uno)

La curia elige, y a Pompeyo honora;
 Bien que presuma del favor plebeyo,
 Venciendo a César, imperar Pompeyo.

"Celando este valor, siempre a su lado
 Lidiaré en las campañas advertido:
 Venza el Magno mirándome soldado,
 Y no creerá que para sí ha vencido.
 Dijo, y Bruto en sus dudas informado,
 Guerras funda en el ánimo instruido,
 Ya se reforma en el intento, y halla
 La ambigua suspensión, firme batalla".

De la atenta consulta igual testigo
 Fue la noche, fue el alba y la mañana,
 Cuando las puertas hiere golpe amigo,
 Y el coloquio político profana:
 Por albergue feliz y dulce abrigo
 Requiere el de Catón Marcia romana,
 Marcia, que a los discursos militares,
 Aun sin palabras adelanta azares.

Porque su traje funeral pregonar
 Sólo exequias de Roma sepultada,
 Mereció ser la célebre matrona,
 Del ilustre Catón consorte amada,
 Y por derecho lícito, que abona

La costumbre, ya siglos practicada,
 Pudo su seno fértil y fecundo
 Fiel transferirse a tálamo segundo.

Al primero dio stirpe generosa;
 Después Catón de acuerdo meditado,
 Cederla quiso por decente esposa
 A Hortensio, no dichoso, aunque premiado;
 Pues ya en lóbrego túmulo reposa
 El cadáver en Polvos disipado,
 Dando Marcia su paz, hallar pretende
 Suerte diversa que la adversa enmiende.

Vuelve a Catón, y celebrar intenta
 Repetido consorcio, aunque no el traje
 Le compadece, ni la voz le ostenta:
 Luto es su adorno, y queja su lenguaje:
 Con este error a conseguir se alienta
 De tal dueño benévolo hospedaje,
 Que en encontrado asunto es medio honesto
 Que prefiera a lo fausto lo funesto.

En cuanto llora irreparables daños,
 Con hermosura alegre la tristeza;
 Porque si unida al vuelo de los años
 Huyó su juventud, no su belleza:
 El artífice allí no induce engaños,

Triunfa en grana y jazmín naturaleza;
Logra, no lasta edad su objeto bello
Del pie breve al no adúltero cabello.

Así el clavel, si en perlas de rocío
Le dio abril alimento sazonado,
Aun permanece flor del tardo estío,
Siendo adorno purpúreo al seco prado
Viendo a Marcia Catón, su albergue umbrío
De nueva aurora juzga iluminado,
Pues ve cándida luz, lirios y rosas,
Y última seña, lágrimas hermosas.

Apenas le saluda el labio tierno,
Cuando propone, sabia, en voz honesta:
"De tu esposa constante al lazo eterno
Me restaura, señor, suerte funesta:
Si el permitirme a posesor moderno
Ha interrumpido nuestra unión, ya en esta
Viudez apresurada es fuerza arguya,
Que la inmortalidad me elige tuya.

"Ser tu prenda es el fin que asegurado
Pretende mi ambición; no en ti codicio
Alta prosperidad, no alegre estado,
Que dieran de mi fe no recto indicio:
Mi parte pido en el civil cuidado

Hoy que tiembla el repúblico edificio;
No permitas que pierda yo en tus males
Un solo bien, que es ofenderme iguales.

"Las flechas apetezco y ser tu escudo,
Rigor fuera negarme aun los rigores,
Bien que entregada al último, no dudo
Que es lo mortal eternidad de honores:
Dar puedes tanto a mi cadáver mudo,
Si consientes que en siglos sucesores
Se escriba en mi sepulcro: Aquí Reposa
Marcia romana, de Catón esposa."

Venció su voz y llanto la severa
Entereza del ínclito romano,
Y aunque el asunto bélico le espera,
Y apresta a su rigor ferrada mano,
Con esa misma el vínculo reitera:
Hoy de esposo pacífico y urbano
Excusó lo legal solemnidades,
Y suplieron testigos las deidades.

No adornadas allí de blanca estola
Las pilastras dividen sus porciones;
La flor no esmalta ni el follaje abola
Las puertas, donde penden los festones:
No en tronco singular y estancia sola

Lucen tapetes indios y sidones;
No en largos trajes los recamos varios,
De tesoro portátiles erarios.

No hay quien estorbe que la honesta plan-
En el umbral profane la matrona, [ta
No el collar matizado su garganta
Ciñe, o el seno la brillante zona;
No a sus ojos la antorcha luce santa,
No sus sienes ilustra la corona
De breves torres, que imitó a Cibebe,
No el cendal rojo, que su rostro vele.

Teñida veste arrastra y descuidada,
Mezclada con la parca el himeneo,
Pues del tñmulo al tálamo traslada
Trágico ornato por nupcial trofeo:
Lóbrega esposa al que entristece agrada,
Templa el traje lo inculto en el aseo,
Y en la escabrosa lana yerta, obscura
Es la beldad más cándida y más pura.

Así al esposo y a los hijos bellos
Que la cercan halaga en dulce lazo,
Y con igual pureza en él y en ellos
Amor no pasa de sencillo abrazo:
Caricias breves al ceñir los cuellos,

La voz murmura y exagera el brazo;
 Vieras unido con ambiguo celo,
 Célebre el luto y fúnebre el consuelo.

No a la sabina usaza se repite
 Allí el juego y donaire entretenido,
 Las sales y vejámenes que admite
 Tal vez quejoso el tácito marido:
 No se frecuenta liberal convite,
 No concurso de nobles reducido,
 Que a dos consortes festejando el luto,
 Fue aplauso y paraninfo sólo Bruto.

En cuidados Catón perseverante,
 Aun del rostro no aparta la melena,
 Retiene austeridades el semblante,
 Guerrero el corazón prosigue pena:
 Tal vez contra el dolor, cortés amante,
 Visos de alegre perezoso estrena,
 Repugnando a su faz crespa el contento,
 Cuanto el sol claro al cielo turbulento.

LIBRO CUARTO

Pompeyo con ejército aloja en Capua; descríbese
monte Apenino.

Pompeyo, bien que armado mal seguro
Príncipe ya de ejército romano,
Aloja en Capua, cuyo noble muro
Fabricó militar Capis troyano:
Allí en reparos de peñasco duro,
Riesgos cautela, recusando el llano;
Que el valor quebrantado ya confía
En el recato más que en la osadía.

Capua, ciudad que enriqueció el Latino.
Yace en Campania, y honra aquella parte,
Donde erizado en riscos Apenino,
Firme y nativo muro a Italia parte;
Y donde a las estrellas convecino,
Del sol quieres, ¡oh monte!, coronarte,

Que superior tu cumbre a humana vista,
Del suelo más que de los orbes dista.

De Italia toda con igual carrera
Distancias mide el montaraz terreno,
Mirando con dos frentes la ribera,
Allí del Adria, aquí del mar Tirreno:
Con sus breñas, si el piélago se altera,
Le excluye, pisa en el etrusco seno,
Y del véneto mar contra la saña
Tiende Ancona su orilla de montaña.

Del monte nacen encontradas fuentes,
Y caudalosas éstas forman ríos,
Que en dos golfos derraman por pendientes
Lechos de peña sus cristales fríos:
En la siniestra falda florecientes
Discurren Sena y Áulido sombríos,
El ondoso Crustumio y el Isauro,
El tardo Isápiz y veloz Metauro;

Y el Po, que los arroyos mezcla y bebe
De Ausonia, cuyas selvas, que alimenta
Con sus crecientes, rompe en guerra leve,
Y el rústico despojo al mar presenta:
Naturaleza a sus orillas debe
La invención de los olmos opulenta,

Después que derramó lágrimas tantas
Triste Lampecia y las consortes plantas.

Aunque ya el carro de Faetón regido
En el común incendio a toda fuente
Bebió exhausta el humor, no al Po crecido,
Que lo abundante reservó en lo ardiente;
No el Nilo, que mayor, aunque esparcido,
Afecta latitud y golfos miente,
Ni el Istro, aunque de varios manantiales,
Le contribuye en uno mil caudales.

Próspero el monte de la diestra parte
Derrama venerable al Tíbre eterno,
Bosques distintos y campañas parte,
Liris, y el claro Rutuba y Linterno:
Corre Vulturno, su licor reparte
Siler fecundo al plano de Salerno,
Y Macra innavegable, cuya furia
De aradas ondas sorbe el mar de Etruria.

Nace y crece en los Alpes la Apenina
Cumbre, y se enhiesta en hombros relevados:
Luego la Galia excluye Cisalpina,
Deja los umbros y sabinos prados:
Por los Sabelos ásperos camina,
Entra en el Lacio, y selvas y collados

Sigue y penetra la Calabria, donde
Le ataja estrecho mar o bien le esconde.

De Italia toda con igual porfía
Distancias mide de cristal portento,
Y extremidad con la Sicilia unía,
En dos senos partiendo un elemento;
Pero tanto sus márgenes mordía
De ambos mares pulsante el movimiento,
Que la Sicania desmembró su extremo,
Y surcos del arado hoy son del remo.

César, que en fuerzas y esperanzas crece,
Vencedor se introduce, donde abiertas
Aun el muro fortísimo le ofrece,
Sin aspirar a resistir, las puertas:
Esto fácil le indigna, y apetece
Glorias de acero en el peligro expertas;
Pues aunque el cetro universal pretende,
Quien sin defensa se le da, le ofende.

Neutral la Italia suspendió el progreso
De entregarse a caudillos, observando
Breve resulta de feliz suceso,
Que facilite la elección del bando:
Bien que a los ecos del rumor travieso
Se aprestó belicosa, reforzando

Altas murallas, sin saber confusa
 Cuál intento o facción sigue o recusa.

A Pompeyo el amor entrega y liga
 Voluntades y aplauso antes fundado,
 Que ganó fácil y sin fuerza obliga;
 Pero el temor por César intimado
 Hoy compele que igual parte le siga,
 Y le promete número aumentado:
 Así amor y temor, medios tan varios,
 Igual séquito dan a dos contrarios.

No menos cuando prevenido el viento
 Euro con soplo regalado altera,
 Los golfos dominando en su elemento,
 Hasta que de las ondas se apodera;
 Si adverso hiere el África violento,
 Quiebra eficaz la diversión primera
 En altas luchas, aunque el mar profundo
 Tarde obedece al ímpetu segundo.

Tarde el temido César armas cría
 Procurando ganarse sus favores,
 Pero tal vez los ánimos varía
 Que le sigan amantes de rigores:
 Los tignios y toscanos en la Umbría
 Le rindieron el puesto, y sus pretores

Termo y Eubón, ocultos y fugaces,
Ni osaron guerras ni intentaron paces.

El joven Sila los imita ajeno
Del paterno ejemplar; Lentulo y Varo
Desmantelan el término piceno,
Y de Asculi y Auximo el gremio caro;
Y de Luceria en lo silvestre ameno
Padecen con más queja desamparo
Tus presidios, Scipión, y tus fronteras;
Tanto en fe de tu nombre degeneras.

Fue Domicio gloriosa recompensa
De cobardes que el muro de Corfinio
Guarda, y las huestes hoy que a su defensa
Concurren, venerando su dominio:
De lejos éste divisó suspensa
Nube de polvo en el confín Pelignio
(Seña de César), y a los suyos luego
Compeler pudo con la voz y el ruego.

"Yo asisto al muro, combatientes míos,
Dice; partid, volad a la corriente
Que veis de Aterno, y con robustos bríos
Romped su firme empalizada y puente;
Y tú percibe de consortes ríos
Alto raudal o margen floreciente,

Y estorba a César; deberé al undoso
Dios de tus urnas más que al belicoso.

"Bien que la empresa a mis guerreros toca,
Y por insigne de sí misma es paga,
Si el soberbio enemigo en agua poca
Su altivez mucha y ardimiento apaga:
Id, pues, y anegue a su arrogancia loca,
O en el roto palenque la deshaga."
Sin decir más, sus gentes vio veloces
Obedecer, y no escuchar sus voces.

Llegan al puente; pero ya distante
Su ardid César penetra y desbarata:
Lejos alza el clamor, turba el semblante,
Y a los mismos no oyentes amenaza:
"¿No fue resguardo, ¡oh tímidos!, bastante
A vuestro miedo el muro que os abraza,
Que para estorbos del encuentro mío
Duplicáis foso, interponiendo un río?

"No pues al Ganges, no al Danubio denso,
No a cuantas ondas vierte el Apenino
Puedo retroceder, no al Ponto inmenso,
Después que el Rubicón me abrió camino:
Partid, soldados, no admitáis suspenso
En mi pereza el vuelo del destino;

Ganad el paso, y la rebelde gente
Muerta en mi asalto substituya puente."

Ya de escuadras tropel súbito parte
En caballos, más ágiles que el viento;
Lanzas despide el ímpetu con arte,
Cometiendo a su vuelo fin sangriento;
Tuerce el paso a la cerca y baluarte
El contrario, y forzado, cambia intento;
Llega a Corfinio César, donde pudo
Ser la defensa impenetrable escudo.

Mas los sitiados, que de fe y nobleza
A Italia dieron generoso indicio,
Dados en fin a la vulgar flaqueza,
Aun le excedieron con aleve oficio:
Al cesáreo escuadrón su fortaleza
Abren, y al noble capitán Domicio
Con traición preso entregan al romano,
Su igual un tiempo, ecuestre y ciudadano.

A indigna muerte y a feroz cuchillo
Él con silencio aplica su garganta;
No rinde el cuello al vencedor caudillo,
Al golpe, sí, le postra y le adelanta:
Prevalece indefenso, y el sencillo
Semblante, más que el belicoso espanta:

Sus muestras César advirtiéndote esquivas,
"Quiero, le dice, a tu pesar que vivas.

"A vida te condeno por culpado,
Con la misma te premio por valiente,
Castigado esta vez será y premiado
Con un acto lo heroico y delincuente;
Y si a Pompeyo aun sigues olvidado
De esta facción, mi agravio lo consiente;
No te obligo ni pido, si vencieres,
Que con fineza igual me remuneres."

Dice, y desata de una cuerda el duro
Vínculo que sus manos oprimía,
Y apenas dueño del presidio y muro,
Libre y armado al prisionero envía;
De propias iras éste aun no seguro,
fluye del sitio y de la luz y el día;
Dando queja mayor de su enemigo,
Que en el perdón aseveró el castigo.

"¿Podrás, pregunta a su valor, volverte
A la patria, a la paz blanda y rendida?
Para morir te despreció la muerte,
Para vivir afrentese la vida:
Vuelve, infeliz, a tu milicia, y vierte
Tu sangre ya; ni libertad te impida

César, ni obligue que su gloria adquiere,
Y si perdona vidas, honras hiere."

Con su queja fantástica Domicio
Las tiendas busca de Pompeyo ausente;
Llega a alojarse, y doloroso indicio
Infunde al campo el ceño de su frente:
Habla al caudillo, que esperó propicio
A Júpiter, padécele inclemente;
Bien que al rigor esfuerzos apercibe,
Fabricando esperanzas donde estribe.

Cuanto aborrece lo cobarde, atiende
El Magno a confirmar constancias que ama:
Así las armas que gobierna enciende,
Abrasa al animoso, al tibio inflama:
Hoy de todos la fe tentar pretende,
Y a conferencia militar los llama;
Ya congregados y en silencio iguales,
"¡Oh escuadras, dice, nobles y leales!

"¡Oh verdadero ejército romano,
Príncipe de las armas! ¡Oh varones,
Que el Senado Imperial, no aleve mano,
Os alistó en legítimos pendones!
Que a vengar aspiráis en el tirano
Con vuestras lealtades sus traiciones;

Esta sagrada guerra os facilita
Vengar el sacrilegio en quien la incita.

"César es éste, que la paz destierra
Santa, y sin fe la hostilidad convoca;
Así la nuestra no se nombre guerra,
Castigo sí de incontinencia loca:
Fuerte mi acción en el acierto yerra,
Si al tirano corrige, que provoca
La romana segur, y a su ruina
Se levanta ejemplar de Catilina.

"¡Oh César torpe, que tu cuello al filo
Mísero entregas, cuando grato el cielo
En tus años la imagen de Camilo
Diseñaba, y trasuntos de Metelo;
Manchar eliges con moderno estilo
Decentes jamas, derrotar su vuelo;
Pues ya en tus hechos con abuso ingrato
De Mario y Cina se estampó el retrato!

"Hónrese con mi espada tu castigo,
Ya en Corvo y en Sertorio examinada,
Bien que puedes por ínfimo enemigo,
Aun castigado, deslustrar mi espada:
Craso admitiera oposición contigo,
Pues su milicia un tiempo acreditada

Destruyó a los villanos combatientes
De la vil Tracia Espártaco y sus gentes,

"Pero si fuerza de fatal intento
Pide te agregues a los triunfos míos,

Sabe que en mí reservan más aliento
Gravados años que ligeros bríos:
Aun decrepito, espera mi ardimiento
Vincular llamas en los miembros fríos;
La actividad de Marte en el sublime
Pecho es carácter, que indeleble imprime.

"Mi campo a toda presunción se aliente,
Pues le rige el que esfuerzos vencedores
Respira firmes en la edad prudente,
No en la inconstancia juvenil furores:
Mi dignidad es hoy lo preeminente,
No en Roma espere la ambición mayores
Grados, sin deslealtad en la porfía,
O igualdad con el Magno o tiranía.

"Aun yerra ciego el que igualmente anhela,
Si aquí el Senado, a cuyas arinas toca
El poder sumo, por seguir mi escuela,
De sí mismo al gobierno me coloca.
¿Quién, pues, a César vencedor recela?

Contra Pompeyo, no tan ruda y loca
Es la fortuna, ni al girar sus vuelos
Se arguye tanto frenesí en los cielos.

"No sé cuál relevante acción le engaña
¿Es Francia acaso, en cuyo sitio ameno
Desperdició para tan corta hazaña
Los años propios y tesoro ajeno?
¿O fue valor, cuando arribo a Bretaña,
Domado apenas el caudal del Reno,
Temer los mares, y omitir la empresa,
Sin algún tiento de batalla inglesa?

"Y si juzga mayor triunfo latino
El despoblar a Roma sin violencia,
No temió Roma su rumor vecino,
Siguió mi sombra, acompañó mi ausencia,
A fraguar muros de mis armas vino:
Soy firme baluarte en su experiencia;
Vio que prevalecieron mis combates
Contra el jamás vencido Mitridates.

"Ve que en el mar la precedencia es mía;
Que impuse yugo al cílice pirata,
Y por mí el que en los golfos no cabía,
Colonia estrecha le limita y ata:
Sólo el planeta artífice del día

Puede en cuanto sus ámbitos dilata
Registrar mis hazañas, y con ellas
Le será fácil numerar estrellas.

"Digan los climas si ignoró mi espada
Triunfos del Austro, Ocaso, Norte, Oriente:
Con propio ardor la Scitia abrasé helada,
Con miedo ajeno la África helé ardiente;
A España, de sus reinos coronada,
Vencí donde Pirene alza la frente,
Hasta que expira tributario a Tetis
Última vena de la tierra el Betis.

"Es mi súbdita Arabia, en centros de oro
Próspera, y en aromas el sabeo
Colcos, a quien fue mágico tesoro
El Vellochino, de Jasón trofeo;
No en las Armenias lo difuso ignoro;
No la Samaria, no el distinto hebreo,
Que fiel ministro de lo sacro, ignora
Notorios dioses, al incierio adora.

"Mi victoria es imperio no medido;
Yugos di al mar, coyundas a la tierra,
De vencer más me priva lo vencido:
Mi gloria el paso a sus ejemplos cierra;
Bien que el valor me pide lo que impido,

Y busco ajeno mundo y mayor guerra;
La civil sola, que aborrezco y huyo,
Busca César por lauro ínclito suyo."

Dijo Pompeyo; el vulgo no seguro
Con los esfuerzos de la voz ardiente,
Sintiendo triste, murmurando obscuro,
Ni prorrumpió clamor ni irguió la frente
No hay piedad sacra, no hay afecto puro
Que contra César lo animoso ostente;
jamás consecutivo a heroicos hechos
Cupo tanto pavor en tantos pechos.

Menor el Magno, que esperó admitida
La audaz batalla por común promesa,
La tibieza común reconocida,
Cambia designios, en supuestos cesa:
Toda legión desdeña a quien vencida
Mira en lo vago de la ausente empresa;
Huye guerras, que es menos sentimiento
Padecer su terror que su escarmiento.

Como gran toro que se embosca y brama
Sobrepujado del contrario apenas,
Donde con pie feroz trilla la grama,
Cava los centros, siembra las arenas
Experimenta el cuerno en tronco o rama,

Orgullo vengador hierve en sus venas,
Hasta cobrarse en fuerzas, que le llamen
Con vigor nuevo al áspero certamen;

Así Pompeyo, que el poder supremo
Siente de César, cauto se retira
A la Calabria, en el desnudo extremo
De Italia, en cuanto a competencia aspira:
No le permite sin favor del remo
Más fuga el mar, cuyos destierros mira;
Y ocupa en ellos de Brundusio el puerto,
De la siguiente expedición incierto.

Fue ya Brundusio estancia de Teseo,
Y de antiguos cretenses moradores,
Cuando del Minotauro obró el trofeo,
Y examinó del mar varios errores:
Resistiendo en borrascas del Egeo,
Incitado en alientos vencedores
Le admitió el calabrés, puerto seguro
Con fértil margen y con fuerte muro.

La costa calabrés allí encumbrada
Extiende sobre el piélago, venetto,
Promontorio soberbio en dilatada
Punta, a los golfos indomable objeto;
Cuya ribera contra el viento armada

Un seno abriga, círculo perfecto,
Donde por su interés antigua mano
Fabricó muros, y comerció urbano.

Tal es el puerto do Brundusio, y fuera
Guardado mal, si en el ceñido estrecho,
Abierto al Norte, el mar no produjera
Más firme escollo que mural pertrecho:
Robora el seno en áspera ribera
De los vientos el ímpetu deshecho,
Tal, que afirman en ondas no mudables
Surtos bajeles con sencillos cables.

Apenas, pues, la tempestad presente
Nave regida de piloto experto,
Cuando huyendo los golfos providente,
Vuelve a gozar la inmunidad del puerto
De allí difunde el mar playa patente,
Ya todo rumbo se dispensa abierto;
Tan fácil corre al Austro el navegante,
Como al Ocaso, al Bóreas y a Levante.

Después que el General la infiel campaña
De Italia deja, y sus orillas mide,
Atento más a la obediencia extraña
Que a las escuadras que infeliz preside,
Cuando advirtió que remitirle España

Socorros pronto la sazón impide,
De su estirpe eligiendo al mayor hijo,
Le llama a vista de la curia, y dijo:

"Veloz te parte, y de la tierra inmensa
Si no la Iberia, las provincias mueve
Del Ártico y del Austro en mi defensa,
Y a quien del Ganges y el Eufrates bebe:
Todo es mi triunfo, y debe recompensa,
Al yugo noble beneficios debe,
Después que introducí la enseña mía
En más regiones que su luz el día.

"Despueble su ribera y gremio caro
Por mí el pirata piélagos repita;
Tigranes rey, que blasonó mi amparo,
Seguirme debe, y quien su Armenia habita
Llama a la Libia y a la egipcia Faro,
Al Helesponto, al vagabundo scita,
A los de Euxino, al célebre Farnaces,
Y a los partos feroces y fugaces.

"Y al que erizado el ámbito reside
De la yerta laguna, donde el hielo
Rodantes carros sosteniendo impide
Mejor sus quiebras que la faz del suelo
Ciñe el orbe total, sus partes mide;

Y en ella cuantos reinos cubre el cielo
Cifren alarde en mi socorro unidas
Cuantas victorias conseguí esparcidas.

"Y vos, ilustres Cónsules, prosigue
Con menor voz, aunque olvidéis la Ausonia,
Antes que el viento a lo diverso obligue,
Navegaréis a Epiro y a Panonia:
Acción grande si en ella se consigue
La Grecia favorable y Macedonia,
En cuanto impide la sazón lluviosa
El uso militar con paz forzosa."

Así decreta, y le obedecen luego
El hijo humilde y grave Consulado,
Que en sueltas naves al panonio y griego
Confin se apartan con veloz cuidado:
César, que siempre detestó el sosiego,
Ya de Corfinio y Umbría apoderado,
Sigue a Pompeyo; que su varia idea,
Si a igualdad conspiró, mayor se emplea.

No el que más arte militar profesa
A la sazón rigiera su estandarte
Menos que a Roma, cuando fácil presa
Fuera y despojo sin rigor de Marte:
Mas juzga César, pues, que en toda empresa

Destruye al todo lo imperfecto en parte:
 Marcha a Calabria, que el valor desiste
 De triunfo en reino donde Magno asiste.

Ya de Brundusio y Adria el margen toca,
 Y sin fuerza naval ni armado vaso,
 Estorbar, impedir la estrecha boca
 Piensa del puerto y de la fuga el paso:
 Fragmentos lanza de una y otra roca,
 Examinando si del fondo acaso
 Muelle levanten que pasajes vede;
 Pero la industria al imposible cede.

Porque el solar marítimo inconstante
 Todo peñasco esparce y le sepulta,
 Y de las altas olas mas distante
 La fábrica desiste, y más oculta
 Que si arrojase en piélagos de Atlante
 Breve reliquia de montaña inculta,
 Donde perdidos en el hondo extremo
 Átomos fueran el Olimpo y Hemo.

Viendo, pues, César que ningún cimiento
 Se afirma o fragua en la movable arena,
 Aun pertinaz en el burlado intento
 Hace talar selvática melena:
 Mil barcas luego de agravante asiento

Fabrica, y sus costados encadena;
Y tan prolija dependencia enlaza,
Que el mar cierra y el tránsito embaraza.

Así el que honró memorias militares,
Jerjes, ligando engarces de bajeles,
Dió puente al Pontoy tierras a los mares,
En el estrecho que eterniza Heles;
Admitieron concursos militares,
Firmes allí los piélagos infieles,
Y el término de Europa al Asia opuesto
Trajo de Aibdo ejércitos a Sexto.

Acreció espanto el César en su estrecho,
Que en los nadantes leños amarrados,
Castillos empinó de trecho a trecho,
Que tiemblan de las olas contrastados:
Perpleja admiración perturba el pecho
Del varón magno al advertir poblados
Los crespos mares de movible tierra,
Que el paso a intentos fugitivos cierra.

Pero sus gentes, que romper cuidaban
La cadena de barcos tan unidos,
A los castillos trémulos flechaban
Fuego tenaz en hachos encendidos;
Y al obstáculo denso enderezaban

Bajeles de los remos impelidos
Y de los vientos con tan suelta rienda,
Que al fin la obstante máquina dio senda.

Viendo libre ya el puerto, y que la hora
Llega nocturna a la dispuesta huida,
Sagaz Pompeyo manda a la sonora
Trompa naval que oculte su partida,
Que a la oficiosa chusma gritadora
No se permita voz, ni se divida
Con la bocina el tiempo en cuartos roto,
Queja del sueño y vela del piloto.

En grados de la Libia el cerco puro
Del sol sus luces nivelaba iguales
Con las tinieblas, y el Oriente obscuro
De un tardo amanecer daba señales;
Cuando experto moderno Palinuro
Mueve en silencio ejércitos navales,
Las anclas leva, y en el golfo abierto
Busca el amparo que le niega el puerto,

Refuerza el mástil, liga las antenas,
Las jarcias templá, y práctico levanta
Velas pomposas de los vientos llenas,
Con recato veloz del pulso y planta:
Tan mudo sirve, que respira apenas,

El rumor leve de sus pies le espanta,
 Callado rompe, y teme le presuma
 La cuerda el aire, y el timón la espuma.

Sin voz Pompeyo con afectos pide
 A la qué tanto es ya suerte avarienta,
 Que pues la Italia en posesión le impide,
 A lo menos perderla le consienta:
 La Diosa que tiránica preside,
 Casi resiste al ruego, y con violenta
 Celeridad del surco el mar rompiendo,
 De la fuga avisó su mismo estruendo.

Rasgada a un tiempo el agua, y promovida
 De leños tantos en concurso rudo,
 Con rumor de torrente la partida
 Manifestar a los cesáreos pudo;
 Y de Brundusio la lealtad rendida
 Al decreto fatal, que obliga mudo,
 Lejos viendo a Pompeyo, inútil halla
 Negar a César franca la muralla.

Cuyas escuadras luego con ligera
 Planta ocupan el arduo alojamiento;
 Y del mar ocurriendo a la ribera,
 Ven libre el enemigo darse al viento:
 Túrbase el gozo, indignación le altera,

O furor loco, no valor, no aliento;
Pues contra el Magno deliró su exceso,
Venle fugaz, y le codician preso.

Dos últimos bajeles en la armada
A César fueron no difícil presa,
Cuya turba al rigor precipitada,
Sin gloria sigue ni interés la empresa:
Con civil sangre el agua matizada,
Ya la crueldad fraterna infama impresa,
Que en fe de introducirse impíos azares,
Comienza Italia a rubricar los mares.

Ya el nácar de la aurora perlas llueve,
Resucita la luz, alma del día,
Y de los astros la nocturna plebe
Muere en el sol si en el horror vivía;
Planetas que el zafir errantes mueve,
Signos que en mayor giro firmes guía,
Al fuego y rayos de Titán serenos,
Cuanto más se avecinan, arden menos.

Y tú, Pompeyo, a la ribera ausente
Huyes, violando el orden sucesivo
De triunfador naval, cuando el Tridente
Consagraba a tu nombre el mar cautivo;
Aun hoy marchito el lauro de tu frente,

Te respetan las ondas fugitivo;
Sola fortuna lo feliz compensa
Con tanto adverso, que es mayor la ofensa.

Por falso alivio en tu bajel destierra
Tus hijos y consorte, a cuyos ojos,
Sin despojarte próspero, a la tierra
Te restituyas trágico en despojos;
Mas aunque en reino bárbaro sin guerra
Mueras, no el cielo multiplica enojos
Contra la patria, que en su fe es abono
No dar entierro torpe al que dio trono.

Providente equidad que observa el día
De tu alevoso fin por cruda mano,
Comete de la enorme alevosía
El impío efecto al rústico gitano:
A infames playas el delito envía,
Porque no afrente el crédito romano,
Y la adopción de Júpiter Tarpeyo,
Si mancha a Italia sangre de Pompeyo.

LIBRO QUINTO

Huyendo Pompeyo de Italia le aparece en sueño Julia,
su primera mujer, hija de César.

En cuanto impelen la boyante flota
Vientos del Cauro por el ancho Tonio,
El ejército, atento a su derrota
Y al pretendido margen macedonio,
La vista esparce en extensión remota;
Sólo Pompeyo mira el puerto Ausonio,
Donde alojó, y en la serena calma
Se le retira, más que el puerto, el alma.

El alma es toda la capaz ribera,
A ella los ojos, vuelve y el semblante;
Contempla el solio y dignidad primera,
Que indigno pierde y poseyó triunfante;
Aunque esperanzas funda (¡ay déll!), no espera
Ver más la Italia, donde ya distante
La ofusca el aire, y la campaña y monte
Desvanecen, las hunde el horizonte.

Antes que la alta noche reine umbrosa,
Breve y funesto sueño le adormece;
En el cual Julia, su anterior esposa,

En imagen de espanto le aparece;
 Rota la tierra, en sombra tenebrosa
 Ve a Julia, cuyo túbulo guarnece
 Con humo circular lóbrega llama,
 Y ella con voz no femenil exclama:

"El Elisio, que espíritus encierra
 Piadosos, Pierdo; alójame el profundo,
 Porque a ti y a mi padre moví guerra,
 Cuando muriendo yo, di muerte al mundo;
 Alecto por taladros de la tierra
 Os flecha llamas del Estigio inmundo,
 Porque en los pechos alternando injurias,
 Os promováis al número de furias.

"Reino ensanchan deidades inferiores,
 Del Averno y del Tártaro monarcas;
 Extiende en mayor lecho ondas mayores
 Lete, y labra Carón disformes barcas:
 El suplicio infernal dobla rigores;
 Sobran muertes, no hay filo de las Parcas,
 Que regulando estragos de Mavorte,
 De tantas vidas los estambres corte.

"Cuando tu Prenda fuí, ya soy tu olvido,
 Retratabas, Pompeyo, al Dios guerrero,
 Y en el segundo tálamo has perdido

Más blasones que debes al primero:
Mira a Cornelia, te hallarás vencido
De su fortuna con azar severo;
Muerto en Persia su esposo, el menor Craso,
Para el mayor Pompeyo hay más fracaso.

"Presuma lauros, tus banderas siga,
Consorte militar, nueva Amazona,
Yo me preferiré sombra enemiga,
Que inspira llantos y gozos inficiona:
Con tus armas haré violenta liga,
Seré a tu sueño póstuma Belona,
Guerras de César temerás los días,
Guerras las noches de inclemencias mías.

"Serás siempre, aunque el vínculo te ofen
De Julia esposo, de su padre yerno; [da,
Bien que obstinada en mi desdén, pretenda
Romper su espada al parentesco eterno:
Hará esta lid te restituyas prenda
A mi consorcio en siglos del Averno."
Dijo; y el sueño y la visión veloces
Desaparecieron y las falsas voces.

Pompeyo, aunque amenazas del abismo
Sienta, o que el cielo indignación conspira,
Lo excluye, y con dispendio de sí mismo,

Aun más allá del imposible aspira:
 Obra el discurso en vario silogismo,
 Propicio arguye lo que adverso mira:
 "Ciego error, dice, ha sido de los siglos,
 El terror de ilusiones y vestigios.

"Si con el cuerpo el ánimo fenece,
 No hay sentidos que induzcan sentimiento;
 Y si el alma con ellos permanece,
 La muerte es gozo y el vivir aumento."
 Así el afecto inválido establece;
 Y a tiempo ya que se deslustra el viento,
 Que el sol débil sin fuerzas luminares
 El globo medio sepultó en los mares:

Luengo total le esconde el cristal cano,
 Cuando las naves en lo obscuro incierto,
 Al confin bajan Macedón y Albano,
 Y se conducen de Dirraquio al puerto;
 Velas y mástil con atenta mano
 Derriba, amaina el marinero experto,
 Y obrando el remo, la escondida quilla
 Toca la arena de la mansa orilla.

César, aunque marítimo se aleja
 Su enemigo, eligiendo separado
 Reino, y en su dominio a Italia deja,

Demuestra su espíritu aplacado
 Furibundo del piélago se queja,
 Clama, y se juzga impróvido y culpado,
 Pues faltaron industrias militares
 A introducir prisiones en los mares.

No lo grande o mayor su orgullo mide,
 No lo posible del vencer le agrada,
 La suprema facción, que al cielo pide,
 Le será despreciable, dilatada;
 Mas como ya interpuesto un golfo impide
 Presentes guerras, envainó la espada,
 Propuso en vez de belicosos hechos
 De sus guerreros conquistar los pechos.

Sabe que el bastimento y liberales
 Sueldos ganan, inducen reverencia
 En ánimos del vulgo, que leales
 Rinden a la abundancia la obediencia;
 Y a preceptos indómita imperiales
 La débil hambre alarga la licencia,
 Ni adquiere grato, o corregible a alguno,
 Que atropella obediencias el ayuno.

Liberal providente a Curio envía
 Al puerto y seno en que a Sicilia baña
 Breve estrecho de mar, y la desvía

De la consorte calabrés campaña;
 O en dos golfos allí la igual porfía
 Quebrantó de Apenino la montaña,
 O abrió la misma con mayor encuentro,
 Estremecido en terremoto el centro.

Es posesión del mar, y él con bramido
 Promete al combatir la alterna peña,
 Que eternizó divorcio el dividido
 Margen de Italia y la ribera isleña:
 De alimento en bajeles conducido
 Curio a Sicilia despojó, y Cerdeña,
 Donde el sulco jamás lluvias mendiga,
 Ceres produce allí montes de espiga.

En tales islas confiado abunda
 De graneros inmensos el romano,
 El galo y español, y cuando inunda
 Nuestro mar, desde el Ponto al Oceano.
 No con mayor caudal Libia fecunda
 Llena sus trojes, aunque el fértil grano
 Tanto es allí, que competirle apenas
 Pueden las Sirtes comparando arenas.

De la mies abundante enriquecido
 César, desde Calabria y su ribera
 El ejército mueve conducido

A Roma con pacífica bandera.
 ¡Oh cuál triunfo gozara concedido
 A sus lícitas armas, si emprendiera
 Sólo victorias dignas, que a su mano
 Cedió el flamenco, el gálico y britano!

¿Qué pompas le adornaran? ¿Qué blasones
 Y emblemas de su guerra? ¿Cuántos trajes
 De extrañas gentes dadas a prisiones?
 Y quejosas de Marte, en mil lenguajes,
 Siguiéranle esculpidas las regiones
 Anglicanas, sus vegas y boscajes,
 Y de aquel mar el ya domable seno,
 Francia, Germanía y el Danubio y Reno.

Hoy vence más; pero civil su guerra
 De las decentes pierde los honores,
 Lo festivo en los ánimos destierra,
 Y substituye adverso odios y horrores:
 Niégale patria la paterna tierra,
 Ni le adulan aplausos ni favores;
 Y así le agrada que en facción tan alta,
 Prenda es poca el amor, si el temor falta.

Ya penetra la cumbre Terracina,
 Y por breñas marchando, al margen llega
 Donde embaraza sendas la Pontina

Laguna, que ciudades veinte anega;
Hasta la selva altísima Aricina,
Que a los ojos confunde inferior vega,
Mira el templo Lacial, y alegre selva
Hace al Tonante en sus florestas de Alba.

De los hombros del monte en lo eminente
Descubre a Roma; a contemplarla espera,
Y aunque dos lustros toleró de ausente,
No antiguas señas su memoria altera:
"¡Oh imperial Roma, exclama, oh permanente
De las deidades ya moderna esfera,
Y en conclusión del cristalino asiento,
Patria inmoble, terreno firmamento!

"¿Cómo los que tu nombre señorean,
Te destituyen no alegando apremio?
Si por derecho tanto no pelean,
¿Cuál fin los puede estimular, cuál premio?
Mejor los dioses el desvelo emplean
En protecciones de su patrio gremio;
Pues hoy divierten que la Gocia o Dacia
Contra ti venga, o la voraz Sarmacia.

"Sólo permiten sin rigor severo
Que yo asalte modesto en fiel campaña
Tus muros, donde falta ardor y acero

Para más guerra de invasión extraña."

Dice; y con él su ejército ligero

Declina ya del albanés montaña

A Roma, que si el riesgo facilita,

Menos temiera al sármata y al scita.

Teme, y lo oculta, del cesáreo brío

Que el muro rompa, el capitolio encienda,

Y en licencias disuelto el albedrío,

Hiera cual puede, como puede ofenda:

No hay pecho que fingido mienta el brío,

Mal sus pasiones la lisonja enmienda;

Que en las esferas del afecto solos

Temer y Aborrecer son firmes polos.

Luego imperioso al templo Sibilino

De poder propio convocó al Senado,

No al Cónsul, pues solemnidad previno,

Y al Pretor menos, aunque al mismo en grado

La curia obedeció, súbdita vino

A indigno tribunal, y deslustrado;

Que falta el Senador a superiores

Asientos, y el asiento a Senadores.

Era el senador César, y a sus voces

Era sin voz el tribunal testigo,

Con asistencias prontas y veloces

A inferir galardón aun del castigo:
 Padecer rey, no resistir feroces
 Muertes; aclaman padre al enemigo;
 Dar incendio a los templos y lugares
 Sacros, o en ellos consagrarte altares.

Manifestó al pedir mayor recato
 Del que la junta al conceder tuviera;
 Remiso en quejas, en ofensas grato,
 Su agravio informa, su lealtad pondera:
 Partidos ruega de cortés contrato,
 Cuya respuesta no suspenso espera;
 Que los semblantes le diseñan luego
 La aceptación antecedente al ruego.

Allí al Senado, aunque supuesto y mudo,
 Con tal pacto el caudillo le convida,
 Que por él reducirse casi pudo
 El discorde tumulto a paz unida;
 Mas el cuerpo repúblico desnudo
 De esperanza y salud no admite vida;
 Y sin Pompeyo permanencias pierde
 Aun lo más firme que en favor se acuerde.

César, que inútil ve lo conferido,
 Y a la inmediata convención contrario,
 Elige sola guerra por partido,

Y ella el despojo del romano erario:
 Esta vez el poder siempre temido
 Verificó en su oprobio efecto vario,
 Vio en lucha igual, cuya victoria es duda,
 La fuerza armada y la razón desnuda.

Vio al tribuno Metelo, que indignado,
 Cuando el soberbio ejército quebranta,
 De Saturno el gran templo torreado,
 Que el erario atesora en guardia santa
 Dividió senda en el concurso armado,
 Que atónito respeta audacia tanta;
 Y el pie afirmó delante de las puertas,
 Aun del resuelto expugnador no abiertas.

Ved cuál resiste a César la severa
 Potestad sola y exención del oro,
 Cuando lo venerable le venera,
 Ni el cielo es competencia a su decoro:
 Lo indefenso y rendido arma y altera
 Hoy Metelo en defensa del tesoro,
 Y por las leyes y la patria el labio
 Ni explica enojo ni denuncia agravio.

Con voz desenfrenada e igual despecho
 Se oyó el Tribuno: "No hallaréis entrada,
 Sacrilegos, al templo, si mi pecho

No la ofrece o la busca en vuestra espada:
 Ni tú procedas de supuesto al hecho,
 La opulencia robando atesorada,
 César, en cuanto de mi sangre falte
 A sus metales el purpúreo esmalte.

"Ni gozarás el robo, si tu lanza
 Mi dignidad ofende tribunicia,
 Que han de irritar divina la venganza
 Mi indigno agravio y tu voraz codicia:
 De igual castigo, igual ejemplo alcanza
 Craso rebelde, y torpe en su avaricia,
 Por los votos proféticos de Ateyo,
 Cual yo tribuno y orador plebeyo.

"Desnuda, pues, tu acero; alcancen parte
 Nuestras murallas hoy de hazañas tuyas;
 Merezcan guerra y atención de Marte,
 No ciudad tanta con la paz destruyas:
 Siendo paz se adelanta a coronarte,
 No a carecer de las riquezas tuyas,
 Que te infamaran de avariento y vano
 Aun robadas al tártaro y persiano.

"Si en conquista no adquieres extranjera
 Gruesos despojos, y el civil te agrada,
 Tragedia debe ser menos severa

César pobre, que Roma despojada."

Dijo; y en ira desdeñosa altera

Al ceráreo valor la voz osada.

"Mal intentas, responde, engrandecerte,

Si aguardas de mi mano ínclita muerte.

"Mover no esperes por asunto leve

Las diestras del ejército que miras;

Ni aunque tus furia mis templanzas pruebe,

Serás, Metelo, digno de mis iras:

Juzgas que Roma en pórfidos te debe

Estatuas hoy, que a defenderla aspiras,

Y que del alto Empíreo al fin te aclama

Libertador magnánimo la fama.

"No las costumbres, pues, tan pervertidas

Vemos, que no consientan las sagradas

Leyes ser por mi mano destruídas,

Antes que por la tuyas restauradas."

Dice; y del templo aun mira defendidas

Por Metelo las puertas, y cerradas,

Su vista es rayo; quien le ve interpreta

Plaga mayor que de fatal cometa.

Tribuno Cota, viendo los alientos

Y errores del colega licenciado,

Mal conducido a tormentos sagrientos

Le aconseja sagaz, no temeroso:
 "Cesen, Metelo, inútiles intentos,
 Que cuando por insulto belicoso
 Yace la libertad, aun puede haberla,
 Y quererla ostentar es hoy perderla.

"Deja que ausenten enemigas manos,
 Sin turbar nuestra paz, nuestra riqueza,
 Fuente de disensión en los humanos,
 Guerra de la común naturaleza:
 En patria libre, y libres ciudadanos,
 Fuera gravamen padecer pobreza;
 Pero si un reino esclavo la padece,
 El que reina será quien se empobrece."

Ya Metelo con pasos descaecidos
 Deja sin guarda el templo, en cuyo asiento
 Rudos los bronces braman impelidos
 Del quicio resonante en bronce acento;
 Al erario en retretes escondidos
 Se abalanza el ejército sediento,
 Donde el siglo anterior cauto sepulta
 Prosperidad, que aun enriquece oculta.

Robaron cuanto el Púnico rendía,
 Después que venció al África el romano,
 Lo precioso que Oriente a Roma envía,

Censo el más liberal del Asiano;
Lo que el templado gasto producía,
Y parsimonia del Imperio anciano;
Lo que feliz condujo al gremio ausonio
Venciendo Emilio a Perses Macedonio.

Caudales que de Pirro su adversario
Dejó Fabricio, a quien tentó el cohecho:
Con talentos rogaba voluntario
Quien los perdió en batalla a su despecho:
Cuanto asignó Catón al patrio erario,
Transferido de Chipre al Tibre estrecho,
Y con despojo igual Metelo Quinto
En Creta la del monstruo y laberinto.

Y cuantas presas, minerales y oro,
Del Indo en Asia, y Ebro en Occidente,
Congregó el Magno, y del egipcio y moro,
Que propagaron lauros a su frente;
Así el universal vario tesoro
Fue de César; fortuna lo consiente
Ciega, y contenta en su gobierno vano,
De ver más pobre a Roma que un romano.

Pompeyo en vegas de Dirraquio Albana,
Con instancia solícita y prevista
Mueve a incendio común la paz humana;

Por soldado civil al mundo alista:
 Ya del contorno le concurre ufana
 Grecia ambiciosa de mayor conquista;
 Allí Castalia, posesión de sabios,
 Pierde licores, porque faltan labios.

Contribuyeron escuadrón frecuente
 El tebano, el sefiso y el dirceo;
 Armaron igual copia Eta eminente,
 Ara de Alcides, y el peñón Piseo;
 Vino el de Arcadia, habitador valiente;
 Los de Menalo; el caudaloso Alfeo,
 Que subterráneo amante de Aretusa,
 Desde Acaya la alcanza en Siracusa.

Dió a Pompeyo favor la Macedonia,
 La sabia Atenas, la región Trespota,
 Y la ribera con sus puertos Jonia;
 Los del templo Dodonio el Epirota:
 Dieron huestes las cumbres de Caonia;
 Y Salamis armó dardania flota,
 Que ser presume, al Ático vecina,
 La fundada por Teucro Salamina.

Provincias dos, con individua gloria,
 Expidió, Jove, tu paterna Creta,
 Donde es emulación, nunca victoria,

La destreza del arco y la saeta:
 Vino el Auricio audaz, que la memoria
 Del Asia advierte, al Ártico sujeta;
 Enchelias, que usurpó de la serpiente
 De Cadmo el nombre y Atamante ardiente.

Dió sus gentes el tésalo Peneo,
 Que en florestas del Tempe el curso espacia,
 Y Absirtos, que con último rodeo
 Bebe su nombre el golfo de Dalmacia:
 Armas dirigen al civil trofeo
 Cumbres del Hemo, habitador en Tracia,
 Los de Pelasgia, la notoria Coleos,
 Y al mar vecina la Magnesia y Olcos.

De este solo confín zarparon antes
 Los primitivos, que el espacio largo
 De los golfos violaron espumantes,
 En la primera de las naves, Argo;
 Con sus playas unieron las distantes,
 Dando a los vientos de su vida el cargo,
 Y acrecentando a la piedad celeste,
 Y a lo mayor de los peligros éste.

Ya se adelantan a la guerra ausente
 Los que al margen cultivan Estrimonio,
 De cuya estancia helada, ni lo ardiente

Llama en la bruma al pájaro Bistonio:
 Ármase él sólo, que divulga y miente,
 En voz de acreditado testimonio,
 De los Centauros el prodigio y nombre,
 Monstruos compuestos de caballo y hombre.

Gentes Danubio conspiró en lo estrecho
 Del Bene, y vegas del Sarmacio llano,
 Y donde ya expirando en propio lecho
 Se sepulta el cristal Mediterráneo:
 Con generosa pompa y grato pecho
 Mil ejércitos arma el Asiano,
 Vino a Pompeyo y al favor de Italia,
 Caico, Pitane, Misia, Arisve, Idalia.

Y la de Marsias infeliz estancia,
 Que en el músico albogue inteligente
 Provocó a Febo, y el castigo alcanza,
 Cedido el triunfo al vencedor luciente;
 Que allí la piel le despojó en venganza,
 Donde el cadáver convertido en fuente
 Hoy baña a Fugia, y junto al Anaveno,
 Corre a los mares con alivio ajeno.

Lidia se armó, donde el humor desata
 El Hemo, en cuyo lecho y de Pactolo
 La arena es oro, si las ondas plata,

Tributo que a Neptuno rinde Apolo:
 Buscó a Pompeyo el reino en que dilata
 Escamandro sus orlas, y buscólo
 Troya, que destrucción anuncia y llantos
 Pues tantas veces le asolaron tantos.

Troya a Pompeyo presta armada gente,
 Aunque de César reconozca y vea
 Que es del troyano julio descendiente,
 Por el dárdano Anquises y la Dea
 Grato el Asirio a la batalla asiente,
 Y la de palmas fértil Idumea,
 Niños, Damasco, el Líbano, el Oronte,
 Que su caudal le aromatiza el monte.

Gaza produjo escuadras militares,
 Votáronse dos islas a Mavorte,
 Preciosas con el Múrice, y vulgares,
 Sidón purpúrea, y Tiro su consorte;
 Cuyo desvelo náutico en los mares
 Sabe observar así luces del Norte,
 Que a sus flotas en piélagos desiertos,
 Señas de estrellas aseguran puertos.

Se armó el Fenice, cuyo estudio atento
 Dió al mundo sin membranas o papeles
 Firme escrito, carácter y elemento,

De la voz y palabra indicios fieles:
Aun del herbaje y folio el pulimento
No usaba Egipto, ni las tersas pieles;
Sólo eran cifras del concepto oculto
Rudos entalles de diverso bulto.

Del Tauro toda cima, bosque y soto
Nuevas armas consigna a la milicia
El Tarso y Malo en límite remoto,
Y valles de la cóncava Coricia:
Bien conducidos de veloz piloto
Desabrigan las costas de Cicilia
Los piratas, que ya sus armas prestan
A Italia, no marítimos la infestan.

Guerrero marcha el Dómade, que anciano
Mal viviente al sepulcro se retira,
Dispone incendio con la débil mano,
Y en cenizas decrepitas expira:
Vino el Armenio, los del monte Alano,
Los de Nifates, que espumante gira,
Con estruendo y con ímpetu veloce,
De lo extremo del Ponto al Capadoce.

En la liga común Ganges consiente
(Surtió la guerra en orbe tan ajeno);
Ganges, que él solo contra el sol de Oriente

Discurre por el índico terreno:
Aquí estorbado en Macedón valiente,
Cual ya de Tetis en el ancho seno
Cesó de pedir mundos a Neptuno,
Pues breves ondas le negaban uno.

Ármase el Indo, que en su lecho hundo
Como arroyo el Hidaspes le acompaña;
Y el suelo fértil de licor sabroso
Que exprimen jugos de la dulce caña;
Y el que en tintes del Múrice precioso
Tersos cabellos erizados baña,
Y borda frisos en dorados cintos,
Con matiz de esmeraldas y jacintos.

Se armó la Arabia al equinoccio expuesta,
Y en provincias de Europa verle admira
Vuelta la sombra al Norte, y nunca opuesta,
Aunque el planeta al Cancro se retira:
No careció de escuadras el Oresta,
No el de Carmania, que bañados mira
En el Ártico mar astros de Arturo,
Gozando casi horizontal coluro.

Vino Etiopía, la que más se intima
Al Austro, y huye del egipcio y mauro:
No envidia Zonas, aunque el sol la oprima

Vertical desde el Géminis al Tauro:
 Armóse Eufrates, que en benigno clima
 A su fertilidad concede lauro
 Asia, y desdeña en los estivos meses
 Sículas y Nilóticas las mieses.

Imitó a Eufrates en guerreros bríos
 Tigris, tan caudaloso, tan creciente,
 Que se duda mezclados ambos ríos
 Cuál de sus nombres guarde la corriente
 Ya difuso en campañas y bajíos
 Le sorbe un monte, y en diversa fuente
 A nacer vuelve, y se desata inmenso,
 Sin que al persiano mar usurpe el censo.

Los persas, que por timbre en sus blasones
 Triunfan de Craso y del valor latino,
 Neutrales hoy, no siguen las facciorres
 Del pompeyano bando o cesarino,
 Vanos asaz, porque de tres campeones
 Hicieron dos; pero con armas vino
 A Pompeyo el de Bactro, el fuerte Alano,
 E indistinto a sus fieras el Hircano.

Guerra tributan límites del Seita,
 Fasis, que fertiliza gran floresta,
 El de Sarmacia, que inhumano incita

Sus labios, que de humana sangre infesta;
Y quien de Halis márgenes habita,
Donde advirtió la explicación funesta
Del oráculo ambiguo el vano Cresos,
Siendo de Ciro despojado y preso.

Nuevas gentes conspiran al trofeo
Del Tanáis ancho, que después que mide
En su origen el áspero Rifeo
De Europa y Asia términos divide:
En las alas del Bórea el Aquileo
Viene a la empresa, que sus armas pide;
Los que habitan el Cáucaso y el Caspe,
Y galán por valiente el Arimaspe.

El Bósforo a la guerra se concede,
Donde Meotis con el mar se aúna,
Y en el Euxino, que anterior precede,
Por canal vierte su capaz laguna,
Y donde el ara de Alejandro excede
Glorias de Alcides dando a su coluna
Émulos fines él, y al Oceano
Su estrecho, a oposición del gaditano.

Tremolan estandartes los seitones,
Y el Agatirso banderolas mueve;
Ciñen armas los neuros y gelones,

Y el Buge incluso en márgenes de nieve;
 Contribuyeron levas y escuadrones
 El Masageta, que la sangre bebe
 De su caballo, el Hípanis y el Ario,
 Tafio, Carpates, Olbia y Azagario.

De opuesto cielo la provincia mora
 Dedicarse al favor del Magno atiende;
 Donde Jove cornífero se honora,
 Y al antártico mundo imperios tiende.
 Toda, pues, Libia al capitán deudora
 Patrios ardores militar despende,
 Desde el mar de las Sirtes al distante
 Del Austro y del Arábigo al de Adante.

No cuando Ciro en Libia derramadas
 A mil falanges repartió estipendio,
 O por la flechas Jerjes arrojadas
 Lo innumerable registró en compendio,
 O los griegos ejércitos y armadas
 Dieron a Troya lamentable incendio,
 Se vio ocurrir en lo feliz o adverso
 A un solo general tanto universo.

De la tragedia actor Marte inhumano,
 En lo sangriento incluye lo fecundo,
 Pues siembra guerra en el teatro humano

Tanta, que a César fructifique un mundo
Éste, después que despojó al romano,
Codiciando mayor lauro segundo,
A España marcha, porque toda hazaña,
Consecutiva le agilita España.

Ya celebran los Alpes su Viaje,
Cuanto sus glorias clamará Farsalia:
Pero cuando le postran vasallaje,
Negando a Roma, la Liguria y Galia,
Marsella, aunque diversa de linaje,
Su prometida fe le observa a Italia,
Degenerando de la instable Grecia,
De cuyas gentes se origina y precia.

Resistió, pues, aunque templar la altiva
Cesárea queja sin rigor previno,
Y cuando armado de legiones iba
Contra el muro el ejército latino,
Con insignias pacíficas de oliva
Se adelanta, y suspende su camino,
Donde igual fuerza de amenaza y ruego
Ejerce armado de elocuencia un griego.

"De Italia, dice, y Francia en los anales,
César, verás que la constancia nuestra
Siempre obediencias prontas y leales

Rindió a preceptos de la patria vuestra;
Y como tú en su nombre nos señales
Guerra distante, en que la noble diestra
Justifique el rigor, ya es ley que en ella
Siga y sirva a tus águilas Marsella.

"Pero si obrando la licencia extremos,
Vuelve a sí misma el ímpetu nocivo
Roma, y de furia tanta sólo vemos
El incendio, ignorando su motivo,
Vosotros la seguid, y aquí daremos
Llanto a la causa y celo compasivo;
Que es debido a misterios soberanos
Respeto y suspensión, no acción o manos.

"Doy que los dioses a su paz obstantes
Se permitiesen a furor, cual éste,
Y armando el viento encelados gigantes,
Vibrase montes formidable hueste:
Bien errarán los hombres que arrogantes
Diesen favor a disensión celeste,
O mensurasen la ignorancia humana
En lo inefable de la lid arcana.

"Nadie comprende a Júpiter profundo,
Sólo inferimos que en el alto seno
Empíreo asiste, cuando flecha al mundo

El estruendo del rayo y voz del trueno;
Pero admitiendo en su ejemplar segundo,
Que de tu empresa dignes lo terreno,
No falta en la extensión de la ancha tierra
Quien hoy te siga a voluntaria guerra.

"No de las gentes, no, destituído
Vemos tanto el civil fuego romano,
Que pretenda soldado compelido,
Si al rebelde metal niega la mano:
Ya ordene el cielo que en igual partido
Tú y el Magno pidáis al mundo en vano
Que os dé favor en reinos extranjeros,
Pues no darle ha de ser favoreceros.

"Y de los nuestros no hay crueldad tan
Que posponiendo empresas varoniles, [fiera,
A su patria, a su sangre ofenda y hiera,
Dando a insultos el ímpetu civiles:
Guerra poca la libre Italia espera,
Bien que nos rindas a tu ley serviles,
Si no conduces extranjeras diestras,
Sin persuadir a nuestro mal las nuestras.

"Ceñido, pues, a epílogos mi intento,
Marsella, ¡oh César!, a tus armas ruega
Suspendan su rumor y alojamiento

En lo capaz y ameno de esta vega;
Y tú admitas decente acogimiento
En su muralla, que de paz se entrega,
Sin incurrir en deslealtad villana,
Donde manche el candor la fe romana.

"Entra en Marsella y en sus gentes fía;
Será este muro, con igual constancia
Y con obsequio igual y cortesía,
A César y Pompeyo libre estancia;
Y si con vuestras paces algún día
Se honrase Italia, no a mayor distancia
Tendréis ciudad donde la unión felice
Se establezca uniforme y solemnice.

"Y si de España intentas coronarte,
Que es el fin destinado ya en tu aliento,
Repugnancia supone embarazarte
Por nuestro apremio inútil al intento:
Que siempre fuimos al adverso Marte
Presa infeliz en el antiguo asiento
De las grecianas y focenses tierras,
Dando igual nombre a pérdidas y guerras.

"Sin favor de la suerte, ¿qué favores
Daremos hoy a la milicia tuya?
¿Serán en causa ajena vencedores

Los ya vencidos en la propia suya?
Escarmiente en desdichas anteriores
Nuestras tu acierto, y de imitarlas huya;
Ni de Marsella el instituto mudes,
Que hoy se estrecha en domésticas virtudes.

"Pues desde que la patria en lid funesta
El hierro y fuego nos trocó en desierto,
Rendida a Jerjes invencible, y esta
Muralla nos dio abrigo, y el mar puerto,
Ya que la guerra nos contraríe opuesta,
Buscamos en la paz honor más cierto,
Que abstinentes valor, sencillez pura,
De ilustre nombre siglos le asegura.

"Con paz te ruego; si aceptarla piensas,
En Marsella te aguarda; y si guerrero
Combatir nuestros muros y defensas
Estableces con máquinas de acero;
Si en vario lecho el Ródano dispensas
Que del humor nos prive, o más severo
Todo alimento defraudarnos quieres,
Y esterilizas a Pomona y Ceres,

"La ciudad, que piadosa excluye guerra,
Rigor protesta indómito a impiedades,
Dispone que la sed rasgue la tierra

Y mendigue en los centros humedades;
 Que si los frutos avarienta cierra,
 Se socorran peligros con crueldades,
 Y el valor firme, que el morir no esquiva,
 De propias carnes devoradas viva.

"Marsella, ¡oh César!, generosa y libre
 Resuelve tolerar por fiel asunto,
 Y ley debida al Capitolio y Tíbre,
 Cuanto en el cerco de Aníbal Sagunto:
 No esperes brazo que el metal no vibre
 Atroz por fuerte, cuando el pueblo junto
 Se ensangrienta en recíprocas heridas,
 Sin más temor que de salvar las vidas.

"No habrá quien por unirse al rojo lago
 Muerte no admita, y por favor la exhorte:
 La esposa ha de pedirla con halago
 A homicida feroz, si es fiel consorte;
 Todo viviente ejercerá en su estrago,
 O el incendio voraz o agudo corte;
 Y ésta será la guerra civil suya,
 Antes que los violentes a la tuya."

LIBRO SEXTO

Viendo César la resistencia de Marsella, prosigue su viaje a España, dejando en el sitio a Decio Bruto con algunas legiones.

César la heroica legación propuesta
Atendió mudo; y si el valor le admira
De Marsella, lo oculta, y manifiesta
Desprecios de altivez con muestras de ira:
Dando al aire, no al griego, la respuesta,
"A efectos, dijo, inútiles aspira
Aquí mi oposición, ya indigna empresa,
Cuando en España imperios interesa.

"Pero si en esta sola confianza
Jactancias funda y presunción Marsella,
Conocerá que aun fuera más tardanza
Admitir su hospedaje que vencerla:
Pedid, romanos, a la espada y lanza

Guerra incesable, y respirad en ella,
Que debilita al ánimo el sosiego,
Como el defecto de materia al fuego.

"Y cual en ancha vega o surto lago
La furia amansa el derramado viento,
Y en controversias de rumor y estrago
Fuerzas le da el silvestre impedimento;
Tal se enflaquece con el ocio vago
Nuestro vigor, y le ministra aumento
La oposición de estorbos eficaces
Que irriten guerras y repugnen paces.

"A buen pacto pretende reducirme
La cavilosa austeridad del griego;
Otórgame su paz, si al muro firme
Yo inútil sin ejército me entrego:
Tal presunción no es sólo de excluirme,
Es de prenderme, es homicida el ruego;
Bien creeré sus lealtades, si en las mías
Hoy su cautela funda alevosías.

"Veréis no tarde, ¡oh griegas intenciones!,
Si quien se abstiene de mis armas yerra;
Pues no hay muros que iguallen mis pendones
Ni tan segura paz como mi guerra."
Dijo, y apresuró sus escuadrones

Contra Marsella, que las puertas cierra,
Y descubre en sus lienzos torreados
Densa corona circular de armados.

A los muros contrario un cerro asciende
Donde lo natural con fácil traza
Sobre la altura de sus hombros tiende
Un plano estéril y silvestre plaza:
Fortalecerla el General pretende,
Porque al sitio sojuzga y amenaza;
Pero antepuesto el ánimo al decreto,
Desdeña acción de moderado efecto.

Labra con mayor fin de vigoroso
Césped, mimbre y terrestres materiales
Gran lienzo de trincheras e igual foso,
Que busca y junta el mar con los reales:
La alta labor con intermedio ocioso
Tales pertrechos obra y fuerzas tales,
Que niega a los cerrados combatientes
Su fruto el campo, su licor las fuentes.

¡Aun así prevaleces, oh Marsella!
Ya César vence tu sencillo intento,
Pues contra su poder, que imperios huella,
La oposición concluye vencimiento;
Y en favores retrógrada su estrella

Gime impedida de tu orgullo exento;
 Todo Olimpo recela que la estorbes,
 Cuanto amenaza el rapto de los orbes.

A los pertrechos dispensaba apenas
 Lo preciso el terreno mal frondoso,
 En vegas dilatado, bien que amenas,
 Fértiles no de material silvoso:
 Sola una selva aun mástiles y entenas
 Dar puede contra el golfo proceloso,
 Si el misterioso horror y mudo espanto
 De la sacra estación permite tanto.

No lejos del asedio el suelo cría
 Selva capaz, donde negó hospedaje
 Aun al sol mismo la arboleda umbría
 Con techumbres de rústico follaje;
 Nunca su verde plano raya el día,
 Ni un ramo la segur tronca al bosque,
 Ni admite culto de silvestre mano
 Flora, Pales o Pan, Fauno o Silvano.

Y si digna es de fe la antigua fama,
 jamás allí entonó canto o bramido
 Ave ni fiera; ni en peñasco o rama
 Les dió el bosque favor de albergue o nido
 No vibra el rayo su tremenda llama,

Ni algún viento su armónico ruido,
 Bien que infunde el silencio y soledades
 Más horror que tronantes tempestades.

Fiero ministro inalterable ofrece
 Sacrificio tan impio a deidad vana,
 Que en toda parte esmalta y humedece
 Suelos, peñas y troncos sangre humana:
 Con alta y fresca eternidad florece
 Del breñal denso la melena anciana,
 Y de manchado arroyo sus colores
 Tersos beben adúlteras las flores.

Sobre troncados árboles ocultos
 Estatuas cargan de labor tan ruda,
 Que al mustio ceño de sus torpes bultos
 Se erizan ramas de la selva muda;
 Los nombres de los ídolos incultos
 Cierra el secreto; y al espanto ayuda
 Ignorar siempre a cuál deidad del soto
 Reverencia el temor, conquista el voto.

A tiempos clama, y de caverna o mina
 Hondo el fragor rimbomba en la floresta;
 Flexible el tejo y circular se inclina
 Al suelo, y perezoso el arco enhiesta
 Tal vez se rasga el centro, se ilumina

El sitio, y nueva confusión le infesta;
Vense abrazar entre peñascos broncos
Con maridaje fiel sierpes o troncos.

No viandantes, no prácticos pastores
Huellan la estancia, habitación del miedo;
De lejos se contemplan sus errores,
El pie la evita, la señala el dedo;
Aun los ministros, rígidos cultores
De sus aras, recatan el desnudo;
Y al dios que allí se oculta en monte o valle,
Sirviéndole, recelan encontrarle.

Este asilo de plantas, donde ociosa
Sólo al espanto hospeda su maleza,
Porque jamás licencia belicosa
Desgajó rama ni rompió corteza,
César mandó talar, pero dudosa
Fue la obediencia en la común flaqueza,
Que las breñas mirando en sangre rojas
Aun del temblor se asombran de las hojas.

Religioso el valor teme si ofende
Mínima arista de la sacra selva,
Que repugnante el duro corte enmiende
Lo errado, y a segar sus miembros vuelva;
Mas César, que el temor suspenso atiende,

No hallando brazo que la duda absuelva,
 Aplicó el suyo; arrebató primero
 Gran hacha y filos de pesante acero.

Rigiendo aquélla con desdén y aliento,
 Hirió de añoso roble el tronco fijo,
 Y reteniendo firme al asta el cuento,
 Clavado el hierro temerario, dijo:
 "Ya será el hecho imitación, no intento;
 Proseguíd, no abonéis la acción que elijo,
 Que si emprendió profanidad mi mano,
 No es vuestro el crimen, yo seré el profano."

Aun de la heroica voz no asegurado
 El temor, le obedecen compelidos,
 Que los apremia el César enojado,
 Con más ley que los dioses ofendidos;
 La encina, luego el álamo empinado,
 El fresno, el chopo de vejez fornidos,
 Cedros, pinos que orlaron altos climas,
 Barren los pavimentos con las cimas.

Grave y cóncavo tiembla el monte en torno;
 Eco redobla el golpe resonante;
 Cede el abeto, el sauce, enebro y horno,
 Haya y ciprés a la segur tajante:
 La estancia opaca sin frondoso adorno

Recibe luces, que admiró ignorante;
 Bien que ramosos toldos ya talados
 Aun permanecen rectos de intrincados.

Lloró el despojo de la selva cara
 Francia; admitióle con festejo y gusto;
 Sólo Marsella que esperó, vengara
 El sacrílego osar castigo justo;
 Pero fortuna de cobarde ampara,
 ¡Ayl, cuántas veces al protervo injusto,
 Y sólo contra el mísero parece
 Que no hay piedad, que el cielo se embravece.

Ya cuando de los crespos y mayores
 Leños fue despojado el bosque umbrío,
 Firmes carros en ejes volteadores
 Cúmulos llevan con vaivén tardío;
 Sus yuntas a los francos labradores
 Roban, y ajeno de dorar su estío,
 Difuntas llora el vagaroso arado
 Las esperanzas fértiles del prado.

Mas del prolijo cerco y la estorbada
 Guerra impaciente César, al primero
 Mayor designio revocó la espada,
 Alejándose al reino del Ibero:
 Cauto remite la ciudad sitiada

A Decio, no vulgar diestro guerrero,
Pronto a la expedición con tres legiones,
Y advertido en sagaces instrucciones.

Artífices de astuto genio atento,
Del material salvaje fabricaron
Mantas, castillos, cuyo grave asiento
Sobre escondidas ruedas sustentaron;
Y a darle propio y firme movimiento
Varios tornos y muelles ocultaron,
Tan raros que la máquina traidora
Se ve mover, y el movedor se ignora.

Gasta un castillo gran porción del soto;
Y al conducirlos al mural encuentro,
Con balances de estruendo y terremoto,
Juzgó Marsella que temblaba el centro,
Y ocurrió al muro, que cadente o roto
Aun le creyó, mas los romanos dentro
De los altos movibles baluartes
Conspiran al batir válidas artes.

En altura y almenas igualaban
Al muro; y al que en él busca defensas,
Desde el tablaje trémulo flechaban
De saetas y dardos lluvias densas,
Cuyo asalto los griegos compensaban,

Preferidos en ásperas ofensas,
Que su irritado esfuerzo guerra mueve,
No sólo con el asta y flecha leve.

Lanzas juega terribles, que arrojadas
De incontrastable impulso de ballesta,
No embarazan su punta en aceras
Planchas de arnés, ni de celada opuesta:
A espalda y pecho heridas duplicadas
Rompe el fresno en los cuerpos, y le resta
Nuevo homicidio, pues volando un trecho,
Deja muerte, y la busca en vario pecho.

Con igual fuerza la impelida bala
Del ballestón pedrero rasga el viento,
Cual si de cumbre altísima resbala
Contra el ínfimo valle gran fragmento;
Cuyo encuentro no sólo el alma exhala
Del mísero que oprime su violento
Golpe, mas con el ímpetu soberbio
Aun el hueso disipa, y trincha el nervio.

En contra los romanos con desnudos
Brazos en escuadrón junto y estrecho,
Con la siniestra alzando los escudos,
Que fabrican igual cerrado techo,
Se arriman a la cerca, y los agudos

Dardos despiden al contrario pecho,
Y a las almenas, sin temer la opuesta
Lanza, que esparce en alto la ballesta.

Que como flechas con furor plantadas
Sobre el muro y el asta el vuelo tiende,
No su firmeza inclinan aplicadas
A lo inferior, donde el romano ofende
Por inhábiles, pues ya desechadas
Del que incitado en el temor se enciende,
Hiere furioso con sencillos brazos,
Losas lanzando y rocas en pedazos.

En las firmes rodela de diamante
Golpes descuelga el risco llovedizo,
Como en los techos hiere resonante
Al congelar sus globos el granizo;
Empero el combatir perseverante
La estrecha empavesada al fin deshizo;
Los brazos se rindieron quebrantados,
El escudo y pavés despedazados.

Apresuran rodantes a los muros
Capaces mantas, sólido instrumento,
Donde emprenden cubiertos y seguros
Trastornar el robusto fundamento:
Con tremendo balance encuentros duros

Replica el aries, que de manos ciento
Es suspendido, y la eminente almena
Al vaivén tiembla de ferrada entena.

Los del altura despechados, ciegos
(Que en más furia el terror los acelera),
Ya desembrazan fulminante fuegos,
La inmensa viga, la pilastra entera:
Cede el romano a los contrastes griegos,
Su eficaz defensa juzga ligera,
Pues contrapuestos ve sus artificios
A lluvias de peñascos y edificios.

Pero más cautelaron en Marsella,
No la muralla falte a los rigores
Del batir, y desista el cobro en ella,
Que arguye a los cesáreos de inferiores:
Así inducida de feliz estrella
Joven escuadra en lóbregos horrores,
Del romano asaltando los reales,
Pudo obrar con sus máquinas marciales.

Huellan sombras, no armados o ceñidos
De espada o lanza a la sagaz cautela;
Fueron sus armas fuegos escondidos
En el pavés y cóncava rodela;
A un tiempo los arrojan, y encendidos

En tablas leves ya redunda y vuela,
Sin guardar a la fábrica decoro,
Gran llama tremolante en alas de oro.

Húmedo el tronco y verde, aun no revoca
Al fuego, que en horrendo incendio brama;
Suelto el humo volante, al cielo toca,
Y el rápido tal vez globo de llama,
Su ardor penetra aun el cimiento y roca
Del terreno, después que ardió la rama;
Yace al fin toda máquina latina,
Yace, y mayor la ostenta su ruina.

De veloz cauteloso entendimiento
Decio contra el valor concibe azares;
Sintió en la llama helado su ardimiento,
Y excedido en asaltos militares:
Discursos arma el vago pensamiento,
Y el efectivo fue tentar los mares,
Porque en venganza del agravio griego
Enmiende el agua la invasión del fuego.

Flota fabrica sin labor preciosa
De áureos primores en galantes naves,
Ni de surco veloz, más poderosa
En facción ruda de bajeles graves;
Cual se talaron de la selva umbrosa,

Leños obran robustos luengas trabes;
Sólo busca la artífice destreza
Para lidiar, capacidad, firmeza.

Remos gobierna y mástiles empina
Por caudales del Ródano la armada,
Que del mar a Natolia, isla vecina,
La belicosa obstinación traslada:
Ya el pino es mástil, ya es timón la encina,
Y si la selva se extinguió asolada,
Remanece, aunque impugne a lo posible,
Ya viviente en los mares y movable.

Con alta emulación su industria y mano
Convierte al mar la resistencia griega;
Aun el inútil, el pueril y anciano,
A batallar marítimo se entrega:
A su instancia no sólo el firme y sano
Moderno vaso el marinero agrega,
Mas toda barca antigua, seca y rota
Restaura, y juntas la ministran flota.

El sol ya infante, que horizontes dora,
Dio al rigor sucesivo luz profana,
Después que en lecho de jazmín la Aurora,
Despojando celajes, ardió en grana:
Calma el viento, y matiza, campos Flora;

Duerme el golfo, no quiebra espuma cana,
Y en los rayos gozándose solares,
Guerra incitan pacíficos los mares.

Cuando los remos ágiles ordena
Un bando y otro, y en veloz concierto
Zarpan los griegos de su patria arena,
Y los latinos del contrario puerto,
De la boga con ímpetu resuena
El mástil, jarcia y cables, y cubierto
De escarcha el plano a luces orientales,
De aljófar cresco recamó cristales.

Mas cuando ya se alcanzan las armadas,
En intervalo corto acometiendo,
Que si replica el remo dos brazadas,
Términos cierra el concurrir tremendo;
Voces en alto unidas y encontradas
Hinchen el aire de terror y estruendo;
Ni el remo es ya sonante ni la trompa,
Bien que espumas azote y vientos rompa.

Allí anhelante el válido remero
Brazos prolonga y en su leño estriba;
Luego endurece nervios, y ligero
Sobre la espalda y banco se derriba;
Dadas las proas al encuentro fiero,

Retrocedió su ligereza activa;
Mil y mil dardos ya volando opuestos,
Por estrenar heridas, cambian puestos.

Las astas cubren la celeste esfera
Volantes y cadentes; la marina,
Tropel confuso, la ordenanza altera
De la armada focense y la latina:
Huye tal vaso vuelto a la ribera,
Tal se adelanta incauto a su ruina,
Cruza surcos la unión, rumbos afecta,
Ya con lid circular, o ya con recta.

La griega flota en lo flexible y suelto
Prefiere, desdeñando a la romana;
Cuyo grabado curso atiende envuelto
En el peligro a competencia vana.
Dijo, pues, Decio a sus pilotos vuelto:
"No imitéis, no, la agilidad greciana,
Y aunque sus vasos admiréis por diestros,
Por firmes deben preceder los nuestros."

Ya le obedece unánime el sosiego,
Y éste y aquél cimienta su navío;
Con sueltas barcas se abalanza el griego,
No maliciando el cauto desafío:
Rómpense algunas del encuentro, y luego,

De las más prontas limitó el desvío,
Y a sus giros opuso firme estorbo
La cadena, y en ésta el ferro corvo.

Así a dos flotas el arpón fue rienda,
Densó tablado fraguan, donde el remo
Permite en ocio la naval contienda,
Que con pereza aceleró su extremo:
No hay trecho en que su fuerza el dardo entienda,
Ni rasgan las saetas el supremo
Aire, que sólo resultó en la espada
Toda la guerra por discorde aunada.

En orlas del bajel se alivia, y carga
El combatiente, y luchas apetece
El brazo, y hierro formidable alarga,
Donde fulmina muerte, o la padece:
Ya el manchado zafir, ya el agua amarga
Es de rubí espumante, y hierve y crece,
Turba a Neptuno y a Titón refrena,
Ser otro el mar, y la borrasca ajena.

Cuerpos, cabezas desenvuelve heladas
El golfo, y en sus miembros se calienta;
Las venas sorbe el agua desatadas;
Vieras el agua aquella vez sedienta:

Ondas vieras en ondas anegadas
De licor rojo, que el cerúleo aumenta;
Nadantes mil de las heridas llueven
Sangre, y la misma que derraman beben.

Gimen los mal vivientes y anegados,
Y sin que al fondo su tropel descienda,
Estorba los bajeles ya apartados,
Bien que el ferro tenaz sus tablas prenda;
Pueblan el golfo náufragos soldados,
Y no hay asta arrojada que no ofenda,
Pues aunque errando el mar se precipite,
Alguno en toda parte el golpe admite.

Con alaridos y esplendor de espadas
Por la cambiante en púrpura laguna
Dos fragatas discurren conjuradas
A fracasar de las cesáreas una:
Viólas en esto Emilio, y despreciadas
Las amenazas de infeliz fortuna,
Se ofrece en medio a combatir, y opuesta
Temen su faz de aquella parte y désta.

Cuando en su espalda y pecho, compartidas
Dos lanzas siente acometerle, y dentro
Del penetrado cuerpo introducidas,
Hacen las puntas resonar su encuentro,

Duda la sangre a cuál de las heridas
 Deba ocurrir, hasta que ya del centro
 Por dos conductos su licor excluye,
 Y rota el alma por entrambos huye.

Gobierna un vaso desquiciado y roto
 Telonio griego sin chalupa alguna,
 No examinó tan práctico piloto,
 En providencias de naval fortuna;
 Infórmanle del viento, aunque remoto
 Los semblantes del sol y de la luna;
 Velas apresta en calma, y huyen ellas
 Riesgos, que él halla en índices de estrellas.

Hoy mirando en la lucha afán baldío
 Otro firme bajel sin marinero,
 Saltar quiso, perdiendo su navío,
 En el extraño con ardid ligero:
 Del salto leve interrumpiendo el brío
 Le atraviesa una lanza, y el acero
 Clava en el grueso bordo, que patente
 Deja su pecho y su valor pendiente.

En la misma solícitos y aunados
 Dos hermanos militan, producidos
 Ambos de un parto, y a diversos hados
 De incompatible estrella conducidos

Gozaban grato error los engañados
Padres, porque los rostros parecidos,
Según lo atento que la vista alcanza,
Arguyen unidad, no semejanza.

La parca espera desatar su engaño,
Muriendo el uno, porque el gozo amante
De los padres, con triste desengaño,
Distinga del ausente el semejante;
Y aun éste solo con indicio extraño
Vida y muerte confunda en un semblante;
Y si eran uno entrambos, visto alguno,
Ya se infieran diversos; dos en uno.

Tal dellos hoy con diestra desarmada
Suspendió el curso de un bajel romano,
Y en tanto el filo de ligera espada
Le segó la arrogante osada mano:
La mano a un cable asida y obstinada,
Aun no relaja el nervio y nudo vano,
Pero el garzón valiente a la siniestra
Substituye los cargos de la diestra.

Con desaires colérica, no activa,
La más experta mano simple ofende,
Y por cobrar la separada aun viva,
Suelto inútil y yerto el brazo tiende:

Cuando en ligero círculo nociva
Nueva espada con ímpetu desciende,
Que a la fiera cuestión cortado el plazo,
Aun le cercena con la izquierda el brazo.

Ya reducido a un tronco inmoble, espera,
Y esfuerzos guarda sin vigor ni acciones,
Como la estatua que el cincel venera,
A quien el tiempo mutiló porciones:
Guerras presume, aunque indefenso muera,
Pasiva lucha honora sus blasones;
Sin dar heridas al valor no engaña,
juzgando que admitirlas es hazaña.

Es hazaña en que funda la tutela
Del hermano y los suyos por quien vive,
Que si enemiga lanza a herirlos vuela,
Su pecho busca el golpe, y le recibe;
Ya casi expira, y aun venganza anhela,
Algo de heroica operación concibe;
Pues su cuerpo en el último suspiro
Convierte en arma arrojadiza o tiro.

Su cuerpo arroja en la contraria nave,
Y al bauprés de cadáveres cubierto
Fue la añadida carga apremio grave,
Y a la turba después naufragio cierto;

Pues deja el vaso que su centro lave
 Libre el mar, y le sorba el fondo abierto,
 Sin que exterior más señas se presuma
 Que un plano cresco y círculos de espuma.

Diestros romanos a un bajel ligero
 Lanzan el ferro a la cadena unido;
 Pero en vez de aferrar tabla o madero
 Clavan la espada a Lice no advertido:
 Presto sus griegos con favor severo
 Le retienen de entrambos pies asido,
 Donde amor y piedad, que en vano piden,
 La neutral prenda en partes la dividen.

Toda vena en corrientes desatada
 Vierte cálida sangre en ondas frías,
 No algún paciente espíritu exhalado
 Dio la vida jamás por tantas vías:
 Dentro del pecho el alma aun reparada,
 Joven funesto, en tu mitad vivías,
 Que la inferior porción y menos fuerte,
 Consintió dividida veloz muerte.

De un greciano bajel turba imprudente,
 Por socorrer a un tiempo el diestro lado
 Desamparó el siniestro, que eminente
 Y oblicuo al paso se erigió aliviado:

La mal partida carga de repente
 Busca el ligero casco, y trabucado
 El mástil mira a las arenas solas,
 Todo el cóncavo es techo de las olas.

Cubiertos del bajel, y no embarcados,
 Lo luminoso truecan en sombrío
 Los guerreros, que aun viven sepultados,
 Siendo el golfo sepulcro, urna el mar frío:
 Suerte aleve de efectos impensados
 Se opuso, Marcio, a tu gallardo brío,
 Nadando lidias, y en la lucha ignoras
 Que te acometen dos contrarias proras.

En espolones ambos supendido
 Huyó el alma entre anhelitos frecuentes,
 No en los nervios y músculos fornido
 Resistió el cuerpo al resonar las frentes
 El mudo labio cárdeno, encendido
 Hondas entrañas vomitó fervientes;
 Cayó el cuerpo en el mar, quedando solas
 En vientre y pecho puertas a las olas.

Derramado escuadrón teme nadante
 Su muerte en el salobre mar amarga,
 Al amigo bajel llega anhelante,
 Cuerda o gumena prende el curso, embarga

El embarcado vulgo al naufragante,
Favor niega y renuncia ajena carga
Contra los cables y prendidos lazos,
O bien las manos y pendientes brazos.

Los brazos penden por despojos vanos,
Donde el inútil cuerpo desasido
Se descuelga ligero de sus manos,
Dando la espada al piélago teñido:
Los troncos luego sin acción de humanos
Errátiles discurren el tendido
Mar, y anegados del vaivén travieso,
Los deposita en el abismo el peso.

Flechas faltan y dardos, bien que aumenta
Su falta excesos de mayor venganza;
El despecho, el furor ministra, inventa
Armas que el genio militar no alcanza:
Éste esgrime el timón, aquél sustenta
La entena o mástil deducido a lanza,
Bancos arrojan, lo entablado asuelan,
Trincadas naves que nadaron, vuelan.

Otro sin armas el rejón desclava
De sí mismo, y el asta su homicida;
Y con ésta, a quien dio su pecho aljaba,
Mortal piensa invadir la ajena vida:

Pierde sangre que el fresno embarazaba,
La izquierda aplica a contener la herida,
Reservando el espíritu, que basta
Para que impela vigoroso el asta.

Preferida inclemencia en la pelea,
La llama fue de actividad traidora,
Que en hachas de betún compuesto y brea
Se arroja, y pierde, y un bajel devora:
Arraiga incendios la resina y tea,
Arde el lastre en la barca nadadora,
Hondo el buco relámpagos derrama,
Y en entrañas del mar hierve la llama.

De flamantes rigores impaciente
Salta en el golfo por las jarcias uno;
Otro se abraza de la tabla ardiente,
Creyendo así que recusó a Neptuno:
Quien más teme peligros, los consiente;
Cuando los huye todos, busca alguno;
Pues ambicioso de morir más tarde
En incendios se anega, en ondas arde.

Tal vez del escuadrón amigo alcanza
Práctico nadador el cable o grúa;
Desde allí, sobre el mar, rejón o lanza
Recoge, y las ministra a su falúa,

O ya él mismo en el agua se abalanza:
 Bien que la planta sin vigor fluctúa,
 Y con errátil pulso, oblicuo y tardo,
 Frágil despide al enemigo el dardo.

Cuando ya en opresión del enemigo
 No les ofrece el mar lanza o madero,
 El agua misma a funeral castigo
 Constituyen en cambio del acero;
 Porque abrazando fáciles consigo
 Al adversario nadador ligero,
 Buscan el fondo, sepultando unidas
 En igual seno tan contrarias vidas.

En este ardid o asalto es preferido
 Focídes griego, que a su salvo ofende,
 Buzano, que en los mares infundido,
 Plazos del tiempo el respirar suspende;
 Y en pretensión de efecto no creído
 A escudriñar los piélagos descende,
 Y a rescatar el áncora, que apenas
 Se esperó remover de las arenas.

Fue de infinitos único homicida,
 Yendo al centro con ellos abrazado,
 Donde si bajan dos, vuelve una vida,
 Del vencedor que remanece a nado;

Pero tal vez él mismo a la salida
El mar halló en barcas ya cerrado,
Y su espíritu opreso en el encuentro
Volvió sin alma a investigar el centro.

Alguno que, anegado ya, el supremo
Suspiro aguarda en desigual venganza,
De enemigo bajel se implica al remo,
Trueca el rumbo, y obtiene su tardanza:
Así el dolor y muerte al trance extremo
De ofensa alguna algún alivio alcanza;
Todos delinquen hoy, ninguno espera
Su ardor, su anhelo, que inocente muera.

Soldado de Marsella Ligdio, mira
A Tíreno, fortísimo romano,
Ligdio, que no a lucha, al fraude aspira,
De dardo y honda tirador villano:
En círculo veloz las cuerdas gira
Contra Tíreno la flexible mano;
Huye la piedra, y al herir violenta,
Suelos los ojos de su frente ausenta.

Transporta el fiero golpe al varón fuerte,
Cuyo pasmo su oculto devaneo
No le juzga mortal, júzgale muerte,
Y sus tinieblas sombras de Leteo:

Restaura acuerdo en el dolor, y advierte
Hábil su diestra a belicoso empleo,
Alzando así la faz manchada y ciega,
Busca y tienta a los suyos, habla y ruega.

"Bien como niveláis, dice, el pertrecho
De batir, y el trabuco o la ballesta;
Así plantad y dirigid mi pecho
Y frente al enemigo contrapuesta,
Que alguna lanza a término derecho
Guiará mi brazo, y la sazón funesta
Hará feliz, pues conseguir confía
Muerte ajena en venganza de la mía.

"O bien seré vuestra defensa muerto,
Porque burlando al escuadrón greciano,
Daré a sus tiros mi cadáver yerto
Que resulten festivos al romano."
Calla, y apunta con dictamen cierto,
Y desembarca al fin con ciega mano
La primer asta al aire encomendada
Con ciega mano sí, pero no errada.

Recibe el rayo, que voló sin trueno,
El garzón más ilustre de Marsella,
Argos gentil, que sobre el asta el seno
Herido carga, y se penetra en en ella:

Su anciano padre, de sí mismo ajeno,
Lejos le ve, los pasos atropella,
Sin que el banco o remero le embarace,
Adonde el hijo agonizando yace.

Éste en menor edad se prefería
En esfuerzo, en igual fuerza robusta
A cuantos Grecia bélica aplaudía,
Y en el vigor de la palestra y justa:
Aun hoy, que orgullo tanto y lozanía
Cede a los años, de las armas gusta,
Y en la milicia, todo respetado,
Sirve de ejemplo ya, no de soldado.

Llega, pues, donde advierte el homicida
Hierro, y la lanza de coral manchada
Imprimió de dolor más honda herida:
Contemplada la punta, que clavada
No igual padece en ambos una vida,
Muerta allí, de vivir aquí cansada,
Sin voz, sin vista la vejez doliente,
Tanto abunda al sentir, que ya no siente.

Alza difícil la cabeza y cuello
Lánguido el joven cuando al padre mira,
Donde con seña muerta el rostro bello
Pide su brazo ya, viviente aspira;

Despierta el viejo, afecta al conocello
 Por sobrada piedad semblante de ira:
 "Argos, le dice, aunque a mis ojos mueres,
 No mis abrazos últimos esperes.

"A tu muerte los niego, porque elijo
 Mayor acción para mi débil mano;
 Antes que expires moriré." Así dijo;
 Y enderezó la espada al pecho anciano:
 Por nueva causa preferirse al hijo
 Aun pretende, y se juzga más humano;
 Salta en el mar, y alaba a su fortuna,
 Que con dos muertes le adelanta a una.

No ya suspende la victoria Marte,
 Que a los bajeles de Marsella esquivo
 (Parte encendidos, y anegados parte)
 Juzgan dichoso barco el fugitivo:
 En otros sigue al ítaló estandarte
 Residuo bando juvenil cautivo,
 Rugiendo ya con precedencia ufana
 En greciano bajel mano romana.

¡Oh clamor! Cuanto el vago cielo altera
 De la ciudad vencida, donde estrecho
 Se estorba el llanto, y busca en la ribera
 Espacio, y de dolor más causa al pecho;

Todo cadáver tanto degenera
Del antiguo semblante ya deshecho,
Que en lo total la cancelada forma
Niega a sí misma y la diversa informa.

Así consorte unida a un trono ocioso,
De abatir ondas ya cerúleo y frío,
Siendo enemigo le lamenta esposo,
Y un cuerdo amor produce desvarío:
Otro se juzga en brazos del piadoso
Hermano, y culpa el homicida impío;
Mas la observada seña es tan mentida,
Que abraza por el muerto al homicida.

De dos padres allí la fe contiene
Sobre algún cuerpo, cuya faz se ignora:
Éste y aquél a oposición le enciende
Fúnebre pira, y sus heridas llora:
Así a la fiel Marsella Marte ofende,
Y exalta la cesárea vencedora
Suerte ausente y feliz, si no desdice
En progreso civil suerte felice.

LIBRO SÉPTIMO

César, llegado a España, y resistido en ella de Afranio y
Petreyo, romanos, les hace guerra en Lérída.

César, cuerdo en los ímpetus mayores,
De Celtiberia ocupa la campaña,
No ambicioso de asaltos, no de honores,
Sencilla utilidad es hoy su hazaña:
Solos admite efectos celadores
Por ganar sin violencia armas de España;
Medio sagaz para la acción suprema,
Y dirección al ínclito diadema.

Eran de España ilustres generales
Por la facción y voz del gran Pompeyo,
Con pactos permanentes de leales,
Afranio, y en valor su igual Petreyo:
No menos, pues, en presidencia iguales,
Ejército imperial noble y plebeyo

Rigen, participando en su gobierno
De alternas veces, de dominio alterno.

Éstos a los romanos escuadrones
Agregan del capaz reino extranjero
Los diestros lusitanos y betones,
El astur bronco, el cántabro ligero,
Y el que distrae ya de sus regiones,
Noble celta, habitando en el Ibero,
Con aquel nombre y éste dio materia
Al que pronuncia unido Celtiberia.

De esta provincia en descubierto llano
Se eleva un monte, y de éste en lo eminente
Yace fundada por antigua mano
Lérída, que al Olimpo alza la frente:
Allí sus ondas al Diciembre cano
Ministra el Segre, y el Agosto ardiente;
Y si el caudal refrigeró el estío,
En el invierno es piélagos, no es río.

En dos alturas émulas iguales,
Que les divide el Segre los cimientos,
Alojaron contrarios los reales
Petreyo y César en silencio atentos:
De allí se juzgan páramos campales,
Que imitan golfos al cesar los vientos,

Y a la vista no es dado que distinga
Su extremo, cuya vega inunda el Zinga.

Sin guerra los ejércitos el día
Primero eligen que en su estancia guarde
Paz militar, y ostenten bazaría
Calladas armas en vistoso alarde;
Del rigor su recato los desvía,
Hielos conciben, que desechan tarde,
Reconociendo que el pendón tremola
En dos contrarios campos Roma sola.

Los pechos de soberbios temerosos,
Y concordes los ánimos de aleves,
Dieron treguas a impulsos belicosos,
Ligeros plazos de intermedios breves;
Y en éstos César de escondidos fosos
(Sin dar al tiempo desperdicios leves)
Ciñó sus tiendas con veloz secreto,
Unida la intención con el efecto.

Porque plantado un escuadrón ligero
Anterior a la carga, y compartido,
Pudo encubrir al presuroso obrero,
Frustrando al enemigo inadvertido;
El alba apenas esparció el primero
Rayo, cuando del cuerpo dividido

Decretan ambos campos, no capaces
De mayor tregua, quebrantar las paces.

Monte fragoso en riscos coronado,
Recto y contrario a Lérída concede
Tal sitio, que por armas ocupado,
Prestar a César la victoria puede:
Grande escuadra remite al encumbrado
Yerto lugar, cuando sagaz precede
La de Petreyo tímida y ligera,
Cual si evidencias de la muerte huyera.

Anticipóse a la altivez del puesto
En breve asalto; pero no enflaquece
De los cesáreos el asunto opuesto,
Que indeclinable en lo difícil crece,
El brazo, el hierro, a preferirse expuesto,
Según el sitio a su esperanza ofrece,
Y más seguro a la contraria espada,
La posesión del mismo anticipada.

¿Quién ganarles podrá la estancia altiva
Habiendo apenas quien hallarla sepa?
Bien que el pedestre por el monte arriba
Aun a escalar los precipicios trepa;
Ya con suspensa planta en falso estriba,
Ya con la mano prende el risco o cepa,

Ya en el pavés o lanza que empuñaba
El que le sigue se abandona o clava.

No el brazo a despedir dardos se alienta,
Que al pecho temeroso del fracaso
Sirve el asta de báculo, sustenta
El pie, y le afirma al promover el paso;
La espada olvida su facción, e intenta
Sólo vencer la senda, ¡asunto escaso!
"Hiere en la breña, lo tenaz desgarras;
Ríndete, dice, al roble y la pizarra."

César, que el alto engaño considera,
A interrumpir la inválida porfía,
De que mayor descrédito se espera,
Agiles tropas de a caballo envía:
Ciñen éstas en áspera carrera
A los que el cerro pertinaz rendía,
Y retroceden, que al furor y al hierro
Retira sólo con su forma el cerro.

No del campo fugaz, no en seguimiento
El contrario desciende, que cerrado
Guarnece el sitio, contemplando atento
A César formidable aun retirado:
Tal en aquel y en este alojamiento
Procede Marte; pero más airado

Militar Euro, que en tus alas subes
A conspirar ejércitos de nubes.

Las nubes en el aire suspendía
Seco Aquilón; de ríos presurosos
La rápida corriente entorpecía
Crudo hielo con grillos rigurosos;
Mientras Febo su rayo oblicuo envía,
Nieves queman los montes confragosos
Con el sereno invierno, comprimido
Yace el terreno, seco y aterido.

Mas ya que el sol templado reverbera
En Aries, y la noche iguala al día;
A la sazón que alegre primavera
Campos y montes de verdor vestía,
La luna acrecentando en su carrera
La faz que antes dudosa aparecía,
Al inclemente Bóreas va ahuyentando,
Y en su favor convoca al Euro blando.

Tú la obedeces, Euro; tú regalas
Con soplos mansos el paterno Oriente;
Del vapor leve, que del Gange exhalas
Y Tigris, nubes cargas en tu frente;
Bañas en golfos esponjadas alas,
Y aplicas a los reinos de Occidente

Aun la menos dispuesta húmeda copia
Que dio en valles adustos Etiopia.

Así, aumentando su calor, despueblas
De aquel Cenit el caluroso claustro;
Aun te dilatas a usurpar las nieblas
Graves del Norte y débiles del Austro;
Son tus nubes portátiles tinieblas,
Que contribuye el Ártico, el Plaustro,
Y cuanto evaporaron mil regiones
Llevas a España en negros nubarrones.

En tal Zona reprimen el suspenso
Tropel, que el mundo les embarga el paso,
Siendo allí el fin caliginoso y denso
De la tierra y sepulcros del Ocaso:
Allí en volumen nebuloso inmenso,
Aun reconoce por distrito escaso
Todo lo etéreo, que tan arduos vuelos,
Instan, compelen a extensión los cielos.

Fuerza es ya que el gran fondo de vapores,
De preñez tanta hidrónico reviente;
Prorrumpen en diluvios los horrores,
Piélagos vuelan de licor pendiente;
Rayos la esfera vibra tronadores,
Y se apaga en aborto el surco ardiente;

Iris, que en sus matices vence, a Flora,
Colores mancha, porque golfos llora.

Las aguas surca toda fiera, y solas
Deja las selvas que a la lluvia entrega:
Con relincho el Bridón rompe las olas,
Y como el golfo el huracán le anega;
Ya el torrente a las playas españolas
De Cataluña y de Cantabria llega,
Y un mar bastardo en orlas circulares
Osa invadir legítimos dos mares.

Niebla igual lo visible ofusca y cubre;
El tiempo es todo de la noche umbría;
No algún reflejo lo oriental descubre;
Que si el Aurora nace, yace el día
Así padece desde el vario Octubre
Hasta el opuesto Abril la ausencia fría,
De Febo el Norte repitiendo llantos,
Por la usurpada luz a signos tantos.

Dios de la tempestad, padre del mundo,
Pluvias prosigue y cielos eclipsados
Y tú en los mares árbitro segundo,
No des al colmo de estas ondas vados;
No las decline líquido el profundo,
Antes los istros, ródanos y pados

Traigan aquí, rebalsen sus conductos,
Pagando a España, no a tu mar, tributos.

Nuevas arcas de humores, altas fuentes
De distancias ocurran, donde en vano
Busquen fugas, celadas y pendientes,
Si no excitan porción del Oceano:
Dioses terrenos, consentid crecientes
Contra el fuego civil e incendio humano,
La guerra en sangre ha de anegar la tierra,
Tierra, pues, falte, anegaréis la guerra.

Mas fortuna abstinente del amago,
Que turbó a César, y su queja enciende,
Da ley al viento, continencia al lago,
Y de su alumno gratitud pretende
Son los dioses lisonja, son halago
Del que ofendido aun el favor le ofende
Mal contento, aunque Júpiter decreta
Que la región serene el gran planeta.

Sombras ilustra el sol, nieblas desvía,
Con presteza de mágico exorcismo
Pierde el cóncavo nubes, cobra el día
Con luz nueva presencia de sí mismo
Busca el piélago falso incluso vía
Que lo incluya en cisternas del abismo,

Tierra, aire y fuego apartan a Neptuno,
Son ya elementos cuatro, y fueron uno.

Mengua insensible el agua, y huye a plazo
Del cerro y bosque a soterráneos huecos;
Asoma el árbol sus lamosos brazos,
Huesos de enfermos de bañados secos,
Gozan lo enjuto montes y ribazos;
En sus quiebras responden ya los ecos,
Seco el prado de Febo a los ardores,
Se viste de mil galas y colores.

Ceñido el Segre en las riberas fieles,
Que fueron en la cumbre errado timbre,
César fabrica lanchas y bateles,
Cuyo fácil contexto es sauce y mimbre
Forra lo externo de coraza y pieles,
Firmes al agua, aunque sus olas cimbren;
Éstas por leves, y de buco angostas,
Llevan el rumbo a inaccesibles costas.

Sin que el manso caudal lleno resuelva
Más copia el remo del bajel sin viento,
Distancias corre, porque al sitio vuelva
Siempre abundoso y vario de alimento;
Otros conducen de robusta selva
Hayas y encinas, que mural cimientan

En las arenas fijen, donde el brío
Quiebre el ímpetu rápido del río.

Aun recelando, si el Acuario llueve,
No redunde en torrente su licencia,
Le enflaquecen el curso, intentan lleve
Venas de humor a inusitada ausencia;
Aunque en lecho se ciñe entonces breve,
Castigan su avenida en contingencia;
Divídenle entzonductos y canales
Hondos por do desagüen sus raudales.

Cuando Afranio y Petreyo, que nocivas
Abominan del tiempo amenidades,
Porque en sus cumbres de pizarra altivas
Gozaron favorables tempestades,
Ya resuelven mudanzas fugitivas,
De liviandad acusan las deidades,
Pues su amenaza excesos mil pregonan
De César, y el defecto los perdona.

Del presidio y ciudad fue su mudanza,
Por conseguir en reinos del Ibero
Con el fuerte español firme alianza,
Grato en las paces, en las lides fiero:
César experto, que el intento alcanza,
Marcha, viendo el ejército ligero

Por el monte, que ya su falda enjuga,
Despreciar la victoria de la fuga.

Manda a su campo que del puente o vado
Huya el rodeo a la sazón tardío,
Y sus infantes por el Segre a nado
Rompan soberbio o superable el río
Sin meditarlo se arrojó el soldado
En altas olas, y con suelto brío,
Superó tanto fondo acometiendo,
Que aun le debiera amedrentar huyendo.

Cuando en la orilla contrapuesta asisten,
Las espumas hollando plateadas,
Bañados miembros de sus armas visten,
Y respiran ardor fauces heladas:
Marchan, y del alcance no desisten,
Porque a distancia breve las espadas
Hallen objeto; pero ya le alcanza
De la flecha el impulso y de la lanza.

Discorda el perseguido campo, y duda,
O bien fortificarse o tentar guerra;
Miran que a su favor con seña muda
Cerca los llama impenetrable sierra:
Cuando César veloz rompe la duda,
Y a la fragosa cumbre el paso cierra,

Ellos le buscan, y con arduos celos,
Él antepone a ligerezas vuelos.

"Partid libres, partid, clama a su gente;
Honrad la guerra, que si audaz procedo,
Nos dará aquel ejército su frente
Y venceremos al valor, no al miedo:
Restringidle a constancia de valiente,
No el triunfo me minore, salvar puedo
Mi fama, si esta vez vierte a despecho
De la espada en la fuga; sangre el pecho."

La heroica voz fue aliento al que sudante
Del precedido afán marchaba tardo,
Ya impele agilidad, vuela adelante
Del que aspiraba al montaraz resguardo:
El pie afirman con áspero talante
Dos campos, cuya paz, flecha ni dardo
Aun no remite, al viento sólo mira,
Donde allí funda el ímpetu la ira,

A distancia concurren, que segura
La atenta vista dolorosa advierte
La acción civil que a la sazón, murmura,
Porque piedades al amor despierte:
Suspira el labio en la celada obscura,
Con los sollozos pulsa el arnés fuerte;

Lágrimas bebe la coraza, en tanto
La ferrada manopla enjuga el llanto.

A la romana diestra es ya patente
Que insidia opositor pecho romano:
¡Oh cuánto más convence lo evidente
Que lo eficaz del pensamiento humano!
Ayer en el discurso era decente
Lo que en los ojos hoy es inhumano:
Bien que absorto el soldado siente y calla,
Sueño es la acción y la pasión batalla.

Petreyo, Afranio, a quien su yerro engaña,
Y el fin sospechan de la paz forzosa
Que en los dos campos goza la campaña,
Valerse eligen de la tregua ociosa,
Se ausentan ambos a adquirir de España
Nuevo socorro y fuerza belicosa:
Peligroso favor, si al conducirlo
Se destruyen sus gentes sin caudillo.

Partieron, pues, y los contrarios bandos,
Que al mirarse ya estrechan alianza,
Alternan señas de agasajos blandos,
Y se saludan con blandiente lanza:
Regida al fin de impulsos venerandos
La sangre y fe paterna se abalanza:

Ya se acometen con abiertos brazos,
Cambiando puestos, preparando abrazos.

¡Con cuánto afecto la discordia incita
A combatirse ejércitos opuestos!
La unión aquí los mismos agilita,
No con raptó menor concurren éstos,
A la fiereza la ternura imita;
juzga el que mira abandonar los puestos,
Que llevan en sus diestras prevenidas,
No amor, no abrazos, mas crueldad y heridas.

Éste y aquél al intermedio trecho
Corre, y admite al que esperó y estima;
Atrae al hijo el caro padre al pecho,
Y allí el afecto paternal le intima;
Las amistades une aplauso estrecho,
Mencionan su niñez; amor se anima
Con memorias y prendas no pequeñas,
Que estudios citan y concuerdan señas.

La admiración aparta al extranjero,
Pero el romano ya indistinto honora
A quien la vida le impugnó severo;
Discúlpase el error, la verdad llora;
Presentan limpio el corte del acero;
Bien que a este mismo la intención desdora,

Y obliga a los recelos que hoy lastimen,
 Más que un tiempo, los ímpetus del crimen.

Dime, rústico vulgo, ¿qué temores
 Hoy lloras en la acción que tú fomentas?
 No la aborrezcas, ni superfluo llores,
 Pues tú lo mismo aborrecido inventas:
 Tú de la trompa esfuerzas los clamores,
 Con tu sangre tus armas alimentas;
 Huye, pues, la bandera, y si tremola,
 Luche y milite con los vientos sola.

No insignias obedezcas, no metales,
 No imperio falso, no insidioso ruego;
 Darás a los rebeldes generales
 Lección forzosa de aprender sosiego:
 ¡Oh principio inmortal de los mortales!
 Salud del mundo, a tu asistencia ruego;
 Pues las gentes moderas y los orbes,
 Que estos principios de su paz no estorbes.

Mas ¡ay!, que con torpeza repetida
 Prometen más traición tantas lealtades,
 Fraternal brazo esconde atroz herida,
 Si hoy ejerce benévolas piedades;
 Antes de la concordia establecida,
 Colocaron pretexto las crueldades,

Ya las agrava la amistad, y en esa
La venia expira, la disculpa cesa.

Concede, pues, la disensión latina,
No en tersas tablas, en el tronco basto
Alegre sirve; y en la tosca encina
Pródigo más que regalado el pasto
Rudo corcho, no taza cristalina,
Ministra el bacanal difuso gasto,
La noche se destierra en altos fuegos,
La guerra en ocios, la discordia en juegos.

Ya confieren hazañas, cuál pondera
Las propias temerario a quien le escucha;
Cuál denota en lo activo que exagera
Lidiar, luchar, no referir la lucha;
Cuál se prefiere, aunque la voz modera,
Con acción poca y arrogancia mucha:
Ya discordan y estrechan encontrados
Guerra de voces, sazónando agradados.

Tan divertidos los halló el Aurora
Perdiendo espacios, que su luz fue espanto:
César no duda que su fin mejora
En la extrañeza de desorden tanto;
No la amistad recusa por traidora
De los fieles ejércitos, en cuanto

Con la industria ver piensa reducido
Al repugnante y sin rigor vencido.

Consiguió en lo benigno providente
De aquellos exorables corazones,
Que por la vida y paz cambio aparente,
Le afirmasen aceptas convenciones,
De sus caudillos, y del Magno ausente,
Suplen veces, y venden las legiones
Del Imperio y ejércitos de España
A César cauto, que decente engaña.

Petreyo abrevia su infeliz jornada,
Y Afranio, de la acción torpe capaces,
Hallan sin pactos de valor cambiada
Su noble guerra en injuriosas paces;
De extranjera legión no interesada
Se valen, y las juntas y solaces
De ambas facciones rompen tan unidas
Que el hierro mismo junta las heridas.

Solos divide números, y en llantos
Gozos convierte el vulgo desatento;
Hierre descuidos, y la voz de tantos,
Que fue regalo, es furibundo acento
Cesan festejos produciendo espantos,
La confusión distingue alojamientos,

Cuando Petreyo en fervorosa llama
Voces envuelve y a los suyos clama.

"¡Oh ejemplar de insolentes devaneos,
Dice, y en alto crimen agresores,
Que a engañosas lisonjas dais trofeos,
Y armas fieles a ejércitos traidores!
Si no podéis con fuerzas y deseos
Volver al Capitolio vencedores,
Puede el noble asistir a ser vencido;
No pido que venzáis, que os venzan pido.

"Hoy nuestra gloria aun el morir la aumen-
Porque sagrados ardimientos osa; [ta,
Codiciáis vida que respire afrenta,
O la que espera eternidad lustrosa;
Ved que rogáis a César os consienta
Voluntaria opresión como dichosa;
Mirad que en toda ley son prendas viles
Vida y paz de domésticos serviles.

"Si alguna paz de esclavitud bastara
A prosperar al súbdito y cautivo,
Fácil fuera lo próspero, cesara
Con el valor su original motivo;
No se impusiera víctima en el ara
De lo inmortal por el esfuerzo altivo;

Vacara el lauro, y de milicia el arte
Fuera el inútil de los dioses Marte.

"Si elige César que su paz nos prive
De propia acción, al yugo nos convida;
Si por siervo en ejército recibe,
Su interés afianza en darnos vida:
¿Quién, pues, jamás se pacifica o vive
Sin libertad, cuya exención rendida
No es vida, no, ni es muerte, es en el hombre
última línea de dolor sin nombre?

"Que reverencie a César, ¡oh portentoso!,
Su campo con tiránicas lealtades,
Y vosotros el sacro juramento
Califiquéis traidor a las deidades,
Neguéis a Roma aun el romano aliento,
Y a su piadoso Júpiter piedades;
Ve la experiencia, en fin, monstruos que ig-
La maldad fiel, la religión traidora. [nora

"¿Quién de igual caso admiración no apren-
[de?
Pues cuando el Magno en reinos separados
Socorros Puestos conspirar pretende
Con las fuerzas de imperios coligados,
Vuestra alevosa ingratitud le vende;

Ya dos caudillos en su nombre armados,
Y el favor que os dispone, obra el castigo,
Pues dais favor y triunfo a su enemigo."

Así acumula instancias de razones,
Firmes en ademanes y semblantes;
Tal, que enciende en furor los corazones
Que la remisa paz cuidaron antes.
Vemos así los tigres y leones
Que los ímpetus quiebran y talantes
En cárcel breve, si el imperio y mano
Del hombre al trato los concilia humano.

Pero si acaso el diente airado gusta
Pasto y sangre vital gustada apenas,
Con su licor despierta la robusta
Ira y fiereza que durmió en sus venas;
La omisión tibia se restaura adusta,
Con ceño erizan frentes y melenas,
Aun al que ya les ministró el sustento
No respetan, o él mismo es su alimento.

Este vulgo y aquel ya divisible
Su amor convierte en furia provocada;
Entre sí mismo se transfiere horrible,
Rompe y huella la paz confederada;
Menos culpable aun fuera lo terrible,

Si entre las sombras la confusa espada
Errara estragos; mas luciendo abierto
El sol claro al rigor muestra el acierto.

Al cuello asalta que enlazó, y al pecho
El brazo, cuyo vínculo es destrozó,
Y de dolor sepulcro infausto el lecho,
Donde feliz se regalaba el gozo:
Gemido es bronco de mortal despecho
El que fuera de amor tierno sollozo;
La frecuencia da fuerza al golpe activo,
Siempre ofende mayor por sucesivo.

Filos traidores la concordia esgrime,
El grato parentesco insultos llora,
La cándida amistad purpúrea gime,
La fe su armiño en rosicler colora:
Su punta el arco en lo inocente imprime,
Hiere el castigo donde culpa ignora;
Aun al piadoso padre el homicida
Paga con muerte, y es la deuda vida.

César mismo, excusando las contiendas
(Aunque de todas el dolor le alcanza),
simples lealtades prosiguió en sus tiendas
Remitió al enemigo la venganza,
Y debe al cielo favorables prendas,

En la piedad que elige su templanza,
No lamente su pérdida, que en ella
Vence más que en el triunfo de Marsella.

No será más acepto a las deidades,
En la facción tesálica, ni el día
Que establezca el valor felicidades
En el pérfido mar de Alejandría;
Pues hoy que las civiles impiedades
Preceden en su agravio, él las desvía,
Y en esta guerra es crimen el trofeo,
Como el actor en ella es siempre reo.

Petreyo docto en fe del escarmiento
(Cátedra sabia que sin voz enseña)
Previno separar su alojamiento
Del cesáreo a distancia no pequeña,
Y en desvelos político su intento
Veloze movió la militar reseña,
Ausentando el ejército ligero
Por comarcas del Segre y del Ibero.

César le sigue, y marcha adonde opuesta
Breña se ofrece de aspereza inculta:
Ruda cumbre, selvática floresta,
Rota en canales que aun del cielo oculta,
Y en lo pendiente de su fimbria y cuesta

Tanto se encumbra, tuerce y dificulta,
Que sin ella el temor escuadras cierra,
No en su fragosidad cabe la guerra.

Aun así elige retirarlos dentro
Del arduo sitio el César belicoso;
Lidiar impele con valiente encuentro,
Fue el inmediato obedecer forzoso;
Y viéndolos cercados, rompe el centro
De la tierra en contorno, y labra foso,
Permíteles estancia defendida,
Que les concede habitación, no vida.

Confusos los cercados, y advertido
Su apremio en asistencia abominada,
Pues la sed les previene en lo escondido
Muerte sin gloria ni esplendor de espada,
Pidieron en sus pechos al rendido
Temor temeridad precipitada,
Que en los extremos del peligro urgente
Más que el valor es el temor valiente.

Partieron, pues, desmantelando el fuerte
Y peñascos del rústico homenaje,
A buscar, sí, pero cambiar la muerte
Con muerte igual del que la fuga ataje;
Práctico César, lo intentado advierte,

Que es frenesí con valeroso traje,
Y a sus guerreros vuelto, que feroces
Tientan las armas, informó estas voces

"No admitáis guerra, limitaros quiero,
Cuando apresuran éstos su notoria
Muerte en sus pasos, y evitar espero
Que aun su sangre nos manche la victoria,
Pues los arroja el ímpetu ligero;
Sobre mis armas bien afectan gloria,
La vida es prenda, si el furor contiene,
Que quien más la desprecia en más la vende.

"Vemos que entregan al desdén las vidas,
Deben las nuestras cautelarse en ellas:
¿Quién hará resistencia a las heridas
De adversario insensible al padecerlas?
Breves iras son éstas, que advertidas
Del escuadrón revocará sus huellas:
Esperad sólo que su acuerdo acierte
A ver y discernir qué es vida o muerte."

Obedecieron en común sosiego,
Sin proceder a la exterior trinchera;
Descendió el sol al Occidente, y luego
Subió la noche a obscurecer la esfera:
El contrario furor ya entibia el fuego,

Le espanta César, que en su paz le espera,
Y le obliga a cobrar del monte avaro
La estéril cárcel por viviente amparo.

Allí el antes feroz precipitoso
Ejecutó a equidad restituído;
Juzgó el peligro, percibió en lo ocioso
Su acuerdo, ya que en la cuestión fue olvido:
Vióse coartado del abierto foso
Por César en los valles, y ceñido
De peñasco en las breñas eminentes,
Donde jamás se derivaron fuentes.

Si en brazos de la muerte se arrojaba,
Ya la rehusa tímido en lo atento;
No hay sed que ofenda, y el temor la agrava,
Dale el discurso antelación y aumento:
Ya en la tierra profundas zanjás cava,
Por inquirir del ínfimo cimiento
La recatada fuente, el cristal vivo,
Originado de encubierto archivo.

Golpes broncos de acero y metales
Vencen tarde el peñasco y dura tierra;
Aun se ejercen alfanjes y puñales,
Y roto el corte en su labor se encierra:
Sima y taladro abierto en minerales,

Ya tan profundos laberintos yerra,
Que cotejadas hondas competencias
Fueran allí los valles eminencias.

No el siro, que monedas funde y liga
Cuando a sus minas abre íntimo poro,
Tanto excluye la luz, tanto investiga,
Por senda oscura espléndido tesoro:
Cuando el sediento, a quien el agua obliga
Que la prefiera su codicia al oro,
Sin que al sudante y áspero ejercicio
Vena responda de licor o indicio.

Padece allí naturaleza enjuta,
Carece el monte de humedad interna,
Ni esponjado terrón la oscura gruta
Baña, ni arena tosca la caverna;
Sus calidades líquidas conmuta
En seco polvo el centro, aun la moderna,
Pluvia y diluvio no escondió vapores
Con tierno fin de alimentar las flores.

Crece el dolor, pues fuera en el sosiego
Menos su apremio, y del afán
resultan Llamas; buscaron agua, alcanzan fuego,
Conspirando al favor, le dificultan;
Vida escudriñan, y en el fondo ciego

Que la esperan, o cuantos la sepultan,
Ya codician la sed, porque dilata
Su fuerza el mal, pero el remedio mata.

Por no dar causa a la bebida, evitan
Manjares y abstinencias apetece;
Así con hambre y sed se debilitan,
Y al mal preciso al voluntario crecen;
Si las selvas estériles que habitan
A persuaciones de abril florecen,
Al alba se deleita el labio frío,
Porque en vaso de flor bebe rocío.

Quien halla húmedas hojas las quebranta,
Y verdes cimas de legumbre acerba;
Luego el ferviente paladar levanta,
Al jugo escaso de estilante hierba:
Ya cual bruto se postra y se amamanta
En secas ubres de la cabra o cierva,
Que al apurarlas resultó al sediento
Rojo brebaje al cándido alimento.

Cuando las lenguas áridas tostadas
No algún verde favor silvestre esperan,
El hielo de las armas aceradas
Lamen, y un tanto el fuego refrigeran:
Así las archas bélicas y espadas,
Que contra César batallar temieran,

Vuelven contra la sed mayor guerrero
Las cuchillas y temple del acero.

Felices hoy las militares gentes
Del romano, que en límites de Eufrates
Gustaron los caudales y torrentes
Que emponzoñó en sus campos Mitridates;
Pues aunque ahora, César, en las fuentes
Todo el veneno pónico desates,
Hay quien le beba, sin que tú le escondas,
Y en él mil muertes por beber más hondas.

Tiernos despojos de las nobles ramas
Faltan, y exhala contra el viento, abierta
La extensa boca, recocidas llamas,
Que exhibe torpe la garganta yerta;
La lengua erizan ásperas escamas,
Gime la vida, de morir ya experta,
Cauteriza lo interno ardiente calma,
Y en sepulcros de fuego yace el alma.

Con suspensa ambición bebe del viento
Frescos soplos el pecho respirante,
Como para entonar mayor acento
Hincha sus pieles órgano sonante:
Del cielo inflaman el sereno intento,
Inmediato a diluvios; y el semblante

Y vista en la alta niebla a inquirir sube
Si es que humedad promete alguna nube.

Y porque la interior cálida pena
Hierva en objetos de dolor mayores,
Ved que no habitan la infecunda arena
Donde el Cancro a la Sirte infunde ardores:
No el sitio que jamás produce vena
En la Etiopia, exhausta de licores;
Mas donde miran tristes el alegre
Curso espumante del Ibero y Segre.

Ansias recrece, revalida enojos
Ver en cristales, a distancia poca,
Humor doble, tan pródigo a los ojos,
Y escaso tanto a la sedienta boca;
Primero, pues, que en débiles despojos
Su estrago oculte mísero la roca,
juzgaron menos indecente yerro
Darse rendidos a la sed que al hierro.

Así marchan a César y se entregan,
Del clarín ronco y pífanos secuaces;
Tardos proceden, y a las tiendas llegan
Con pie caduco y macilentas faces:
Las armas postran, y partidos ruegan
De más forzosas que honorosas paces;

Confuso Afranio, y de sí mismo incierto,
Pidió voz animada al valor muerto.

"Cuando fortuna, dice, adversa intente
Rendirme, ¡oh César!, a menor caudillo,
El cuello, que jamás postró la frente,
Antes que al yugo le daré al cuchillo:
Y si menos constante en lo aparente,
A tu destino vencedor le humillo,
Es porque sola tu grandeza y suerte
Puede honestar mi sujeción sin muerte.

"No dudas, César, que jamás la diestra
Dimos parcial, ni el ánimo a Pompeyo;
Pues antes de la empresa civil vuestra,
Serví a la patria, la sirvió Petreyo:
Júpiter muda la constancia nuestra,
Y al consular estado y al plebeyo
Quiere neguemos honras en abono
De que se deben al cesáreo trono.

"Debo en tu posesión constituirme;
Doyte a España, que es reino de Occidente,
Y que extiendas promete imperio firme
Con seguras espaldas al Oriente;
En premio espero que tu fe confirme
La que te da el ejército presente,

Que de antigua lealtad desobligado,
Transfiere a ti la que observó al Senado.

"Sólo pide gozar del patrio gremio,
Sin que lo impidas, ni sus armas lleves
En tu socorro; con tan fácil premio
Satisfará sus esperanzas leves:
Finge que ha sido el belicoso apremio
Mortal a mis escuadras, que no debes,
Si al victorioso campo las añades,
Con desdichas mezclar felicidades.

"Gentes vencidas son azar profano,
Son disensión, que de tu guerra excluyo,
No victoria, no triunfos de tu mano
Goce y despojos quien despojo es tuyo:
Ya se entregaron a la suerte en vano;
Así humilde pretende el ruego suyo,
Pues hoy vencidos son, que no mejores
Su estado con hacerlos vencedores."

Dijo, y el César en silencio abona,
Y admite el ruego con desdén clemente,
La resistencia bélica perdona,
Y el ocio pretendido les consiente
Apenas del acuerdo se razona
Que dio a la nueva paz forma decente,

Cuando en la sed resucitando bríos,
Mayor guerra acometen con los ríos.

En libres ondas sin presidio o muro
Se arrojan exhalando ansias fervientes,
Por epíctima simple en cristal puro
Beben salud y espíritus vivientes;
Si arena o lama en el herbaje obscuro
No suplen recetados ingredientes,
Aun la sed satisfecha lenguas mueve,
Brinda el temor y la memoria bebe.

LIBRO OCTAVO

Satisfecha la sed, se parten de España los vencidos
a la paz de sus tierras.

Vencieron las corrientes caudalosas,
Ya menores, la sed; marcharon fuego
Las escuadras tan ágiles, briosas,
Cual si bebieran con el agua fuego:
¡Oh vos, las gentes que negáis viciosas
En el bosque a las fieras el sosiego,
Como al pez en el mar y ave en el viento,
Librando en lo difícil el sustento!

Ved que el vivir no limitó su amparo
En exquisitos de la industria humana,
Pues no depende de alimento raro
Naturaleza en lo superfluo vana:
No de Falerno con aprecio caro
Licor elige de cosecha anciana;

Ni de vid noble, que celebra Europa,
El néctar oloroso en regia copa.

Sólo veréis que con el agua pura,
En las ovas manchada de estos ríos,
La dulce vida a tantos asegura,
Almas infunde, y a las almas bríos:
Con bastimento fácil, sin cultura,
Demás compuestos, o licores fríos
Vivir podrán, y en los paternos lares
Gozar sólo memorias militares.

¡Mísero el que violento y pavoroso
Aun seguirá el civil tumulto airado!
Y feliz quién recambia el belicoso
Bridón y lanza por el buey y arado,
Y se restaura al íntimo reposo
De la patria, sin armas descuidado;
Porque en la paz la diestra desarmada
Más defiende que en guerra ardiente espada.

Éstos la paz honesta, el ocio justo
Disciernen ya de la batalla acerba;
La resistida sed, ¡martirio adusto!,
juzgan no esfuerzo, vanidad proterva:
Burlan del voto ineficaz o injusto
Por la victoria, cuyo fin reserva

La suerte, y tanto del favor desdice,
Que al victorioso aun le será infelice.

Ya el campo dividido, grato al cielo,
Llega al patrio retiro, donde ufano
Le admite el viejo padre, el tierno hijuelo,
La esposa alegre, el cariñoso hermano:
En conocidas vegas rompe el suelo,
A surcos fieles encomienda el grano,
Y al alba espera, que el silencio rompa
Dulce avecilla, no soberbia trompa.

De la empresa dudosa pretendida
Remiten ya solícitos cuidados:
Son al César deudores de la vida,
Del Magno fueron con valor soldados;
Cuya amistad diversa y compartida
Se cautela sagaz contra los hados;
Éste venza o aquél, ya el vulgo ambiguo
Le obligará con el recuerdo antiguo.

No igual en el confín del macedonio
Fue la fortuna a César; fuele opuesta
En Salonique estancia que a Favonio
El seno y rocas del su puerto acuesta;
En este abrigo su legado Antonio
Las gentes rige de Brundusio, y esta

Sola parte del Adria y sus riberas
No alojan de Pompeyo las banderas.

Así el vulgo cesáreo, aunque latino,
En vano esfuerza ardides y fatigas;
No aquí, no allí fugaz abre camino
Sin encontrar falanges enemigas:
Prósperas trojes, que sagaz previno,
Carecen ya de pálidas espigas,
Que Octavio Pompeyano, en vez de mieses,
Lanzas les siembra y hórridos paveses.

Prevalecía con invicto pecho
Antonio, si la estéril hambre avara,
Nunca impedida de mural pertrecho,
Excelsos baluartes no expugnara:
De los prados en torno el breve trecho
Guarda y sus hierbas débiles prepara
A las escuadras; infeliz tributo
De inculta Pales, denegado al bruto.

De las serpientes el postrado estilo
Siguen, y su verdor pierde la vega:
Ya trincha del ayuno diente el filo
Rudas cortezas, y las mimbres siega;
Cuando por sabia industria de Basilo,
Que a oportuno socorro al puerto llega,

Tientan la fuga por el mar, que airado
Menos le temen que al terreno armado.

Bajel rústico inventan peregrino,
Sin velas, jarcias, mástiles ni entenas;
No igual faluca el griego ni latino
Dio al mar, ni pudo meditarla apenas;
Anchas cubas su artífice previno
Cerradas, y en engarces de cadenas
Consecutivo un círculo dispuso,
Que al agua imperan con el aire incluso.

Sobre las cubas tiende igual tablado,
Techo del mar, que singular supremo
Con ella se refuerza encadenado,
Y altos bordes guarnece por su extremo:
Cubierto, pues, y libre en limitado
Cercos del agua, en él se ejerce el remo,
No en lo externo, que el golpe repetido
Ni le juzga la vista ni el oído.

El bajel y su rumbo es portentoso
Al que mirando ignora quien le impela,
Pues ni descubre remo al espumoso
Mar, ni el hinchado viento ofrece vela:
Habiendo de arrojar al golfo undoso
La inusitada inculta carabela,

Su influjo aguardan, y sin lastre o quilla
La dan al agua al desnudar su orilla.

Dos las siguieron de menor grandeza,
Y en todas el ejército embarcado,
Se dilatan al mar con ligereza
En orden sucesivo y concertado:
Bastar no pudo la sagaz destreza
A esconderlos de Octavio que alojado
En mejor puerto y playa convecina
Vio los bájeles darse a la marina.

No en contrario los suyos acelera,
Que con industria recatada y tarda
A mejorar la presa cauto espera,
Y en peñascos del mar se encubre y guarda:
Parten las barcas tres de la ribera,
No maliciando la asechanza y guarda,
Que el golfo abierto a la dispuesta huída
Con pacífico engaño los convida.

Tal suele el cazador, cuándo la cierva
Las soledades no recela infieles,
Reclinarse en el bosque entre la hierba,
Y guardar preparados los lebreles,
Cuyos veloces ímpetus reserva
Hasta anudar los lazos y cordeles

De la red a los troncos, y escondido
Castiga al can si anticipó el latido.

Al insidioso piélago se entrega
El uno y otro barco asegurados
En el silencio y en la sombra ciega,
Que ya los aires turba iluminados,
Cuando el ardid contrario el paso niega;
Que amarró a dos escollos apartados
Larga cadena, aunque sus hierros graves
Dieron pasaje a las primeras naves.

Última de éstas la mayor fue presa,
Y sintiendo el oculto impedimento
Su capitán, aun la ferrada y gruesa
Amarra pretendió cortar violento:
De los escollos con aviso y presa
Llevan tirante el lazo fraudulento
Que atrae la nave, como arrastra a veces
La común red descomunales peces.

Allí cavada y mal pendiente roca,
Que al mar asombra, precipicio amaga,
Y de lo interno su caverna y boca
Hierva en la espuma de las ondas vaga:
En ésta el golfo el ímpetu revoca,
Naves y navegantes rompe y traga,

Émula de Caribdis, donde opresos
Cadáveres remolca en limpios huesos.

En tal paraje se ancoró el navío,
Donde Vulteyo el capitán los mares
Funestos mira, y estrechando el brío
Le aumentan infeliz nuevos azares:
Ya, pues, Octavio, que fingió el desvío,
Naves le acerca en lunas circulares,
Como en su playa de chalupas llena
El cántabro circunda a la ballena.

Aun con las voces hiere confundidas
Desde la alta ribera turba inmensa,
Y sin acción a defender las vidas
Los de Vulteyo emprenden la defensa;
Por una percibiendo mil heridas
Guerra prosiguen desigual suspense,
Y porque el fin tremendo se dilate
Piadosa noche separó el combate.

Vulteyo en lo nocturno, que su muerte
A veloz plazo y la de tantos vía,
Forjando en lo severo mejor suerte,
Con magnánima voz los persuadía.
"¡Oh juventud, les dice, noble y fuerte!
Morir es fuerza cuando nazca el día;

Examinemos con acuerdo sabio
Si es nuestro riesgo utilidad o agravio.

"Pues de animosos tanto pretendida
Es la muerte, pudiendo dilatarla,
Algo excelente en ella, no en la vida,
El presumir de los acentos halla;
Y si la nuestra en vano resistida
Se ha de rendir violenta a la batalla,
Ya es mayor interés con propia mano
Elegir muerte recusada en vano.

"Otros la buscan sin apremio instante,
Pero nosotros con el más preciso:
Si este caso y aquél no es semejante,
Hoy preferir el nuestro el cielo quiso.
Hoy se ilustra divino lo constante,
Cuando esperó infestarnos lo remiso,
Da honor a César un azar siniestro,
Y al vencernos Octavio, el triunfo es nuestro.

"Y no es tan corto el plazo que no admite
Esfuerzos propios cotejar y ajenos;
Ni porque se prolongue o se limite
La humana vida, el despreciarla es menos.
Aun el instante mínimo compite
Con la edad larga enánimos terrenos,

Que pagar temen al morir tributos,
Ni diferencian siglos de minutos.

"Publicidad nos mira, no la extraña
Región, ni en lo desierto es nuestra guerra;
Dalmacia, Ausonia a contemplar la hazaña
Concurre, embarazando el mar y tierra,
Y Neptuno su líquida campaña
Hace teatro en que mi nave encierra,
Porque registres, Fama, nuestros nombres
De los dioses a vista y de los hombres.

"No porque tanto ejército romano
Nos ciñe, su victoria es contingente;
Que resuelto el morir por nuestra mano
Toda mayor contravención desmiente:
Así el estruendo del concurso vano,
Bien que infamarnos clamoroso intente,
Yo en favor le interpreto, yo le causo,
No es clamor enemigo, es nuestro aplauso.

"Por la fe militar se comunican,
Blasones en lo eterno las edades:
Hoy, pues, la estrecha vida sacrifican,
César, a tu amistad nuestras lealtades,
Y si más alta acción no te dedican,
Es porque lo fatal severidades

Nos contrapone; que en mayor contienda
Quisiera amor engrandecer la ofrenda.

"Mas verá Octavio si la ausencia tuya
Nos minora el valor con sus desvíos,
O si el conflicto, cuya instancia arguya
Menos fidelidad en nuestros bríos,
Advertirá que ha sido suerte suya
No prender la cadena más navíos,
Cuando en uno la presa juzga incierta,
Y mares de su sangre en el mar vierta.

"Comenzará la guerra con la aurora,
Donde todo el furor sus fuerzas pruebe,
Y el enemigo admire vencedora
De su poder mi oposición no breve:
De nuestras muertes luego ejecutora
Propia espada será; tanto se debe
Al valor, que reprueba ser vencido
Con fuerza o paz, o con mejor partido.

"¡Suerte será que Octavio nos conceda
Y ruegue paces; estimable suerte,
Pues no hay malicia que insidiarnos pueda,
Si habiendo vida aun elegimos muerte!
Ya es ley que el pecho insuperable exceda,
Límites hoy del ejemplar más fuerte,

Para que César de infinitas diestras
Que rige aun llore que perdió las nuestras.

"Perdamos vida fabricando vida,
Que este heroico morir lo inmortal cela,
Cuando jamás tan eficiente herida
Nos leyó Marte, o práctico en su escuela:
Ya en mi sentir la empresa poseída
Goza el alma que a esfera mayor vuela;
Y si diverso el cielo me sentencia
A vivir hoy, la lloraré en clemencia.

"El mayor gozo meditado aun cede
Al que en mí la razón infundir quiso;
Prenda es ésta que sólo se concede
Al que ya abraza lo inmortal preciso
No algún viviente merecerla puede,
Y es de los dioses providente aviso;
Pues si gozaran hoy del bien que abundo,
Viviera nadie, fuera muerte el mundo."

Sus guerreros así Vulteyo inflama
A impugnar temerosos embarazos
(Temieron la inmortal primera llama
No apresurarse del morir los plazos);
Ya el ímpetu moderno luces ama,
Sus pechos amenaza con sus brazos;

Llaman al sol contra la noche umbría,
Ruegan al alba les anuncie el día.

Poco rogaron, porque ya en la esfera
Febo ilumina al Cancro, y breves horas
A la noche concede, que ligera
Se confunde en crepúsculos y auroras:
Nacida, pues, la luz, flota guerrera
Vuelve a esparcir a Octavio en sueltas proras
Contra un bajel que sus contiendas pide,
Y uno en valor lo innumerable mide.

Ya ofrece y ruega el bando de Pompeyo
Treguas y paz; y fuera suspendida
La cuestión, si dudara el de Vulteyo
Que ya no cabe en el esfuerzo vida:
Grande y remoto del sentir plebeyo
Con feliz muerte lo inmortal convida,
Si bien propone con tremendo amago
Que antes preceda el enemigo estrago.

A fierezas atenta, a ofertas sorda,
Sus combatientes distribuye estrechos
La nave en torno, y con la armada aborda,
Brotando tempestades brazo y pechos;
Siendo uniforme su valor, discorda
En competencias de espantables hechos,

Trabuco es rapto de batir murallas,
 Todo acero y compendio de batallas.

Único vaso resistió a infinitos
 Supremo, y lauros arboló triunfantes,
 Siendo sus cortos límites distintos,
 Donde se vibran rayos mil tonantes
 Vio el mar prodigios con la sangre escritos
 De los que por Octavio militantes
 Huyen tal vez, cual tímido ganado
 En quien fulmina tronador nublado.

Sintiendo ya su presunción vengada
 Los de la nave insigne, al sucesivo
 Pacto y guerras entregan acordada
 Entre sí mismos con rigor festivo:
 La arma dura depuesta y la celada,
 Vulteyo, de esta acción raro motivo,
 "¿Cuál de vosotros, clama, escuadrón fuerte
 Será conmigo cómplice en mi muerte?

"Quien me la diere sin horror ni espanto
 Crearé la espera con igual despecho",
 Dice, y el filo le dirigen cuantos
 Oyen su voz a la garganta y pecho
 La fe agradece examinada en tantos,
 Aunque al primero, compensando el hecho,

Vuelve igual muerte; y todos imitando
Su ejemplo, lidia como dos un bando.

La lucha del bajel hierve, y propaga
Muerte absoluta por lealtad fraterna;
El darla es premio, el conseguirla es paga,
Y atroces filos el amor gobierna;
Concordia enfurecida hiere y llaga,
Y no acomete en la invasión alterna
La espada al pecho, que la acción trocada,
Se arroja el pecho mismo a herir la espada.

Una sola piedad allí se ejerce,
Que es dar muerte sin golpe repetido:
No hay brazo débil que el vigor no esfuerce
Hasta que el puño junta al pecho herido:
Aun allí el hierro sus barrenos tuerce,
Dando a las almas puerto apetecido
Y a la sangre conductos y canales,
Rúbricas del valor, del mar caudales.

Mueren, y es gozo heroico de sus ojos
El enemigo, porque observa atento
La crueldad fiel, y llora sus despojos,
Que le usurpan glorioso el vencimiento:
De cuerpos colma y de licores rojos
El bajel su entablado pavimento,

Y mudo y yermo en la cuestión siniestra,
Sepulcro es ya de los que fue palestra.

Octavio, aunque ofendido de la hazaña,
Decreta que el valor premios herede,
Y al bando muerto en la concordia extraña
Entierro y pompa funeral concede;
Llegó a Pompeyo en la albanés campaña
La victoriosa voz que al dolor cede,
Porque de César la milicia envidia
La fe reconociendo con que lidia.

Fue admirable en su fábrica el navío,
Y la empresa le asalta esclarecida
Su labor, su espantoso desafío
De las memorias lo mayor olvida,
Su ejemplo exhorta que animoso el brío
No el cuello libre a la coyunda mida;
Pues sin temor a premios del combate
Siempre la muerte aseguró el rescate.

Mayor batalla en la África remota
A las cesáreas gentes fue severa:
Curio su capitán guerrera flota
De Sicilia dio al viento en su ribera,
Y regida del Euro su derrota,
Mares y costas de la Libia altera,

Y el sitio ve donde el insigne estrago
Vive en cenizas de la gran Cartago.

Yace Cartago, en su lugar se infieren
Cortos indicios de que fue y señales;
Las ciudades al fin, los reinos mueren,
Y los sepultan hierbas y arenales;
Y los humanos su altivez prefieren,
Y se desdeñan de nacer mortales;
La virtud sola eternidad prescribe,
No muere el hombre si su muerte vive.

Curio su hijo con naval armada
En Aquilaria penetró por tierra
Con sus gentes al último Bagrada,
Que vio en sus aguas esperar la guerra:
Vístese de peñascos erizada
África allí, y a la perpetua sierra,
Ilustrando de Alcides el troleo,
Otra edad la llamó reinos de Anteo.

Contempla al nuevo clima, el lugar yerto
Curio, y llevado el ánimo ambicioso
A estudios gratos y al origen cierto
Del paraje en que alberga belicoso:
Práctico habitador con labio experto
El caso expone del jayán famoso,

Que dio su nombre al sitio y a inmortales
Tiempos le dan los líbicos anales.

"La tierra, dijo, que al feroz Mimante
Produjo, y Ticio, Encélado y Briareo
(Concibiendo después nuevo gigante),
Nos dio de mayor vientre al bronco Anteo;
Fue su cuna la Libia, temió Atlante
Ser escala al furor de otro Tifeo;
Aun perturbado Júpiter se alegra
Que falte a los Titanes este Flegra."

Apenas juvenil en edad poca
Tal vigor le infundió la madre tierra,
Cibeles, que la vez que al suelo toca
Resurte insuperable a toda guerra:
Hoy su gran cueva de profunda roca
Permanece, y en esta áspera sierra
Le fueron siempre al ejercer su aliento
Las fieras diversión, luego alimento.

Simples terrones, no velludas pieles
Eran su lecho, no el silvoso herbaje;
Porque del seno rudo de Cibeles
Fuerzas cobre y esfuerzos no relaje:
Son presa de sus ímpetus noveles
Cuantos allí descuidan su viaje,

Sin que al cebarse en éstos necesite
De que el tacto materno le habilite.

La voz a Oriente y Norte se derrama
De su fiereza y rústicos ardides,
Tanto, que conducir pudo la fama
A nuestra Libia al memorando Alcides:
Aquí los dos afrontan; ya se llama
El uno y otro a formidables lides;
Ya arrojan de la espalda gigantea
Pieles de fiera, líbica y nemea.

Éste a la usanza olímpica y micena
Unge sus miembros, y las plantas funda;
Aquél se aplica a la materna arena,
Y luchador fortísimo redunda:
Rudos brazos y nervios encadena
La lucha igual, que de terrible abunda;
Son los cuellos acero en alto enhiestos,
Riscos las frentes, víbora los gestos.

Ambos creyeron superarse en vano,
Se admiran ambos al tentarse iguales;
Bien que introdujo el príncipe tebano
La estrecha lid con fuerzas no totales
Cansar presume al rústico africano,
En quien su efecto surten las señales,

Pues acelera anhélicos, y suda,
Y es ya flexible la cerviz membruda.

Crece en vigor, y el último dispensa
Alcides con tan sólida, pujante
Y tenaz mano, que mudó suspensa
La planta al enemigo ya inconstante;
Aun corrobora actividad inmensa
El preferido vencedor luchante;
Pierde ya tierra el líbico, y aquella
Misma que pierde con sus miembros sella.

Postrado el monstruo, la virtud terrena
Bebe al hijo sudores, nervios crece
En lo robusto y sangre en toda vena,
Y los músculos hincha y endurece;
Con dispensado cuerpo y fuerza ajena
En los brazos de Alcides se estremece,
Cuya prisión y vínculo deshace,
Y nuevo luchador del suelo nace.

Fue de Alcides asombro exceso tanto,
Pues rendido el jayán su esfuerzo aviva,
No las cabezas con igual espanto
Vio renacer de la serpiente Argiva:
Teme cautelas de mayor encanto
Por aversión de Juno vengativa,

Si bien ejercen vueltos a la guerra
Éste su fuerza, aquél las de la tierra.

La cerviz del gigante Hércules tienta,
En quien la industria espíritus duplica,
Mayor victoria en el vencido intenta,
Y nuevo resto de furor le aplica;
Resiste el Afro con destreza atenta,
Mil veces huella, palpa y comunica
Las arenas; y el plano tanto impele,
Que aun se gastan las fuerzas de Cíbele.

La astucia al fin reconociendo Alcides,
Que le prorroga el triunfo a eternos plazos,
"En vano, dice, ¡oh fraudulento!, pides
Vigor al suelo, que burló mis brazos:
Haré que el tacto de la tierra olvides,
Serán tu asiento mis constantes brazos,
Sobre mi pecho plantaré el trofeo,
En mí caerás, insuperable Anteo."

Dice, y suspende al bruto repugnante
En duro abrazo, que eficaz le aferra;
No a sus plantas permite que el distante
Favor materno alcancen de la tierra:
Así el opreso espíritu anhelante,
Violencia igual le excluye que le encierra,

Viendo Alcides la faz difunta y fría,
Aun tarde del terreno le confía.

La fama , pues, del líbico vencido
Dio al sitio nombre por edades ciento:
Dímosle al fin más célebre apellido,
Ainstancia del romano vencimiento;
Fue Cornelio Scipión del monstruo olvido,
Trayendo a este lugar alojamiento,
Y al Púnico asolando así la fama,
Hoy Cornelianos estos montes llama.

Aquí verás distintas las señales
Del hondo foso y angular trinchera;
Aquí venciendo a invictos Anibales,
Roma en libia triunfo la vez primera:
Tal discurso oye Curio, y forma iguales
Esperanzas del sitio en su ligera
Presunción, que en ejércitos opuestos
Obrar juzga la dicha de los puestos.

Planta soberbias tiendas y acomoda
En lugar fausto infaustos los pendones,
Y el desliz feliz desacomoda
Que allí alojó de bélicos Scipiones:
Provoca su altivez la África toda,
Y a toda opone escasos escuadrones,

Cuando los rige numerosos Varo;
Ya es tuya Libia desde Atlante a Faro.

Varo pretor, y a Roma confidente
Que honor fue ya de la nación latina,
Armas gobierna de pompeyo ausente,
Caudillo en Libia y su región domina;
Curio, esforzado, fino, providente,
Con su valor abrevia su ruina,
Que no siempre en balanzas de fortuna
Lo afortunado con lo audaz se aúna.

Armas previene Varo, medios piensa,
A quien no sólo escuadras de romanos
Siguen, pero en tropel y copia inmensa
Juba traslada el África en sus manos;
Juba, que toda Libia es su defensa,
Pues le demarca y ciñe con rodeo,
Siendo Atlántico el mar, siendo Eritreo.

Así conspiran de regiones tantas
Contra Curio los mauros y Numidas,
Los Paretonios de veloces plantas,
Y las gentes del trópico ceñidas:
El yermo Nasamón, los Garamantas
Y el Muza, cuyas flechas impelidas,
Al que amenazan, emulando al Medo,

Llevan la muerte más veloz que el miedo.

El Berónice, que sin rienda o silla
A su caballo de ensillado ajeno
Doma rebelde y rinde su mejilla
Con sólo vara, porque ignora el freno;
Vagante el Afro, que sin hierro humilla
Las fieras que recibe en propio seno,
Porque sus duras vestes y sus brazos
Suplen redes mortíferas y lazos.

No es hoy Pompeyo sólo, no el Senado
Quien al rey juba contra Curio incita,
Que de antigua ignominia estimulado
Iras guarda, venganza solicita:
Curio en Roma tal vez confederado
Con la facción que a César acredita,
Del rey Libio induciendo el vituperio,
Privarle quiso del paterno imperio.

El Africano a su discurso astuto,
Siempre el agravio acuerda padecido,
Y que le ofrece la sazón el fruto
Hoy contempla del cetro no perdido;
Ya menor en su esfuerzo diminuto,
De las contrarias quejas advertido,
Curio tan perturbado se cautela,

Que aun la fe de su ejército recela.

Son las gentes que armaron sus bajeles
Las que a Domicio, el ejemplar guerrero,
Vendieron ya, cuando a la patria infieles
Dieron a César el rendido acero:
No al segundo caudillo serán fieles
Los que vimos traidores al primero;
Hoy no pocos su campo disminuyen,
Que apadrinados de las sombras huyen.

Curio, que advierte acciones e intenciones,
Dice a sí mismo en conferencia altiva:
"Estos por César nuevos escuadrones
De la lealtad se acuerden primitiva,
Impediré que hoy truequen intenciones,
No he de esperar mudanza sucesiva:
Funde su fe el ejército en mi brío,
Y lidie en mi defensa cuanto es mío.

"No le permitiré que en ocio altere
Elección varia; túrbele la guerra:
¿Quién es aquel que batallando inquiere
Si en el centro del hecho acierta o yerra?
¿Qué le ha de avergonzar, si ofende o hiere
Cuando el rojo semblante el yelmo encierra?
No dan lugar a ensayos o balanzas

De injusto o recto las mezcladas lanzas.

"El que una vez se entrega a la batalla,
Si eligió bando, en ése persevera;
Cual luchador, si a la cuadrante valla
El pie redujo y al contrario espera,
Que aborreciendo al que en sus brazos halla,
Ni antiguo enojo ni amistad pondera."
Dice; y emprende sin mayor consulta
Guerra dichosa, que infeliz le oculta.

Fue aquella introducción y falso amparo
Prólogo impropio al trágico accidente,
Porque asaltando sus cohortes Varo,
Numeroso con ímpetu valiente,
Se embarazó en tan válido reparo,
Que al presidio anterior toca la frente;
Y se alejara más, si impedimento
No le fuera su mismo alojamiento.

Entiende Juba del vencido amigo
La adversidad, y juzga la bonanza,
Advirtiéndose el último enemigo
Y actor propio de toda la venganza:
Cautó invoca sus armas, y al castigo
De Curio aplica fraude y asechanza;
Marcha oculto con falsa estratagema,

Temiendo sólo que el contrario tema.

Precede experto un sátrapa numida
Segundo al Rey, que con violencia poca
Al victorioso ejército convida,
Y a fácil guerra su altivez provoca:
A aquél la empresa finge cometida
Juba, y el mismo de alta selva y roca
Se cubre en valle solitario, donde
Toda la Libia, que gobierna, esconde.

Así en el seco polvo o prado verde
El igneumón sagaz la inquieta cola
Ofrece al áspid, que sus iras pierde
Contra el engaño que veloz tremola:
La sierpe astuta con asalto muerde
Presto a la incauta cuando el cuello arbola;
Y matizando al cálido terreno,
Vierte su sangre, evita su veneno.

Padeció Curio no diverso engaño,
Porque supone sin doblez la ofensa
Que le amenaza, y desatento al daño,
Sigue al valor, en el temor no piensa:
Con la desierta noche en el reino extraño
Marcha a explicar la soledad suspensa;
Tal, que el Numida con la escuadra mora

Vio sus armas primero que la aurora.

No, pues, de los romanos faltó el ruego,
 Que con amor colérico le advierte
 Huya monstruos del líbico sosiego,
 Que si concibe paz produce muerte:
 A persuasivos argumentos ciego
 No le permite la altivez que acierte;
 Son del esfuerzo generosos vicios
 Hazañas reputar los precipicios.

Montes frondosos de traición preñados
 Huella, cuyo silencio le asegura:
 En tanto de los riscos y collados
 Le vio el Numida trascender la altura;
 Finge al verle temores afectados,
 Breve retiro simular procura;
 Porque al seguirle excluya la montaña
 Curio, y proceda a la inferior campaña.

Sus ardides logrando el fugitivo,
 A la vega capaz Curio descende,
 Donde sus gentes con imperio altivo,
 Como ya ocioso vencedor suspende:
 Triunfar presume cuando más cautivo,
 Pues sin derecho que el error enmiende,
 Expuesto al hierro en última pelea

Juba todo su ejército rodea.

Pasma el ítaló campo al belicoso
Ya descubierto engaño del contrario;
Hielo es su faz, no emprende el temeroso
La fuga, ni el encuentro el temerario
Curio enmudece, y tarde el animoso
Clamor incita de las trompas vario;
Aun los caballos sin formar contienda
Niegan sentido al acicate y rienda.

Que entorpecidos de la crespa sierra
Cargan el freno con cerviz pendiente,
El pecho aun giros perezosos yerra,
Las venas gastan en sudor lo ardiente
No el pie duplica estampas a la tierra,
Pulsa el ijar anhelitos frecuente,
Y el que sus pasos adelanta, alcanza
Más cerca el vuelo del venablo o lanza.

De los jinetes áfricos en tanto
Herido el duro monte en blanda arena,
Mal comporta la cumbre ímpetu tanto,
Y el hueco centro con temblor resuena;
Al árabe algazara aumenta espanto,
El herido metal fulmina y truena,
Y del trillado polvo en alta nube

La tempestad de Marte al cielo sube.

La circular montaña escuadras vierte
Sobre el romano conducido al lazo,
Y tan vencido, que en la acción la suerte
Ni contendió ni atropelló embarazo:
Redujo el plazo del vencer la muerte,
Que el breve estorbo del herir fue el plazo,
Sin dar lugar que el enemigo ofenda,
Así el acto es destrozo, no contienda.

Allí la conspirada Libia oprime
Las legiones al centro reducidas
Este arroja la lanza, aquél la oprime,
Y cerca y lejos multiplica heridas
El cerrado tropel revienta y gime
Contrarios a sí mismos y homicidas;
Aun si alguno se aparta de la junta,
Le clava al retirarse amiga punta.

Cayendo rectos dardos arrojados,
Todos se arrojan al herir felices;
Fingen sus astas árboles plantados
Que en vivos cuerpos hincan las raíces:
Con su sangre los míseros cercados
Dan a lo verde y rústico matices,
Cubriendo con sus pies y armas unidas

El desangrarse y expirar las vidas.

Así el estrago de sus mismos hechos
No goza la feroz turba africana;
No ve los golpes como lluvia estrechos,
No un lago que de sangre esparce humana,
No agonizar, no trabucar los pechos
Con muerte, que en la pérdida romana
Todo se oculta, y recto allí se mira
Igualmente el que vive y el que expira.

Hoy la furiosa vengativa espada
Te restituye, Libia, engrandecido
Triunfo en esta región, donde abrasada
Fue ya Cartago y Anibal vencido:
Gócese, pues, tu indignación vengada,
Que el nombre ausonio es menos ofendido
En los insultos con que tú le agravias,
Que en aplicarlos a civiles rabias.

De la sangrienta destrucción latina
Curio fomentador aun prevalece,
Bien que apreciando la fatal ruina
Único yace, universal padece:
Ya en furor tanto su dolor termina,
Que las flechadas puntas apetece
Con tal afecto que su pena alivia,

Dado a la muerte sin descuento en Libia.

Mueres, Curio, después que a incendio tanto
Diste vida; mas hoy la derramada
Sangre de Italia, y de la misma el llanto
Puede extinguir la llama ya excitada:
Dichosa Roma, si los dioses tanto
Su libertad celasen inviolada,
Cuanto el castigo celan y acreditan
Contra los que rebeldes la limitan.

Yaces, Curio, y en vez de monumento
Te sepultan los vientres de las fieras:
Dio ejemplo tu valor, hoy da escarmiento;
Blasón te prometiste, oprobio esperas;
Sólo te debe dedicar mi acento,
Por antigua virtud, glorias primeras
Del tiempo que admitió sagrado culto
La común paz sin el civil tumulto.

Pues nunca poseyó más defendidos
Sus ínclitos honores el derecho,
Que en cuanto respiraron aplaudidos
De tu desnuda voz o armado pecho;
Al fin leyes y fueros pervertidos
Te reclinaron a su yugo estrecho;
Que la escuela civil yerros celebra,

Virtudes vicia, rectitudes quiebra.

Así de llovedizo humor profundo
Cuando se explaya sórdido torrente,
Agregar vemos al raudal inmundo
Tersos cristales de risueña fuente.
¡Ay, cuántos fuertes que celebra el mundo
Dieran el pecho a la vulgar corriente,
Si ya el temor con poderosa instancia,
No el interés, tentara su constancia!

Turbaron tu pureza pluvias de oro,
Curio, pues depojados los germanos
Dieron a César colmos de tesoro,
E intactos él los trasladó a tus manos:
Luego aplicó tu voz nuevo decoro
Al romano feliz, no a los romanos;
Que popular y público tribuno
Te negaste al común por darte a uno.

LIBRO NONO

En Epiro se juntan los senadores que seguían a Pompeyo, y le confirman caudillo por la causa romana.

Así, en lides terrestres y navales,
Pompeyo y César con igual gobierno
Triunfos cuentan y pérdidas iguales,
Rigor, favor recíproco y alterno:
El que los faustos constituye anales,
Jano, introduce a la sazón su invierno;
Jano, que precedentes y secuaces
Casos y tiempos mira con dos faces.

Cuando en Epiro Léntulo y Márcelo,
Que deponen vacante consulado,
Singular muestra de paterno celo
Dar pretenden en último Senado;
Bien que en el macedón y albano suelo
A bélicos asuntos derramado

El número de ilustres senadores,
Ni agrega curia ni percibe honores.

Ya menor, pues, la magnitud romana
Se agregó estrecha en cóncave primero,
Donde el sitio indecente oye y profana
Su misterio conferir severo:
Fue guarda militar, no cortesana,
De atroces armas el manchado acero,
No lo modesto de honorosas paces,
Limpias segures y ligados haces.

Precedieron decretos que al plebeyo
Concurso advierten, si dudó engañado,
Que no sirve el ejército a Pompeyo,
Que el Magno es siervo del menor soldado
El destrozo de Curio, el de Vulteyo,
En África, en Dalmacia blasonado,
Mayor semblante al tribunal crecía,
Donde sublime Léntulo decía:

"Si aquel valor, conscritos senadores,
Si aquel valor traslada vuestro pecho,
De los romanos ínclitos mayores,
La Europa os fuera domicilio estrecho;
Pero los altos méritos y honores
Por sí habilitan el humilde techo,

Tanto, que suple en vez del capitolio,
Y Roma en sus ministros funda el solio.

"No a lo violento la memoria demos
De aquel trono, por César usurpado,
Sólo el ser ponderad que retenemos
Siempre igual de legítimo Senado:
Trasládenos fortuna a los extremos
Del seno austral, o al de Calixto helado,
Al de Atlante, o al índico hemisferio,
Que allá veloz nos seguirá el imperio.

"Cuando por armas y engañosa injuria
Nos venció Francia, o por contraria estrella,
Y vió a Camilo dictador la Etruria,
Allá fue Roma, y el Senado en ella:
No el trocado lugar trueca la Curia,
Su honor en todo sitio imprime y sella,
Ni aquellos simples muros autoriza
César, que nuestra ausencia tiraniza.

"De un hijo torpe al ímpetu rendida
La patria lloro, y la triunfal muralla,
Y la voz de las leyes confundida,
Del tiránico estruendo ociosa calla:
La consular estancia exposeída
De inícuos y cobardes que avasalla

Cesárea fuerza, inhábiles y vanos,
No dueños, no ministros, no romanos.

"Que éstos aquí reducen digno asiento,
Y de lealtad refuerzan alianza;
Aquí preside libre el firme aliento,
Cautiva allá la débil inconstancia,
Ya gratifican nuestro heroico intento
Los dioses hoy con belicosa instancia,
Y al tirano castigan con premisa,
Que un estrago los últimos avisa.

"Vez su escuadrón, que en lucha repugnante
Se dio muerte, que a Erinis la atribuyo;
Y el que en Libia perdió Curio arrogante,
Que es todo su Senado y favor suyo
Arbolad, pues, el águila imperante,
Que de su vuelo su constancia arguyo;
Y pues a darnos triunfos se acomoda,
Démosle abierta la esperanza toda:

"Que si en Italia el accidente aleve
Os obligó a mudanza fugitiva,
Firme suerte en Epiro os guarda y mueve
A coronar la fuga vengativa:
Ya el año que los cónsules promueve,
De esta suprema dignidad me priva;

Pero en vosotros, senadores nobles,
Poder y honor son títulos inmuebles.

"Dad, pues, grado en las armas preeminén
Al Magno vencedor por merced nueva." [te
Léntulo dijo, en cuya voz consiente
El Senado, y sus órdenes aprueba:
Caudillo elige al príncipe valiente,
Alto aplauso su nombre al cielo lleva,
A quien piden festivos y devotos
Que viva y venza clamorosos votos.

Por lealtad consiguiente a las naciones,
Que su favor otorgan belicoso,
Dispende el tribunal honras y dones,
Reconocido a un tiempo y generoso:
Premio alcanzan jonios y lacones,
Y Rodas la del ínclito coloso,
El reino memorable de Micenas,
E ilustre más la literaria Atenas.

Marsella goza preferido amparo
En la Grecia, su noble antiguo nido,
Exento ya con privilegio raro
Del censo universal contribuído
Remuneran al fuerte Diotaro,
Rey griego, y al de Armenia agradecido,

Y porque Juba en África blasona,
Le establecen de herencia la corona.

Y a ti, bárbaro joven Ptolomeo,
Que la traición al galardón previenes,
Con el diadema egipcio de Peleo
Se te permite coronar las sienes:
Hacen tus armas ensayando empleo
Contra los reinos que indebidos tienes,
Hasta que vuelvas a Pompeyo el filo,
Y allí excedas los monstruos de tu Nilo.

Ya el cónclave disuelto, la animosa
Turba en distante y militar escuela,
Con recientes ejemplos de dichosa,
Las guerras hoy que recelaba anhela
Sólo de todos Apio a la dudosa
Y común causa intervenir recela,
Sin que primero en el saber divino
Estudie providencias del destino.

A las delficas aras vuelve el paso,
Donde su efecto le denuncie oculto
Aquel dios que en oráculos escaso
Edad larga cerró su templo inculto
Excelso admite el célebre Parnaso
En duplicada cima doble culto,

En región que remotas igualmente
Sombras de Ocaso ve luces de Oriente.

A Baco y Febo el monte se dedica,
Frecuentado de incienso de tebanas,
Que una y otra deidad les comunica
Sacro furor, y las transforma insanas;
A tanta celsitud el hombro explica,
Que excepción de eminencias soberanas,
Pudo anegado en su diluvio el suelo,
Única, dividir el mar del cielo.

Sólo el délfico monte dio ribera
A la profunda inmensa amplia laguna,
Bien que del agua la espumante esfera,
Aun sepultura de sus cumbres una:
Apolo aquí su juventud primera
Dio al juego militar desde la cuna,
Cuando a preguntas Témidis honestas
Daba sola proféticas respuestas.

Aquí inexperto el flechador Febeo
Fue materna venganza de Latona,
Y el vencido Phitón gloria y trofeo,
Que su frente adornó en novel corona:
Luego entregado al adivino empleo
Consiguió templo, cuyo sitio abona,

Viendo que espira el monte en sus cimientos
Verdades mudas en locuaces vientos.

Así aquel dios permaneció intimado
En reclusiones de la peña interna,
Por intérprete equívoco del hado,
Y nuncio ambiguo de la ciencia eterna:
Si bien fue estudio o yerro disputado,
¿Cuál será el dios que en pávida caverna
Renuncie el orbe espléndido, sereno,
Por mustia cárcel de terrestre seno.?

¿Cuál espíritu en ella lo secreto
De la escondida eternidad presiente,
Su voz acreditando en el efecto
Del caso inopinado contingente?
O bien se rinda al eficaz decreto
De aquella firme inalterable mente,
O reduzca sin ley, tiempos ni días
Impensadas y libres profecías.

Aun se duda si júpiter mezclado
Con las porciones ínfimas terrenas
(De cuyo ser el mundo es animado)
Como del alma y cuerpo, en sangre y venas;
Con acento responde articulado,
Bien que en estilo inteligible apenas,

Pues siempre lo dudoso respondido
Por ley, por fe lo respetó el sentido.

Esta virtud cuando terrible incita
De proféticas vírgenes el pecho,
Con tal furor y voz las habilita,
Que aun es el aire a terminarla estrecho:
Del clamor que en el templo se limita,
Tiembla el cimiento, la muralla y techo;
Son los que Febo espíritus inflama,
Volcanes, Etnas en estruendo y llama.

Oye y responde en venerable acento
Al menos digno que a sus aras llega;
Sólo a preguntas de vicioso intento
La sabedora voz se esconde y niega:
No aquí el murmurio o vago pensamiento
Votos obliga, o conveniencias ruega;
Que el dios no atento a ofertas o a designios,
Sólo prefiere rectos vaticinios.

Éstos halla quien llega con decoro,
Y suelen éstos con informe obscuro
Regir a efectos la tristeza y lloro,
Que consigan lo próspero y seguro:
A estéril hambre su común tesoro
Ceres dispensa, abierto el aire impuro;

Saluda su infección cuando el precepto
Sigue del dios quien le entendió el concepto.

Por obediencia igual libra y destina
Las poblaciones a confín remoto:
Así el Tirio al temor de su ruina
Huyó en Fenicia el patrio terremoto;
Por su medio en el mar de Salamina
Vió Grecia a Xerjes fugitivo y roto;
Y en vano ejemplos numerar presumen
Debidas glorias a la voz del numen.

No igual defecto nuestra edad padece,
Ni mayor bien frustrarle el cielo pudo,
Después que en larga suspensión fallece
El oráculo délfico ya mudo:
A instancia de los reyes enmudece,
Porque temen se informe el pueblo rudo
De peligros repúblicos, y vedan
Que aun las deidades avisarlos puedan.

Las vírgenes al culto dedicadas
Huelgan que Febo tal silencio apruebe,
Del frenético impulso recatadas,
Que mortal sus espíritus conmueve;
Pues con la agitación del dios gravadas,
Cuando en su pecho le ministran, mueve

Tanto el cambiado ser, que no consiente
Vena pulsante o respirar viviente.

Al sitio, pues, que por decreto santo
La voz cierra al antiguo vaticinio,
Apio llega, y sagaz consigue tanto,
Que introducido obtiene su escrutinio
Joven sacerdotisa a huésped tanto
Abre el templo y renuncia su dominio;
Él a inquirir las aras le convida,
Donde ya el dios lo inusitado olvida.

Mas cuando llega cautelosa en vano
Al recelado ingreso de la oculta
Cueva, el intento divertir profano
Del guerrero pretende y dificulta.
"¿Qué exceso, dice, emprendes, ¡oh romano!?,
Que esta prisión caliginosa, inculta,
Como estancia dispuesta al horror sólo,
No es compatible el luminar de Apolo.

"A extraño mundo y clima ha conducido
Las sacras voces providencia eterna,
O cuando el templo se aterró encendido,
Macizaron cenizas la caverna,
Y éstas niegan el tránsito impedido,
Que exhale acentos de la sima interna,

O excusan por desdén las soberanas
Verdades hoy vulgarizarse humanas.

"O bien la Sibilina inmensa historia
A sucesivos tiempos basta acaso,
Y es superfluo que aumenten su memoria
Nuevos informes de accidente o caso;
O siendo al dios la punición notoria
De humanos yerros la resguarda escaso,
Porque la culpa del castigo incierta
Padezca el mal sin que el remedio advierta."

Apio atento advirtió la simulada
Copia de engaños que la griega anuncia,
Que el temor sólo de emprender la entrada
Lo contrario asegura que pronuncia
Los recelos al fin venció apremiada,
Por darse a Febo su ministra Nuncia,
En su frente enlazó cándida zona,
Y délfico laurel fue su corona.

Cubre la espalda su melena y pende
Con ella a lo inferior prolija venda;
Mueve así el paso, y el umbral suspende,
El pie excusado a la estación tremenda;
Entorpecida y pálida descende,
Y en el distrito medio de la senda,

Aunque a impulsos de Apolo y raptos miente,
No se distingue de común viviente.

Con voz fácil denuncia profecía,
En respuesta al solícito guerrero,
Falsa y grata, no aquella que envolvía
En quiebras del peñasco el dios severo:
No rasga el aire en áspera armonía,
O en clamar ronco; no el talante fiero
Abona el acto frívolo y siniestro,
Como en teatro el histrión más diestro.

La voz mansa, el furor simple afectado,
Acusan de falaz la Profetisa;
Apio advertido la denuesta airado,
Por el engaño y suspensión remisa.
"Cese, le dice, el vaticinio y hado,
Que arbitraria tu lengua nos avisa,
O advertirán tu pena liviandades,
De fingirse arrobada en las deidades.

"Baja al centro, y a Febo inspirar deja
En ti lo militar que aguarda el mundo."
Vencida, pues, la detención perpleja,
Ella veloz se abandonó al profundo:
Hielo es su labio, su murmurio queja
Del consiguiente oráculo facundo,

Hasta que el dios que en las montañas vive
Ondas del monte atónita concibe.

Si en aquel sitio se oculta agreste
Apolo, no inspirado a pecho alguno,
Lo que a tantos negó lo infundió en éste,
Coligiendo mil ímpetus en uno:
La imperfección humana en lo celeste
Purifica, y la esfuerza al oportuno
Fin, con precisa llama que le infunda
De divino operante alma segunda.

Por los espacios cóncavos la lleva
El furor que sus miembros tiraniza;
Lauros y vendas siembra el rostro, eleva
El cuello, vibra y el cabello eriza:
Los ángulos registra de la cueva,
Donde al mismo peñasco atemoriza,
Temblante el pie gobierna la cabeza,
Y en las aras y trípodes tropieza.

Su clamor truena, su mirar fulmina,
Rayos de Apolo bebe, fuego anhela,
Y en el sujeto la moción divina,
No impone sólo estímulo y espuela:
Freno acrecienta, que su voz termina,
Al tiempo que el pronóstico revela;

Pues aunque el labio a la deidad comprende,
Menos pronuncia cuanto más entiende.

Todo lo sempiterno a lo escondido
De aquella mente su concurso aplica
El esperado mundo, el precedido
Se agrega en alto epílogo, y se implica:
El número de estrellas confundido,
Y de arenas sus átomos le explica,
Y por manifestarse en voces santas,
Lucha el compendio de noticias tantas.

Como del nuestro y el contrario polo
Catálogo común vio la Cumana,
Y al fin profetizó sucinto y sólo
Lo pertinente a la porción romana,
Así aquel genio, donde imprime Apolo
Todo el volumen de la historia humana,
Apenas halla del varón latino
Hoy separado el singular destino.

Apenas Apio de su lengua aprende
Propias fortunas en distinta suma,
Ella en furores últimos se enciende,
Hierva en sus labios murmurante espuma:
Bramido rompe que en el templo asciende
Del pavimento a la techumbre suma;

Y dice en voz que las cavernas mueve
Al consultante en vaticinio breve:

"Tú la civil doméstica pelea,
Apio, no temas padecer, que ocioso
En los reinos pacíficos de Eubea,
Conseguirá tu paz largo reposo."
Nuevas noticias de la inmensa idea
Quiso informar, y el dios que generoso
La instruyó en tantos casos y batallas,
Avaro al fin la impide divulgarlas.

¡Oh sabedor de la verdad suprema,
Febo, y registro de la suerte humana!
¿Qué ley dispone que tu lengua tema
Pronosticar la destrucción romana,
El fin de Ausonia, la tragedia extrema,
De sus caudillos la inconstancia vana,
Del mundo las heridas, muertes, llantos,
Que atienden en un hora imperios tantos?

¿No han resuelto los hados por ventura
Lo efectivo del áspero decreto?
¿Dudan hoy las estrellas la futura
Bélica acción, ignórala el secreto?
¿O bien preserva su noticia obscura,
Porque no pueda divertir su efecto

Manifestada, ni a los cielos pida
Hoy la tierra piedad no merecida?

La Profetisa, pues, del templo y cueva,
Sin mitigar asombros, se retira;
Que en alma y cuerpo las fantasmas lleva
Que concibió, y a producir aspira:
Impugna al dios, ferocidad renueva,
Llamas en vez de oráculos espira,
Replicando visajes y temblores,
Furia en desmayos, y en furor temores.

El ademán es lánguido y fogoso,
Mancha en purpúreo y pálido el semblante,
Espantado no menos que espantoso,
Y el paso rige circular y errante:
Ya se rinde y se postra, aunque el furioso
Labio prorroga anhélito incesante,
Y gime con profunda última basca,
Como el golfo aun cesando la borrasca.

De la luz alta que bebió de Apolo
Se restituye a la vulgar del día;
Nieblas y olvidos del estigio polo
El espíritu délfico le envía;
Ciencias despeja de aquel seno, y sólo
Del archivo de Júpiter las fía;

Ella que ya el sereno templo adquiere,
De apremios antes padecidos muere,

Y tú sin providencias de tu muerte
Apio, engañado en la respuesta ambigua,
Te ausentas a gozar alegre suerte
Del reino euboico en la región antigua:
Su cerco espera tu ambición, advierte
Al oráculo cierto, y averigua
Su voz que anuncia a tu destierro ocioso
Reposo, sí, pero mortal reposo.

¿Cuál otro te dará Febo indignado,
Ni algún dios que abrasar mire la tierra?
¿Quién reinar puede en ocio preservado,
Cuando expira la paz y el mundo es guerra?
¿Muerte y sosiego buscas dilatado?
Porque el error falaz ya te destierra,
Donde dará a tu cuerpo el reino euboico,
Por edad larga, monumento heroico.

Muerte abrevias pacífico y guerrero,
Vida y ser dilataras por ventura;
En tanto César al ilustre ibero
Sin armas deja en posesión segura:
Las tuyas al itálico hemisiero
Traslada, y el ejército apresura,

Por dedicar al alma de Vulteyo
Aun las cenizas del mayor Pompeyo.

Pero en vario accidente el fuego hiela,
Porque si fue terror su invicto aliento
En remotas conquistas, ya recela
Ser despojo en su mismo alojamiento:
Su ejército leal, cuya tutela
Le fue constante en el mayor intento,
Hoy sin lealtad, prevaricado y vario,
Se le opone doméstico adversario.

No admira, no, que al proceder villano
Hoy tema César, y el ardor modere;
Admira, sí, que con dominio vano
A ejército no suyo libre impere;
Ya designio por arduo soberano
Sólo en sí mismo aspire, y firme espere
César, a César promovió a la altura
Que hoy usurpa, y él mismo la asegura.

No en conflicto jamás de empresa alguna
Temió, reconoció mejor la altiva
Voluble rueda y rumbos de fortuna,
En cuya cima vacilando estriba:
Ya ve, ya advierte que su espada es una,
Si de tantas su ejército le priva,

Y que sin armas al obrar felices
Es un tronco sin ramas y raíces.

En la experta obediencia estudia, y halla
Que el metal belicoso ya empuñado,
O bien el arco y lanza en la batalla
No son del general, son del soldado:
No pues el campo sus despechos calla,
O los murmura a tiempos recatado,
Cual se cautela quien lograr procura
Dudosos fines de sagaz censura.

Toda licencia y voz no temeroso
Levanta el vulgo, indócil enemigo,
Que en la culpa mayor lo numeroso
De cómplices desdeña su castigo
Unidos, pues, al crimen injurioso,
Ni al caudillo recelan por testigo,
O si el mirarle acorta la licencia,
La queja, atreven a ultrajar su ausencia.

"Permite, ¡oh César!, que tan impía guerra
Huyamos, dicen, entre injurias tantas;
Tú, que al rigor del hierro en mar y tierra
Nuestros pechos compeles y gargantas:
De la patria tu engaño nos destierra
Cuando en ella tus lauros adelantas,

Y en precio y cambio de la acción más vana
Das como vil caudal sangre romana.

"Parte nos debe Ausonia, el conquistado
Germano, el español parte recibe:
Así en reinos del orbe dilatado
De nuestras muertes tu victoria vive;
Hoy, que a sus intereses el soldado
Las victoriosas manos apercibe,
En peligro mayor nos acomodas,
Y es la guerra civil premio de todas.

"Con sacrílegas armas a tus ojos
La profanada Roma yace opresa,
Sin que nos hayan sido sus despojos
Útil descargo de la injusta empresa:
De las deidades irritando enojos
Impiedad suma nuestro error prolesa,
Sólo adquirimos entre oprobios tantos
Por la pobreza estimación de santos.

"Di en cuál conquista la ambición limitas,
Si Roma es poco, lo mayor nos muestra;
Aunque en vano las fuerzas habilitas
Que expendió en tus hazañas la edad nues-
Tú has gastado los ánimos que incitas; [tra:
Ya el pecho es hielo, y es temblor la diestra:

Dénos muerte la paz restituída,
Pues la violenta guerra nos dio vida.

"Túnica es siempre el hierro, el terrón lecho
Del doliente, que el alma hoy ciñe armada,
Y al salir ella de su albergue estrecho
Hiere impedida el yelmo o la celada;
Muera tal vez porque nació algún pecho,
Pueda algún brazo desnudar la espada,
Concédanos tu bélico destierro
Otro algún modo de morir que a hierro.

"En esperanzas libras tu largueza,
Premios que advierte la experiencia vanos;
Mas despertando al fin nuestra rudeza,
Reconoce el mayor en nuestras manos:
Éste será tu muerte, y tu cabeza
Preciosa libertad de los romanos;
Verás que asiste, no dudando el modo,
Nada en tu mano, en las ajenas todo.

"Jamás a nuestros méritos propones
Y a nuestros hechos gratitud alguna,
Porque atribuyes el valor y acciones
De tantos sólo a tu mayor fortuna:
Mira, pues, rebeladas tu legiones,
No te juzgues deidad sobre la luna;

Verás que somos el ardor, y el hielo
De tus asuntos el abismo y cielo.

"Por nuestras armas se gobierna y mueve
Tu fortuna, y te damos el destino,
Ni que obligue, ni hay razón que apruebe
Obedecerte, capitán latino:
Que el civil crimen en que insistes debe
Hoy dégradarte por ministro indino;
Ni algún respeto ya nos desigual,
Que el vicio a todos los que infesta iguala."

Así claman, y alguno más violento
Procura a César con violenta espada,
Y si consigue el presumido intento
Le debes lauros, Roma libertada:
La fe de Roma con lealtad y aliento
No pudo establecer la paz amada;
Y la traición, sin que el valor lo estorbe,
Concordar puede con discordia el orbe.

Vulgo impelido a temerario insulto,
¡Qué ardor no yerra, qué altivez no, espanta!
Pero César, que al riesgo más oculto
Y más traidor constancias adelanta,
Inalterable al púnico tumulto,
Sobre el alto peligro se levanta;

Y aunque en armas de tantos la oponía
Fortuna, su poder le desafía.

El rumor busca del concurso inquieto
Ni a los primeros ímpetus se ausenta;
Libre examina el imperial respeto,
Y el furor sumo de las iras tienta:
Pasos descuida incierto del efecto,
Y en lo sencillo lo cesáreo ostenta;
Llega armado de paz, ya merecido,
Por temer los indultos de temido.

En breve peña, que sus pies convida,
Sube, y dice al ejército, ya mudo:
"Soldado, el que feroz contra mi vida
El brazo riges y el metal desnudo;
Aquí está César, que dará a tu herida
Franco este pecho, o si indignarte pudo
Seguir mis armas, cese tu querella,
Doyte la paz, para quedar con ella.

"Y libre ya de tu presencia aleve
Ausentarás de mí la cobardía;
El cobarde por tímido se atreve,
Que en osar la traición no hay osadía:
Tuyo es el ocio en que el temor se bebe,
Deja la suerte militar que es mía;

Suelta la espada, que por uno espero
Corran mil brazos a esgrimir su acero.

"¡Oh rudos genios, que sin premio o fama
Disteis a obscura guerra ilustres hechos,
Y cuando a su dominio el mundo os llama
Envilecéis los ánimos estrechos!
Os ciega por espléndida mi llama,
No cabe mi fortuna en vuestros pechos;
Piérdala, pues, el ínfimo cobarde,
Vendrá el heroico a mejorar mi alarde.

"¿Halla Pompeyo escuadras fugitivo,
Y han de faltarle a César victorioso,
Que de su empresa el triunfo sucesivo
Pronto espera sin riesgo belicoso?
Bien hallaré soldados al recibo
Del galardón que pierde sedicioso;
Pues sin afán disfruta la esperanza
Quien del sudor ajeno el premio alcanza.

"En Roma con la plebe negligente
Quien hoy me deja me verá exaltado
Al triunfal carro, y mi escuadrón reciente
Con el honor que le cedéis de grado;
Juzgáis, torpes, que el ímpetu insolente
Vuestro es facción o altera mi cuidado,

Y que en fe de oponer fuerzas o ardides
Os debéis presumir parte en mis lides?

"Obstan lo mismo a César vuestros bríos,
Desdenes o amenazas impacientes,
Que al hondo mar si los humildes ríos
Le denegasen tributarias fuentes;
De cuyas breves ondas los desvíos
Menos disminuyeran las crecientes
De Neptuno su dios, que hoy las aumentan,
Bien que el tributo unánimes frecuentan.

"No a los dioses así vagantes vemos,
Y a lo mínimo atentos de la tierra,
Que se acuerden (inútiles extremos)
De vuestra vida o muerte en paz o guerra:
Sólo a exaltar los príncipes supremos
Ordena el cielo cuanto el orbe encierra;
Y para pocos hombres soberanos
Vive sirviente el número de humanos.

"Triunfáis con César, que en el Segre y Re-
Os hizo sombra el lauro de mi frente;[no
Pero secuaces de caudillo ajeno,
Huirá cobarde el que venció valiente;
Ved cómo olvida su valor Labieno,
Valor grande en mi guerra precedente;

Pues hoy, que sigue adúltero estandarte,
Es temeroso escándalo de Marte.

"Ni enmendaréis la culpa recusando
A Pompeyo en el ocio enorme y frío;
Pues quien de aquél se aparta y de mi bando,
Ni ahora quiere ni después ser mío;
Bien que intereso utilidades, cuando
Con él, sin él huyáis mi señorío;
Que el renovar escuadras me enriquece,
Y hay disfavor que a tiempos favorece.

"De mis hombros así depongo el cargo
Más ponderoso, que si el premio os debo
De antiguas guerras, me será descargo
De todas hoy vuestro desorden nuevo;
Piérdese al fin merecimiento largo
Por traición breve, que dichoso apruebo;
Pues ya os heredo, ni cobrarse debe
Deuda leal por acreedor aleve.

"Gozaré sólo el mundo conquistado,
Que os fuera corta paga repartido:
Huya, pues, de mi ejército el soldado
Que de cobarde me insidió atrevido;
No inficione al valiente recatado,
Y los que del insulto cometido

Fueron causa mayor, padezcan pena;
Su delito, no César, les condena.

"Aquí el torpe agresor postre obediente
El cuello al filo de metal villano,
Que con su sangre ha de pagar lo ardiente
Del tumulto y motín su inventor vano:
Vos, juventud ilustre, floreciente
Enseñanza, ejemplar del veterano,
Aquí aprended, no indóciles testigos,
A dar y recibir justos castigos. "

De la cesárea voz tembló severa
Todo escuadrón, y se rindió el culpado;
A un hombre teme un campo, y muerte espe-
Del que ni ya es caudillo ni soldado;[ra
Y juzgan que el acero mismo impera
Sin libertad del que le ciñe armado,
Y que es su voz o su intención callada
Móvil forzoso de la ajena espada.

Témenlo así; pero sagaz atento
El César reconoce esfuerzos vanos
Los suyos, si resuelve el vulgo exento
Negarle las espadas y las manos:
Excedió a su esperanza el rendimiento
De muchos, que a sí mismos inhumanos

Sus pechos le inclinaron, y con ellos,
No sólo las espadas, mas los cuellos.

Mueren éstos, y oculto se lamenta
César, que disminuye los soldados,
Profesores de empresa tan violenta,
Y en lograr su peligro interesados:
Con esta acción política y sangrienta
Rige fácil guerreros aplacados,
Funda la paz, la sedición destierra;
Pero fue paz que preparó más guerra.

Su ejército adelanta, y le encamina
A Brundusio; en solícitas jornadas
Pudo allí conducir de la vecina
Playa al puerto marítimas armadas;
Las lagunas Silpunte y Salamina
Le dan copia naval, la recatada
Leucas, la antigua Taranto, y el río
Hidro y costas del Gárgano sombrío.

Cuando en armas el puerto ve seguro
Vuelve a Roma sin ellas descuidado;
Llega, y le admite favorable el muro
Experto ya en rendirse al desarmado
De la nobleza ilustre y vulgo obscuro
Íncultas honras admitió rogado;

Ya es dictador, ya cónsul, solemniza
Faustos donde su nombre diviniza.

Desde César con títulos altivos,
Que aun pretenden los dioses inmortales
De padres de la patria, augustos, divos,
Miente el mundo virtudes imperiales;
Pacíficas insignias y nocivos
Hierros mezclaron calidad parciales,
Pues faces y segures obran juntas
Hoy con las archas de guerreras puntas.

Así el civil y militar gobierno
Une César, y obliga que prefiera
El nombre emperador, después eterno,
Que dio a lo consular nota severa;
Pues el año farsálico moderno,
Notable más la eternidad le espera
Por su batalla, que por otros vanos
Signos, aunque de cónsules romanos.

El campo marcio en proporción no usada
Le acreció tronos, le colmó de honores;
Fue la plebeya autoridad frustrada
Con sus votos e inútiles favores;
Por ceremonia simple urna cerrada
Los nombres sólo mencionó mayores

De las romanas tribus, y engañosa
Se fingió suerte la elección forzosa.

El trueno adverso y lúgubres señales
Omite sordo el augur lisonjero,
Y las aves de anuncio funerales
Falso interpreta con benigno agüero:
Desde César los cónsules anales
Vagos desisten del honor primero;
Su dignidad es nombre, es noble engaño,
Que hoy sirve sólo a distinción del año.

Aun vacaron por César las piadosas
Sacras ferias que a Júpiter albano
Últimas hizo, dedicó lustrosas,
En las tinieblas el concurso urbano:
Allí el dios las festivas y piadosas
Pompas no mereció del rito anciano,
Porque éstas piden la salud latina
Y él previene al imperio alta ruina.

LIBRO DÉCIMO

Vuelve César de Roma a Brundusio, donde asistían sus gentes de mar y tierra; de allí con los más navega a Epiro.

César, lleno de honor, al campo ausente
Se restituye, y su carrera es vuelo,
Cual tigre que dejó parto reciente
Y el robo teme del guardado hijuelo;
No abierta senda usada le consiente
(Sino la breve y áspera) el desvelo,
Que al ánimo en las armas suspendido
Ya el confín de Calabria es patria, es nido.

Entra en Brundusio temeroso, y halla
Las escuadras terrestres y navales,
Bien que resiste el puerto y la muralla
Al hielo y vientos con rigor brumales;
Supone indignidad que la batalla

Le estorben incidencias generales,
 Pues basta a César en el mar furioso
 Menos serenidad que no al dichoso.

De sus gentes el ánimo establece,
 Que ve indeciso y en el mar no experto:
 "Sabed, les dice, que el Abril carece
 De actividades y el verano incierto;
 No así el invierno válido, que ofrece
 Temporal firme al que desecha el puerto;
 El Bóreas, pues, con permanente oficio
 Aun proceloso nos será propicio.

"Darános playa en la vecina Epiro,
 Que en vuelo procuramos recto y breve,
 Sin divertirnos a diverso giro
 Donde el soplo nos obste y tardos lleve;
 Ni su borrasca temo cuando miro
 Que no hay distancia en que las iras pruebe;
 Luche para que más ligero sea
 Mi tránsito naval que su pelea.

"Y la armada enemiga pronta y diestra
 En usar de los remos a su estilo,
 No en perturbadas ondas la palestra
 Cómoda gozará, que en mar tranquilo;

No pues la instancia embaracemos nuestra,
Que es la tormenta mi seguro asilo;
Ved que amarran mi suerte favorable
Consistentes el áncora y el cable.

"Éste romped o presto alzád aquélla."
Así concluye, y le obedece a una
La chusma y flota, cuando estrella a estrella
Siembra la noche campos de la Luna:
Substituyendo al Sol su hermana bella,
Lustra de Tetis la capaz laguna,
Cuando despiden anclas de la arena
Y alzan las velas en oblicua entena.

Porque venza la proa al mar violento
Pródigos largan la siniestra escota,
Y abren los lienzos al favor del viento
Que cóncavos los hincha y los azota:
Gran distancia con recto movimiento
Borrascas vence la arrogante flota;
Pero ya no soberbio el golfo ondea,
Y sigue el Aquilón blanda marea.

Quiebra sus globos el tirante lino,
Y toda vela, que ostentó preñada,
Floja depende, olvida su camino,
Y es embarazo al mástil rebozada:

Lejos del puerto ilírico y latino,
El viento así desamparó la armada,
Y resuelto el marítimo bramido
En suspensiones de licor dormido.

Así entorpece su nevada espuma
El mar de Tracia, cuando helado y yerto
Concibe en erizada tez la bruma,
Y corre el Istro en lo inferior cubierto:
Plomo es la nave, que radiante es pluma,
Al medio curso le consagran puerto,
Y el congelado campo al carro grave
Presta el camino que negó a la nave.

Calmaron éstas a la paz nociva
Del golfo y mansa indignación del viento;
Ofende inhábil el tridente, y priva
De toda fuerza y acto al elemento
Yace en abismos la borrasca altiva,
Muere el mar y es cristal su monumento,
Que cierra, en vez de tempestades solas,
Callados centros de difuntas olas.

No con espuma crespa o riza plata
Brilla al reflejo de la Luna adverso;
Allí sin huracán las naves ata
En peligro mayor, bien que diverso;

Temen de Epiro al guerreador pirata,
Si ya en plano de las olas terso
Les induce batalla, pues no espera
Restaurarlos Calabria en su ribera.

Son bajeles indóciles tardíos,
Rígense mal del ímpetu bogante,
Hombres recelan sobre intentos fríos,
Por constancias del piélago inconstante;
De los vientos envidian desafíos,
Por los rayos anhelan del tonante,
Y exclamando a Neptuno los pilotos
Piden compense con borrasca votos.

Desconocióse amada la tormenta,
Y aborrecida, ¡oh cuánto!, la bonanza,
Lustroso el aire, y plácido amedrenta,
Ánimos enfurece la templanza:
Es martirio el descanso y se lamenta
Que al naufragio no aspire la esperanza,
Y niegue el cielo a fervorosos llantos
Aun tempestades que desechan tantos.

Tal procedió la noche, esparció el día
Luz turbulenta, cuando el torpe hielo
Pierde blandiente el golfo, y con tardía
Moción responde el perturbado cielo

Vientos el Norte súbitos envía,
Y tan apto a las naves alzan vuelo,
Que hay duda al contemplar sus movimientos,
Quién huye más, las velas o los vientos.

Con diestras jarcias que veloz previno,
Tierra alcanza la flota no estorbada;
Surge en Palestre en puerto convecino
A la del Magno preferida armada:
No algún combate se intentó marino,
Que reservaron al campal la espada;
Trazando en lo capaz formas de escuadras
Paralelas, triángulas y cuadras.

Plantaron los ejércitos sus frentes
En las vegas y término difuso
Que abrazan circular con sus corrientes
Plácido el Apso y rápido el Peluso:
Corren éstos al mar no diferentes
En caudal, pero varios en el uso;
Siempre el uno apacible se navega,
Las naves otro siempre airado anega.

César en lo solícito apremiado
Suspende guerras, pues quejoso aguarda
Nuevas armas, que Antonio recatado
Salvó en Salonas, y en Brundusio guarda;
Cuyas naves el viento y golfo airado

Cierra, y seguro al puerto aun se acobarda;
 Paz logra Epiro, porque el mar Ausonio
 Padece guerra, y la recela Antonio.

Ya César con despecho, ya con ruego
 Le obliga y llama, ya su queja escribe:
 "¡Oh tú que al mundo impides el sosiego
 Y paz que mi batalla le prescribe!
 Sacra es la causa, y a tu fe la entrego,
 No la destruyas, que en tus armas vive;
 Mira que atento a concordar lo humano
 Pide el cielo por última tu mano.

"¿Qué sirtes nos apartan, qué derrota
 Del ancho golfo atlántico desierto?
 Es tu cargo regir segura flota
 Por fácil mar, que te obedezca experto;
 No te encargo facción ardua o remota,
 A mí te llamo, y te adelanto el puerto;
 Mis tiendas buscas, no temidas playas,
 Que vengas digo, advierte, no que vayas.

"Tú ves que precedí, que el mar propicio
 Te da mi ejemplo, y cuando sus riberas
 Te ofrece, y yo en mis brazos te codicio,
 Nos huyes obstinado en tus fronteras:
 Quejas dilato y voces desperdicio

Porque a mis dichas reducirte quieras;
El viento escucha mudo, el mar compuesto,
Sólo eres tú mi inexorable opuesto.

"Rige mis armas Júpiter, no esperes,
Siendo acuerdo fatal, no obedecerlo;
Mira que a eternas providencias eres
El que sólo levanta exento el cuello:
Mal tu aspereza a mi valor prefieres,
Venzo fortunas, imposibles huello;
Suelta mis naves, que a mi norte atentas
Rendirán golfos, domarán tormentas.

"Y por último exceso juzga, Antonio,
Si es partición decente la que miro;
Hoy predominas único al Ausonio,
Y el Magno, y César, y el Senado a Epiro."
Así le acusa, y condolido el Jonio
Siente en sus playas íntimo el suspiro:
Cuando el guerrero convocado aun tarda,
Y el dolor postra al que suspenso aguarda.

Ya que a instancias y quejas contrapuesto
Antonio falta, proceder intenta
A extremos César, y del fin propuesto
Validar medios con peligro tienta;
Vuelto a invadir los piélagos, y expuesto

A ingrato cielo y noche turbulenta,
Voluntario encomienda a su cuidado
Riesgos que Antonio recusó apremiado.

De infaustas sombras desdeñando azares,
Buscarle él solo resolvió, y espera
En estrecho bajel rendir los mares
Que la flota mayor surcar temiera:
La noche sin alivios luminares,
De horrores cubre el golfo y la ribera,
Duerme el campo, y al ínfimo y pequeño
La menor suerte le mejora el sueño.

Incómoda trinchera, estancia angosta
No son desvelos al pedestre infante;
Ocupa su lugar tercera posta,
Si adormecida no, mal vigilante;
Busca César del mar la amiga costa,
Aventurado a exceso repugnante;
Pues tal peligro acometió protervo,
Que aun recelara acometerle un siervo.

Solo se elige, y sola su fortuna
De tinieblas vestida le acompaña
Por sus tiendas y postas, sin que alguna
Le sospeche, penetra la campaña:
Esta quietud que ofrecen oportuna

Le indigna, y ver que su desvelo engaña;
Culpa el descuido que apetece, y llega
Adonde el mar con las orillas juega.

A escondido peñón vaso pequeño
Descubrió atado, y a menor distancia
Reconoció de su piloto y dueño
La débil casa, aunque segura estancia;
Con frágil material náufrago leño
Sus paredes fabrica de inconstancia,
Juncos la tejen, y por vario lustre,
Enlaza su valor caña palustre.

Llega, y con riesgo de las puertas llama,
Y golpes dobla la cesárea mano;
Despierta Amiclas, que en mullida grama
Y en esponjadas ovas duerme ufano;
Deja pronto al rumor la ociosa cama,
Y sin recelo de accidente humano,
"¿Quién será, dice, el que habitar intenta
En mi choza el rigor de la tormenta?

"¿A quién la avara suerte humilla tanto,
Que de mi corto albergue necesita?"
De las cenizas desenvuelve en tanto
Cálida cuerda, cuyo fuego incita:
Da luz al huésped sin temor o espanto

Del mundo armado que en Epiro habita;
No en rotos cables y timones halla
Aptos despojos de civil batalla.

¡Oh segura defensa de la vida!
Pobreza, a quien la paz siempre enriquece,
Dáviva de los dioses no entendida
De quien n o la consiente y la agradece;
¿Dónde imprimiera César la temida
Diestra (cuando remotas estremece
Las tierras), que en lo etéreo y lo terreno
No infundiese el horror de rayo o trueno?

Afirma en el angosto umbral la planta,
Y dice: ¡Oh joven!, logre tu deseo
Premios que espera, largos adelanta
Hoy la ambición sin límite en su empleo:
Llévame en breve a la Calabria, y cuanta
Pobreza te molesta en el Egeo
Y Jonio mar fenecerá en un día:
Esto podrá la recompensa mía.

"No deberás a tu bajel estrecho
El vivir, ni en los términos de anciano
Rogarás tu alimento; informa el pecho
Con lo supremo que anhelaste humano:
Permite al hado que en humilde techo

Colme prosperidad." Así el romano
Dice y promete, que el disfraz y el traje
No le convencen a menor lenguaje.

Oye Amiclas, y el párpado agravado
Alza, y la vista arguye mal despierta;
La heroica voz no altera su cuidado,
Ni le envanece la excesiva oferta:
Mira apenas al príncipe ignorado,
Bien que le escuche, y el asunto advierta
De pasar a Calabria; este desvelo
Percibe, y con temor consulta al cielo.

"Aspectos, dice, varios y señales
Pronostican marítimo alboroto;
Fue el ocaso del sol con desiguales
Luces partidas entre el Norte y Noto:
Desdoraban su cerco occidentales
Nieblas, manchado y en sus líneas roto;
Y en su llama tan débiles desmayos,
Que atentos ojos afirmé en sus rayos.

"La luna en semicírculo sangriento
Nació de nubes pálidas confusa;
Su color amenaza lluvia y viento,
Con deslucida extremidad y obtusa;
Sus riberas el mar con más violento

Golpe combate; sus errores usa
 Libre el delfín, que las tormentas aman;
 Los aires silban, las florestas braman.

"Aun recela bañar la enjuta pluma
 Marino el cuervo; la infeliz corneja
 Vi en los márgenes hoy morder la espuma,
 E inferí destemplanzas de su queja:
 La garza a más volar la esfera suma
 Toca, y las cumbres por abismos deja;
 Vientos, planetas, aves, ondas, breñas
 Muestran borrascas tantas como señas.

"Mas por tu causa al fin mi navecilla
 Daré al peligro que temido empieza;
 De no alcanzar la procurada orilla
 Culparemos al mar, no a mi pereza."
 Así obedece, y aliviar la quilla
 Tienta en el fondo con veloz destreza;
 Libra el bajel boyante, alza la vela,
 Zarpa en las costas, en las ondas vuela.

Tal lleva a César; mas del puerto apenas
 Se aparta espacios, cuando encrespan luego
 Aspereza entrañable las arenas,
 Desde su centro promovidas ciego
 Si con valientes mástiles y entenas

Fue el vaso imperio de la mar, ya es juego,
Ya es blanco a toda nube ardiente y roja,
Que en cielo tronador rayos arroja.

En lo etéreo no sólo vibra el viento
Surcos fogosos de tronante llama;
Pero avisa que roto el firmamento,
De estrellas sobre el mar lluvias derrama:
Hierva espumoso y alto el elemento,
Eriza globos, turbulencias brama,
Aun incierto si debe su alboroto
Al Euro, al Cierzo, al África o al Noto.

Vuelto a César el cauto marinero,
Le dice: "Ya tu vista experimenta
Del ancho golfo el ímpetu primero,
No le examines si en furor se aumenta:
De su bramido rapto y bronco infiero
Que sólo Bóreas preparó tormenta;
Unido el aire al Austro la atribuye,
Bien que la nao de todos vientos huye.

"Con vaivén corre, tan errado e incierto,
Que no hay genio o timón para regilla;
Ni entera ha de llegar, y en salvo al puerto,
Ni aun por naufragio su menor astilla;
Este miedo redundo en nuestro acierto,

Si de la calabrés distante orilla
Retiras la intención, y en breve giro
Al dejado confín vuelves de Epiro.

"No intentemos del mar otra esperanza
Que no esperar efecto en lo intentadd."
César, que siempre armó la confianza
Contra amenazas últimas del hado,
"Mi naufragio, responde, es la tardanza;
Larga velas en contra al golfo airado,
Combate su altivez, sus fuerzas doma,
Y si te niegan puerto, en mí le toma.

"Justo pavor te ocupa, en cuanto ignoras
A quién hospeda tu bajel; pues sabe
Que le será en las ondas bramadoras
Liviana agilidad mi peso grave;
Las deidades marítimas que adoras
Me reconocen hoy dios de la nave:
Soy César; ya mi nombre es su tutela,
Mi voz rige el timón, pulsa la vela.

"Por este solo vaso la importuna
Lucha del mar me deberá sosiego
Y blanda paz; ya sabe mi fortuna
Que tarda su favor si espera al ruego:
No padecemos, no, borrasca alguna;

El aire la padece, el agua, el fuego:
Suya es la guerra, no la temas; deja
Gemir al mar, no usurpes tú su queja.

"Usen los vientos su veloz suspiro,
Dales abierto el lienzo, y como huya
Donde no esperes retirarme a Epiro,
No dudaré que la Calabria es tuya:
Juzgas airado a Jove, no me admiro;
Pero no es ira, confidencia es suya,
Que a humanas y celestes demasías
Da fuerzas, viendo en parangón las mías."

Dijera más; pero el repente asalto
Le embaraza, que el viento, que la vela
Rasga y sus cuerdas rompe, y en el alto
Mástil con lienzos tremolantes vuela;
El barco gira en movimientos, falto
De gobierno; y a un tiempo ya revela
El mundo en su marítimo teatro
Luchantes soplos de regiones cuatro.

El primero en las playas españolas
Te elevas, Cauro, y con error volante
Bufando estruendos, piélagos tremolas,
Y a Epiro llevas cuanto inunda Atlante.
Bóreas te sigue y rompe, y de las olas

Que fuiste dueño, es árbitro arrogante;
 Ellas conciben rumbos tan violentos,
 Que pueden batallar aun sin los vientos.

Nuevo guerrero el Euro al circo llega,
 Pluvioso el Noto a la cuestión descende,
 Soplan los clímas, y en el mar se entrega
 De impulsos lucha que neutral contiene;
 Así el balance de sus fluerzas niega
 Que se venzan, y el mar perplejo pende
 Espacios cortos, ya gobierna el uno,
 Ya el otro en reinos que usurpó a Neptuno.

Éste arrebatá y lleva con rodeo
 Las ondas del tirreno mar y ausonio,
 Y las vierte y confunde en el Egeo;
 Aquél traslada sobre el Adria al Jonio;
 Y en cuantas cumbres ensalzó trofeo
 Del calabrés confin y el rnacedonio,
 Tetis variando ciuias y lugares,
 Que hospedan golfos, ignorando mares.

Del piélago remoto más profundo,
 En carreras marítimas y saltos,
 Ondas borbollan, escalando al mundo,
 Cerúlea hueste en líquidos asaltos:
 Júpiter a inferior globo segundo

Desciende, excluye sus imperios altos,
Y alternando la acción del reino ardiente,
Priva al hermano y rige su tridente.

Transporta fondos a ribera extraña,
Playas y puertos de su sitio ausenta,
Porciones hurta al páramo y campaña,
Y al reino undoso términos aumenta:
Con humor cresco las estrellas baña,
Piélagos en los vientos aposenta,
Todo el aire es borrasca, y tan sombría,
Que al sol rindiera y sepultara el día.

Sin deberse a la noche, es noche aquella
Que en aulas del abismo aprendió horrores;
No cae lluvia, que el mar sube por ella,
Y altos mezclan confines y licores:
Del rayo no se ve surco o centella;
Y excusando temor crece terrores,
Resuena oculto, o ya por él resuena
Olimpo, y suelto de sus ejes truena.

La nave que a los dos ligera lleva,
Tanto los alza en olas circulares,
Que habitantes ya de región nueva,
Se juzgan libres de cruzar los mares;
Ya los derriba más que los eleva,

Y del averno les presenta azares;
Los cielos, los abismos se rebelan,
Las nubes nadan y las ondas vuelan.

En los centros que el golfo desocupa,
Divorcia las arenas, y suspende
Tanto el humor que las desnuda y chupa,
Que el mar todo en pirámides depende;
En cuyas cimas corvas la chalupa
Añadir signo al firmamento emprende,
Y es luego tan profundo su horizonte,
Que se recela barca de Aqueronte.

Las frenéticas ondas con su encuentro
Le son propicias; que si ya al fracaso
Una le inclina por llevarla al centro,
Llega la opuesta y endereza el vaso:
Todos los vientos reconoce, y dentro
De sus discordias prevalece acaso;
Al fin, guiada de los vientos mismos,
Con estrellas comercia y con abismos.

Hasta allí César con semblante ledo
Desdeñó la borrasca y su porfía;
Aun su ejemplo en Amiclas venció el miedo,
Que César infundir pudo osadía;
Pero ya su desdén frisa en denuedo,

Contra el Tonante acusa rebeldía,
Creyendo ser obstinación tan fuerte
Aparato en que el cielo obra su muerte.

Así a los dioses habla: "¡Oh, cuánto os cues-
César! ¡Oh, cuánto mi morir se estima! [ta
Que la unión de elementos descompuesta,
Y orbes celestes me arrojáis encima.
Cuando imperioso mi descuido en esta
Frágil tabla, ni el mar me desanima,
Ni el furor vuestro, pues feliz consiento
Que mi muerte engrandezca al elemento.

"Sitio más apto fuera la campaña
A mi esfuerzo, aunque toda muerte abona;
Que si bien la suprema última hazaña
Me usurpáis, y del mundo la corona,
No moriré vulgar; Germanía, España
Me ilustra, y la del Plaustro helada zona,
Y cuantas gentes hoy postrando el brío
Su valor fundan en rendirse al mío.

"Sin ver mi acero, aun de mis ecos huye
Vencida la ciudad invicta al mundo,
Mayor me elige quien al Magno excluye,
Al sumo vencedor hice segundo;
Tanto blasón ni lo mortal lo incluye,

Ni le basta sepulcro el mar profundo,
 Pues humilló de su mayor grandeza
 A mis pies Roma la imperial cabeza.

"Aunque en borrascas lóbregas oculto,
 Cónsul y dictador sin pompas muero,
 No envidio o pido a mis cenizas culto,
 Honra mayor en el deslustre espero
 Gozoso en lo desierto me sepulto,
 Porque ignorantes de mi fin severo
 En la región vecina, o ya en la extrema,
 Siempre el orbe me busque, espere o tema."

Dice; y desiste en el bajel pequeño
 Y en su gran pecho de esperanza alguna,
 Que cabe más peligro en menor leño,
 Y en mérito mayor menos fortuna;
 Cuando los mares, erizando el ceño,
 Inmensa empinan de sus ondas una,
 Cuya amenaza es última zozobra
 Que en imagen de horror favores obra.

¡Oh admiración, que el estupendo embate
 La nao alzando sin tírrión o entena
 (Que ya en Calabria el viento la combate)
 Asaso y tarde la arrojó en su arena!
 Del mar de Italia con feliz rescate

César la extremidad toca terrena,
Donde a vista del golfo y su batalla
Glorias perdidas y esperanzas halla.

Yace el bajel en las arenas roto,
Y del mar triunfadores sus despojos;
Pisa la orilla atónito el piloto
Incrédulo a evidencias de sus ojos:
César no explica voz ni ofrece voto;
Venció peligros y aun dilata enojos
Contra la suerte procelosa y leve,
Así al amigo puerto el paso mueve.

No, pues, se engañan hoy con su venida
Los que aloja Brundusio en monte y vega,
Como ya los de Epiro a la partida;
Partió nocturno y con el alba llega:
Venle las centinelas, y esparcida
La voz el derramado campo agrega,
A quien permite quejas de amorosa
Lealtad, cuanto segura, licenciosa.

Dicen con llanto: "¡Oh condición más fiera
Que el mar soberbio, pues la insania suya
Te perdona la muerte, y más severa
Tú nos la das con intentar la tuya!
Tú eres la vida en que la nuestra espera;

No así arbitrario tu furor destruya
Vida tan general, que al mar profundo
Darla no puedes sin quitarla al mundo.

"¿Ninguno mereció de tus soldados
Morir contigo cuando el mar surcabas,
Que estuvimos, ¡oh crimen!, entregados
Al sueño cuando tú a las ondas bravas?
Los infelices, y al dolor postrados,
Buscan la muerte aun con horror; tú agravas
El yerro con exceso, pues tu ejemplo
De todo lo dichoso es timbre, es templo.

"¿Por qué trabajas a los dioses tanto,
Que han forcejado más con la fortuna
En librarte del piélago, que en cuanto
Los puede embarazar conquista alguna?
A buscar la adopción del cielo santo,
Pues te sublima al cerco de la luna
Para monarca universal glorioso,
Y quieres más ser náufrago dichoso."

Así le acusan con lamento y ceño,
Y él en tanto benévolo y templado
Al áspero ademán vuelve risueño,
Y la disculpa blanda al cargo airado:
Ya la sombra, el silencio, el grato sueño

Huyen la abierta luz; ya el sol dorado
Nubes rompe con armas luminares,
Despide vientos y acaricia mares.

Antonio su descargo solicita,
Porque las naves suspendió en el puerto;
Golfos alega indómitos, y cita
A César mismo en la borrasca experto
Éste en el fiel Amiclas ya acredita
Dignas promesas con el premio cierto;
Y logra el joven de riquezas dueño
Las que en lisonja aun le negara el sueño.

Ya, pues, reconociendo el mar cansado
De tempestad y furia el hazañoso
Caudillo no difiere lo intentado
Que aun prosiguiera el golfo proceloso:
Su flota encarga al Bóreas desarmado,
Que la rige veloz, no impetuoso;
Y ella navega dedicada a Epiro
Con mar de plata y cielo de zafiro.

A distancias en orden compartida
E indivisa discurre por los mares,
Como por la campaña marcha unida
Dócil copia de escuadras militares:
Refuerza el viento, y cuando la teñida

Noche los rayos escondió solares,
Los bajeles se apartan, que en la obscura
Derrota es más la división segura.

De las pródidas aves así el bando
Que los hielos presiente boreales,
El vuelo rige unánime, formando
Líneas y letras, cercos y señales;
Pero si encuentra el Áfrico soplando
Los caracteres rompe casuales,
Turban la unión, y el viento las desvía
Cuanto permite la región vacía.

Nace la luz, y la esparcida armada
Agrega el rumbo, la unidad consigue,
Y en los soplos del Ártico fiada,
La recta línea que surcó prosigue;
Busca el puerto de Liso, y estorbada
Del pompeyano, que la asalta y sigue,
Veloz se alarga a convecina tierra,
Y en abrigo mejor anclas aferra.

Pompeyo, que en Epiro ve presente
Todo el poder del adversario, y halla
Que ya el cesáreo orgullo no consiente
Respetos que suspenda la batalla,
Otra de amor igual pondera y siente,

Y remitir previene a la muralla
De Mitilene en Lesbos defendida
A Cornelia, que es centro de su vida.

No militares, hoy tiernos enojos
Usa amor, que dos almas nobles prenda,
Porque a la causa amante abre los ojos,
Y al interés de la civil los venda;
Y el que a instancias de estragos y despojos
Ha expuesto el mundo en absoluta ofrenda,
Por la consorte fiel juzga segundo
Riesgo y recelo pertinente al mundo.

Halla en Cornelia merecido asiento
La adulación, lo idólatra se abona,
La verdad funda en la virtud su aumento,
En años breves el valor blasona:
Varonil crece el femenino talento,
Lo noble de sus obras se corona
Tantos méritos hoy, alivios tantos
Son a Pompeyo lástimas y llantos.

¡Ay, cuántas veces persuadirla quiere
Su destierro, y la voz huye cobarde!
El blando afecto al bélico prefiere,
Porque el amor respire y Marte aguarde
Así a la guerra términos difiere,

Y al último fatal se entrega tarde;
Llegó la noche precedente al día
Que el preciso divorcio prometía.

En batallas de honor tristezas llora
Pompeyo, y de la lucha es campo el lecho;
Cornelia, aun recelando el mal que ignora,
Tienta sagaz del Magno el rostro y pecho;
Lágrimas siente, con silencio honora
La causa, y teme no averigüe el hecho,
Cuando en voz dolorosa el infelice
Consorte y fiel amante así le dice:

"¡Oh dulce alivio! ¡Oh prenda más amada,
No que esta vida lamentable mía,
Que la próspera sí, que la envidiada,
Gloriosa, invicta, que gocé algún día!
Con apremios solícitos airada
Mi resistida guerra nos desvía,
Y sólo por tu amor, que en mí es primero,
Los títulos deslustro de guerrero.

"Dispongo, pues, que el riesgo amenazado
Huyas oculta en Lesbos; no tu ruego
Me opongas, que yo mismo me he rogado
Y la imposible petición me niego;
Breve será la ausencia, acelerado

Vibra el dios militante el hierro y fuego;
Ya vacila del mundo el edificio,
Será veloz por grande el precipicio.

"Libre oirás mi contienda, no la veas;
No hay tierno amor que a lo severo asista;
Fiera serás, no amante, si deseas
Fijar en mi espectáculo tu vista;
Y es de crédito igual que en mis trincheras,
Hoy que el riesgo final sus plazos insta,
Cambie y confunda en mí con igual parte
Rigores Venus y regalos Marte.

"Iré a vencer, y partiré vencido
Del sentir, en tus lágrimas bañado,
Y antes de padecerla habré leído
Mi desdicha en compendio meditado.
Admite, pues, en Lesbos dividido
Sitio, si no agradable asegurado,
Donde el conflicto, si al rigor se inclina,
Sola a ti no sepulte en su ruina.

"Vive tú sola, ya que el mundo muera,
Pues cuanto exceso de accidente esquivo
Me oprima es triunfo, si reservo entera
Mi mejor parte, y en Cornelia vivo;
Y cuando adversidad menos severa

Me traiga a ti vagante, fugitivo,
¿Qué pierdo, si en el centro de mi suerte
No es compatible el padecer y el verte?"

Dice, y Cornelia es, que el pecho duro
De las dolientes voces quebrantado,
Suspira y gime con acento obscuro,
Teñida el rostro de embarazo helado.
"¡Oh tú, responde, intérprete seguro
Y efectivo en lo incierto maquinado,
Que a la viudez funesta no le dejas
Incitamento de mayores quejas!

"Tú violentas al hado que concluya
Mi muerte con mi ausencia en vario clima;
No es de César la instancia, sí la tuya
Mi fin supuesto, no fatal, me intima:
Él no obliga a que yo padezca o huya
Su rigor; más que tu favor me estima;
Él suspende mi mal, tú le codicias;
Menos temo falanges que caricias.

"Si al útil propio reducirme piensa,
Tu argumento es errado silogismo;
No hay más guarda en Cornelia ni defensa,
Si es rigor tuyo, que entregarla al mismo
Mal; tu peligro mi exención dispensa;

Cielos huyo, si habitas el abismo;
 No sea diversa en ambos la fortuna;
 La vida en ambos y la muerte es una.

"Aunque me industrie a padecer tu ausen-
 A tolerar tu falta, es arte ociosa; [cia,
 Y si alcanza el valor tanta licencia,
 Desde aquí me aborrezco valerosa
 Ni te daré en la muerte precedencia,
 Bien que distante mueras; que es forzosa
 Pensión del alma adivinar rendida
 Dolor tan vivo, que con él no hay vida.

"Y si en vez de miserias y de llantos
 Nos premia el cielo y triunfas victorioso,
 Yo sola habré de ser la que de tantos
 Última sepa que venció mi esposo.
 ¡Oh cuántas penas!, ¡oh lamentos cuántos
 Padeceré ignorándote dichoso!
 Daré al suceso alegre temor justo,
 Incrédula atención, pálido susto.

"Ni gozaré del bien cuando le crea,
 Pues César puede con disfraz mentido
 A Lesbos ocurrir, donde yo sea
 Sólo despojo y dicha del vencido.
 Allí la fama es fuerza que me vea,

Aunque pretenda mi recato olvido;
Pues no hay lugar tan yermo o tan plebeyo,
Que a la consorte esconda de Pompeyo.

"Notoriedad promete mi retiro;
Así en caso que el áspero accidente
Te obligue a fuga por contrario giro,
Pido te apartes cuanto el mar consiente;
Vendrá César a Lesbos desde Epiro,
Ni obtienes hoy con la esquivéz de ausente
Mi paz, si entonces a extranjera tierra
Me llevarás con tu presencia guerra."

Así en ternezas áspera y llorosa
Con descompuesta voz reprueba el hecho,
Sin dilatar divulgación forzosa,
Que ya desquicia el corazón del pecho:
No consiente al pesar tregua amorosa,
Huye del cuello que enlazaba estrecho;
Que si al perderse el bien se ve delante,
Ofende más que ofenderá distante.

Con igual ceño se apartó el guerrero;
Obra un alma, y en ambos se divide;
De enternecido parecía fiero,
La acción doliente a la cortés impide:
No aquel pesar doméstico severo

Con el rigor más trágico se mide;
Fueron con él consecutivos males,
En ser mayores, en sentir no iguales.

Pues cuando ya funestas opresiones
Sobrevinieron de mayor espanto,
Inexpertos del mal los corazones,
La rienda sueltan al dolor y al llanto:
Cornelia sus destierros y prisiones
Con éxtasi eficaz pondera tanto,
Que al retirarla al puerto helada y muda,
Su aspecto es pasmo, su vivir es duda.

Al bajel, que aprestado le atendía,
La entregan luego, surca el mar abierto;
Con quejas menos ásperas huía
De la Calabria un tiempo al reino incierto:
¡Oh, cuánto menos la ofendió aquel día
Perder la patria y de Brundusio el puerto!
Huyó entonces de César; hoy la excluye
Mayor crueldad, pues de Pompeyo huye.

De su destierro en Lesbos la primera
Noche intervino, y en estancia breve
Penas dilata y llantos acelera,
Que las repite en sombra el sueño leve:
Mira al consorte en ilusión ligera,

Adormecida anhela, el brazo mueve;
 Pero cuando burlada el lecho tienta,
 Errores con más ímpetu lamenta.

Crece al alma pesar, angustia al pecho,
 Del retrete el silencio y muda calma,
 Pues sobra al alma la mitad del lecho,
 Y falta al pecho la mitad del alma.
 Todo afecto es palestra, es circo estrecho,
 Donde rinde el amor guerrera palma,
 Porque el discurso en los engaños tibio
 Compone más tormento del alivio.

En el tendido lienzo aquella parte
 Reserva intacta en que buscó al esposo;
 De él tiembla carecer; huye con arte
 La persuasión de lo infeliz forzoso.
 ¡Oh mísera, que lloras ausentarte
 Del que será a tus ojos espantoso
 En la atroz muerte, y fuera más clemencia
 De tu fortuna eternizar su ausencia!

LIBRO UNDÉCIMO

César con su ejército en Epiro va contra Dirraquio:
Pompeyo antes la ocupa: levanta César un muro con
que cerca la ciudad y sus campos.

"Dividió campos lo imperial romano:
Daban ya los celestes moradores
Atenciones divinas al no humano,
íncrito par de insignes gladiadores.
No a César en asuntos soberano
Le pueden mensurar colmo de honores;
Conseguir sólo operación tan alta
El Magno puede, si poder le falta.

Con votos el rigor mueve divino,
Que en centros del peligro aun gozos halla,
Ni juzgando en abismos del destino,
Por dudosa la acción quiere dudarla:
Trompas, cajas y pífanos previno,

Que amonestan preludios de batalla,
De varias cumbres excitando acciones,
De blandir lanzas, tremolar pendones.

Decreta fácil, como riesgo leve,
El fracaso común del cerco humano;
Mas viendo que dilata, o bien no atreve
Guerras Pompeyo estimulando en vano,
Ardidoso y veloz sus gentes mueve
Por márgenes que extiende el reino albano
Sobre el mar, y con ímpetu amenaza
Sola a Dirraquio, inexpugnable plaza.

Pompeyo, que a Dirraquio el firme amparo
Y mayor cobro de sus gentes fía,
Pronto y sagaz se anticipó al reparo,
Abreviando por mar la undosa vía;
De la enriscada petra el sitio avaro,
Que a la ciudad y puerlo precedía,
Le admite fiel, y a su defensa atiende
El puesto, que sin armas se defiende.

Ni a Dirraquio murallas circulares
Guardan, ni otra labor de antigua mano;
Pues aquéllas a encuentros militares
Ceden, o el tiempo las disuelve en vano;
Naturaleza los profundos mares

Le dió por foso, y en lo excelso un llano
Que lo cercan, poblado de edificios,
Firmezas de pendientes precipicios.

De la estación en torno istmo o collado
Breve impide que en isla se remate;
Rinde allí esfuerzos lo potente armado,
Y aceros pierde el pertinaz combate:
Del tridente y borrascas pertrechado
Neptuno en vano los peñascos bate,
Que no mellados con cincel de edades
Bastan a desarmar eternidades.

Fue tardo, aunque solícito Viaje
El de César, y cuando al margen llega,
Donde advierte que exento el homenaje
Y excelso, aun a la vista asaltos niega,
Lo imposible a sus armas juzga ultraje,
Y protesta, alojado en la ancha vega,
Sin reparos rendir, monstruo de hazañas,
A Dirraquio y sus campos y montañas.

Toca en el mar la fábrica primera,
Y corre en semicírculo apartada
Hasta encontrar opuesta otra ribera,
Dejando inmensa latitud cerrada;
Dirraquio es centro a la capaz trinchera,

Cuyo cimiento y zanja matizada
Fragmentos firman de peñasco duro,
Tanto que apela de trinchera a muro.

No la cuerda regula el bronco oficio,
Permítele sin ley ancho horizonte
Los campos; donde enhiesto el edificio
Aun rayos quiebre cuanto el sol trasmonte:
Tosco el arte engrandece su artificio,
Que la tierra desgaja y trincha el monte,
Dando a labores de primor desnudas
Almas de duración en piedras rudas.

Aun los robles selváticos desdeña
César, y apenas admitió en sus minas
De antigua torre la yacente peña,
Restaurando a eminencias las ruinas:
Libres contornos de Dirraquio isleña
Aprisiona en murallas y cortinas
Tan constantes, que expulsan lo severo
De combatientes máquinas de acero.

Así tiende la cerca en tal desvío,
Que regional circunferencia incluye,
Pues la fuente que allí se engendra o río
Dentro corre, y al mar se restituye:
Espacia allí su ligereza y brío,

Suelta la fiera, y a los bosques huye
(Bosques del sitio), y gozan los sitiados
En ancha cárcel pastos y ganados.

Dentro marcha el ejército, seguro
Puede mudar distante alojamiento;
César a trechos compartió en el muro
Torres que ostentan el alzado asiento
En toda parte al ejercicio duro
Asiste, así le da su vista aumento;
Aunque visita mal la prolongada
Alta labor sin duplicar jornada.

De Tebas y de Troya el tiempo admira
Los muros hoy, que fabuloso miente,
Unos milagro de elegante lira,
Otros de Febo operación luciente:
A mayor voz Semíramis aspira
Por los que dio a Babel honor de Oriente;
Mas la de César fábrica moderna
Todas las vence por veloz y eterna.

Pues con actividad ligera, cuanta
Pide un pertrecho bélico escondido,
Muralla de tal ámbito levanta,
Que hay reino en Siria aun menos extendido,
Ni Orontes ciñe o Tigris tierra tanta;

Juntar pudiera a Sexto con Abido
Su edificio, y trocar el hondo seno
Del Helesponto en sólido terreno.

Menos frecuencia artificial pudiera
Romper el istmo de Corinto opreso,
Con dos mares ciñendo de ribera
Suelto en isla el capaz Peloponeso;
Y conseguir enmiendas que hoy no espera
Naturaleza por fealdad o exceso,
Cuanto en el hondo golfo o ya en el alto
Campo se arguye de superfluo o falto.

Pero funda en Epiro el arte infausto
Sólo un circo espantable en que aprisiona
Las víctimas que atienden holocausto
En las aras de Marte y de Belona;
Y cuando del imperio el cuerpo exhausto
Manche en su sangre el lauro y la corona,
Aun allí el bando vencedor no espera
Útil mayor que sujeción severa.

En cuanto el muro, pues, sigue labores
En línea obtusa, o curva, o recta, o cuadra,
No del bullicio el Magno oye rumores,
Aunque las peñas áspero taladra;
Tal de Sicania internos moradores,

Si hierve Scila, si Caribdis ladra,
No sienten voz, ni la interior Bretaña
Golpes del mar, aunque sus orlas baña.

Pero ya cuando en cárcel torreada
Se vio ceñir, condujo sus soldados
De la alta petra a la región cercada
Por intermedias selvas y collados;
Exterior deja la enemiga espada,
Y los muros le impide respetados,
Tanto, que siendo de la cerca autores
Los de César no fueron transgresores.

Después que de las fábricas murales
La construcción se feneció estupenda,
Nuevo accidente de impensados males
La guerra obliga que el rigor suspenda:
Con heridas y muertes castiales
Hay dardo volador tal vez que ofenda,
Si en el aire sereno o el sombrío
Juvenil brazo experimenta el brío.

Vacan las armas, el marcial ruido
De las trompas y arneses enmudece,
Por la interna opresión que dividido
Este y aquel ejército padece.
Pompeyo, que en el círculo extendido

Sus campos vio fecundos, ya carece
Del herbaje que a tantos belicosos
Caballos pudo dar pastos frondosos.

Ellos vagantes pacen el desnudo
Suelo con pecho lánguido y postrado,
Donde tenaz arranca el diente agudo
Lo que pisó soberbio el pie ferrado:
Vivo es cadáver el bridón membrudo,
Que venció lides con temblor del prado
La tierra sin brotar hierbas o frutos
Mal satisface a los hambrientos brutos.

Mortandad ve, si preparó sustento
(Tal cambio llora) el páramo y floresta;
Gozó fragancia florecido el viento,
Ya sola corrupción el aire infesta,
Ya es contagio, y engendra el elemento
En la serenidad niebla funesta,
Que a los sitiados agravante aflige,
Cuanto en su margen es vapor de Estige.

Pestes varias tributa por despojos
La dolencia, que es ya mortal costumbre;
Trémulo hierve en los preñados ojos
Un compuesto feroz de sangre y lumbre;
Vibran torpes los párpados ya rojos,

La cabeza es moviente pesadumbre,
Tan furiosa al dolor, que con asombros
Apetece arrancarse de los hombros.

Ya un leve indicio de morir es muerte,
Y al amago menor falta la vida;
De cuerpos colma el baluarte y fuerte
La insaciable en rigor parca homicida
Muertos confunde y vivos igual suerte
En estancia común no dividida;
Que al arrojarlos sólo al valle o cerro
Se juzga estorbo funeral entierro.

Tal vez fue alivio en el común tormento
Del mar avecinarse a la ribera:
Respira allí purificado el viento
Que a la infección mortífera modera;
La playa al conducido bastimento
Con favorable puerto es rnedianera;
Sólo es remedio el mar fértil y ameno;
La tierra y aire corrupción, veneno.

César, que en libertad al aire y tierra
Goza, aun allí de provisión carece,
Que avaro el campo de sus pastos cierra
La mies, que apenas en aristas crece:
Es actor César del asedio y guerra,

Y por obstinación hambre padece;
Sobra al sitiado la abundante espiga,
Y el que sitia y las niega las mendiga.

Aun el segado junco, adelfa y grama
Pace el cesáreo expugnador soldado,
Y despoja del bosque toda rama,
Ya que privó de su matiz al prado;
Inciertas plantas y legumbres ama,
Aunque el tósigo oculten disfrazado;
Pues no examina si la hierba encubre
Jugo más pestilente que salubre.

¡Oh cuántas, que jamás el cuerpo humano
Reconoció, se estrenan en sustento!
¡Cuántas raíces, que sepulta en vano
Por mortífero pasto su elemento!
Así padece, y aun contrasta ufano
Al bastecido ejército el hanibriento;
Mas ya el Magno exagera a sus legiones
La indignidad de tolerar prisiones.

Batir dispone con asalto el muro,
Y romper senda en el abierto día,
No en los rebatos del silencio obscuro,
Que aun al temor infunden osadía.
Con fe dudosa y corazón seguro

Del concebido riesgo alientos cría,
Fuerzas une, y el fin de sus hazañas
Es sólo penetrar libres campañas.

Mira la parte de la cerca expuesta
A menos resistencia en la amenaza,
Donde intrincada rústica floresta
Las armas cesarinas embaraza.
Sin mover el ejército le apresta,
Y la resuelta presunción disfraz,
Tanto, que César padeció violentos
Estragos antes que advirtiese intentos.

Las murallas asalta impetuoso
El sitiado, y ostenta de repente
El rumor de las trompas clamoroso
Y el brillar de las águilas ardientes;
Triunfa el espanto, usurpa al belicoso
Esfuerzo la victoria; alza la frente
Atónito el soldado, que seguro
Fue centinela y defensa del muro.

No el que por César guarda aquella parte
Obsta al encuentro súbito y ligero,
Allí muere, no excluye su estandarte;
Fue constante el valor, si no guerrero;
No hay contra el Magno oposición, no hay

Ya falta objeto a su arrojado acero: [Marte,
Las voladoras astas y rejonos
Hieren peñascos, troncos y terrones.

Cuando a la cerca altiva mal guardada
En antorchas arrojan fuego y brea,
Y la baten con máquina ferrada,
Tal, que a su golpe lo mural blanda;
Dio al fin paso la fábrica cerrada,
Pompeyo vencedor la señora,
Y contempla en abiertos horizontes
Vegas, campañas que anhelaba, y montes.

Mas el lugar que en posesión dichosa
Ya juzgó asegurado, y mal pudiera
Negársele la fuerza numerosa
Que le perdió, ni restaurarle espera,
Un varón solo, que portentos osa,
Le ocupa introducido por trinchera,
Y en el seguro triunfo aun dudas halla,
Guarda el roto canal, suple muralla.

Sceva romano, que en la humilde plebe
Nació, y creció admitido a los mayores
Ilustres puestos, y a sus armas debe
Independiente honor de antecesores;
Varón que a esfera inaccesible atreve

Su aliento, y de los ánimos y ardores
 Más heroicos no es copia o semejanza,
 Porque el blasón de incomparable alcanza.

Corresponde robusta su dureza
 Y nervios con el alma excelsa y fuerte:
 Así armado de fuerza y fortaleza,
 Se juzga objeto de imposible muerte.
 Respira espanto, y militar fiereza
 Huella los hados, burla de la suerte,
 Hechos que se atribuyen a su mano
 Suyos no son si caben en lo humano.

Hoy, pues, mirando en fuga temerosa
 Escuadras tuyas: "¡Oh cobardes!, clama,
 Destrucción del honor tan poderosa,
 Que insignes glorias con un acto infama;
 Cuando vuestra arrogancia belicosa,
 Que lo mayor de los peligros ama,
 Contendias huye, o redimir procura
 La vida torpe en femenil clausura.

"Tornad parte en mi dicha; ¿quién no ad
 La propicia que el cielo nos destina? [vierte
 Precio es ligero, si con sangre o muerte
 Compráis el diferir tanta ruina,
 Sólo un azar lamenta de la suerte

Hoy mi diestra en su impulso de divina,
Y es que ausente de César lidio y muero;
Pero el Magno es testigo de mi acero.

"Dad al rigor los pechos y gargantas,
Que si yace el poder, no el valor cede;
Ya César al poder de escuadras tantas
Mueve las suyas y ocurrirnos puede,
Felices, pues, nos seguirán sus plantas
Favor cierto mi guerra le concede,
Si en lucha firme, consintiendo heridas,
Mínimo espacio entretenéis las vidas."

Es ley de apremio que a la voz de Sceva
La intentada carrera se interrumpa;
No el canto así los ánimos eleva
Del pífano soriante y marcial trompa:
El guerrero magnánimo los lleva
No a impedir que la turba el paso rompa,
Sólo a mirar si alcanza el héroe fuerte
Algo mayor que tolerar la muerte.

Él sus plantas afirma y fortalece
Sobre el abierto muro vuelto el pecho;
A mil escuadras munición le ofrece
Para el combate lo mural deshecho:
Peñas fulmina, esfuerzos engrandece,

Derrama estragos, y en concurso estrecho
Alza de cuerpos cúmulo su guerra,
Y a un tiempo los cadáveres entierra.

Muerte y urna tal vez del enemigo
Es gran mármol que airado desembraza;
El contrario pavés ya es flaco abrigo,
Y menos apto el yelmo o la coraza:
Brama, examina lo feroz, consigo
Se mira, y a sí mismo se amenaza;
Si empuña lanzas con membrudo aliento,
Hierne no menos que la punta el viento.

La antorcha o fuego artificial, que asido
Vio al muro, aplica a la contraria frente;
Ojos abrasa, y pechos de esculpido
Prende el hervor bituminoso ardiente:
Luego el hierro con ímpetu regido
No compadece oposición viviente;
Miembros y muertes siembra, escuadras siega,
Y en roja lluvia al que atropella anega.

Él solo toda destrucción frecuente,
A infinitos resiste y se abalanza,
Si esgrime un hierro mil heridas cuenta,
Y a estrago numeroso un golpe alcanza:
Una espada parece que ensangrienta

Mil cuchillas, mil puntas una lanza;
Y que un pecho gigante en sus trofeos
Con mil brazos respira mil briareos.

Ya cuando a su muralla arrimar pudo
Otra igual de cadáveres suspensa,
Al plano salta con arnés y escudo,
Sólido risco a oposición inmensa:
Su anhelar ronco, su mirar ceñudo
Hieren, duplican penetrante ofensa;
De cuanto opuesto encuentro aun no estorba-
Rasga y concluye círculos la espada.[da

Sus hazañas le estorban, que la tierra
Le embaraza de estragos impedida;
Sin filo ya ni corte el hierro aferra,
Y desmiembra los cuerpos sin herida:
Todo adverso escuadrón, toda la guerra
Trabaja por el triunfo de una vida
(Digna cuestión de eternizar su nombre);
Dos lidian, un ejército y un hombre.

No perdáis leves astas y metales,
¡Oh gentes de Pompeyo!, en tal soldado;
Oponed sí las máquinas marciales,
El ballestón, el aries acerado;
Con trabucos potentes y murales

Aun su furor no cederá expugnado;
 Donde él asiste el lienzo está seguro,
 No es tan difícil por lo entero el muro.

Suelto el pavés, a abroquelar se atreve
 Con su pecho, que dobla armas de alientos:
 Lo granizante que en sus hombros llueve
 El arnés todo disipó en fragmentos:
 Así a encontrar la muerte el paso mueve,
 Y no la alcanza, aunque a la misma atentos
 Mil hierros, que admitió, su forma alteran,
 Pues erizado espín le degeneran.

Tal de inmensos aceros confundido
 Triunfa, y reserva el índico elefante
 En piel rasgada espíritu escondido,
 Sin herir punta en lo vital distante
 Movable escollo de árboles vestido
 Aun prevalece invicto y militante,
 Que de mil astas la impresión no advierte,
 Y todas no le cumplen una muerte.

Contra el varón tremendo última flecha
 Con acierto veloz de incierta aljaba
 A la visera y faz vuela derecha,
 Donde el siniestro de sus ojos clava:
 Allí se fija con herida estrecha;

Mas Sceva el asta con furor desclava,
Un orbe de su vista arranca en ella,
Y arrojada a sus pies, la arrastra y huella.

No la doliente llaga más furioso
Con encorvado brinco y dura planta
Rasga clavado del venablo el oso,
Hollando el fresno que feroz quebranta;
Donde intenta el colmillo sanguinoso
Morder el viento que su vida espanta;
Y a la insania entregado vengativa,
Busca en giros el asta fugitiva.

Con faz de sangre el hórrido guerrero
Estremece sus miembros temerario,
Cuando aumenta algazara placentero
Por la hazaña el ejército contrario;
Cual si debieran al arpón ligero
Por aquel golpe un mundo tributario
O un César muerto; él respirando apenas
Maquinaba en su muerte aun las ajenas.

Cela en lo astuto lo feroz, reporta
Tanto las iras, que el talento humilla;
Quiebra la voz, y al enemigo exhorta
Con ficción mansa de amistad sencilla.
"Romanos, dice, mi vivir se acorta,

No le puede abreviar nueva cuchilla,
Flecha o lanza, antes piden importunas
Si he de morir que me saquéis algunas.

"Demos tregua al furor ya intempestivo;
Ved que aun puedo ilustrar vuestra memoria
Si me lleváis a la presencia vivo
Del Magno, y le engrandezco la victoria.
Es útil vuestro el mismo que recibo,
Pues redundo a Pompeyo mayor gloria
Si a César desamparo prisionero,
Que si ejemplar de resistencias muero."

Creyó estas voces Alcio inadvertido,
Tendió las manos con incauto abrazo,
Por ver en ellas al varón vencido,
Y fue el abrazo de su muerte el plazo;
Que en la débil garganta el prevenido
Hierro le embebe el moribundo brazo,
Y fervoroso con la acción felice,
Sacra y última voz desfoca, y dice:

"Tal pena es digna al que juzgó postrado
Mi espíritu, y que al Magno se rendía;
Sólo adorando a César coronado
Conseguiré Pompeyo la paz mía:
Muero invicto en el más heroico estado

Que el belicoso dios darme podía;
Pues no hay como esperar caso segundo
En que midamos armas yo y el mundo."

Dice, y de César escuadrones mira,
Que al punto ocurren con veloz bandera;
La de Pompeyo indigna se retira
Perdiendo el paso y la facción primera:
Sceva faltando la batalla expira,
Que lo mortal de sus peligros era;
Ardor, en que la vida aumento adquiere,
Ya por no haber quien le dé muerte, muere.

El cesáreo poder que al sitio vino
Al de Pompeyo minoró la afrenta
De que le venza el único latino,
Sceva que yace y triunfador se ostenta:
Los suyos como a numen ya divino
Le cargan a sus hombros, y en atenta
Consulta le divulgan deidad rara
Del valor, y le votan culto y ara.

Las astas le desclavan con piadoso
Respeto sacro y muda competencia,
Y en rotas piezas el arnés precioso
Le despojan con alta reverencia:

Dénsele a Marte, que admitió ambicioso
El don y adorno por ilustre herencia;
Y con la insignia de las armas nueva
El dios sirvió de simulacro a Sceva.

El Magno, pues, en la intención frustrado
Aun la prosigue y huye el escarmiento:
Protervo más que el piélago, si airado
Contrasta escollos de inmutable asiento;
Que si bien le rebozan despreciado,
Vuelve al combate o proceloso o lento,
Si tarde en la batalla cristalina
Espera de algún risco la ruina.

Así Pompeyo contra el muro opuesto
Repite asaltos de obstinada guerra,
Y del círculo firme elige el puesto,
Que unido al golfo las campañas cierra;
Romperle pudo con asalto presto,
Que interpuso eficaz por mar y tierra,
Sin que la adversa resistencia armada
Le retardase al conseguir la entrada.

Rendido el muro con triunfal bandera,
Los que cesáreos mira, desbarata;
De los valles y campos se apodera,
Donde inmenso el ejército dilata;

La estrecha aborreció cárcel primera,
Cuanto la extensa amenidad le es grata,
Y a ninguno de tantas gentes niega
Que se esparza al collado, monte o vega.

El prado así con invernial creciente,
Que espumantes aljófares despide,
Firme vallado impugna, que eminente,
La inundación rebalsa, el curso impide;
Pero si rompe diques la corriente,
Pagos, selvas y cerros cubre y mide,
Donde se explayan ondas, y difundan
Riegos que esterilizan, porque abundan.

César distante del paraje y playa
Donde el asalto fue, su fama entiende
Que la llevó por cumbres la atalaya
Con viva antorcha que veloz enciende:
Confuso admira que a sus campos haya
Penetrado Pompeyo, y más le ofende
Ver que alojado el ímpetu apacigua,
Como ya en ocios de victoria antigua.

La tibieza adversaria induce fuego
En aquel pecho contra sí indignado;
Ve al Magno que en doméstico sosiego
Vencido César duerme asegurado:

Pronto a furores, a peligros ciego,
 Uno y otro escuadrón precipitado
 Mueve, y por triunfo estimará el destrozo
 Propio, si altera de Pompeyo el gozo.

Gran castillo del muro combatido,
 Guarda Torcuato en posesión reciente;
 Allí César a efecto no entendido
 Se arrojó intempestivo contendiente:
 Del baluarte al centro reducido
 Llama, retrae Torcuato armas y gente;
 Y el cesarino vulgo en la primera
 Introducción del fuerte se apodera.

Cuando el Magno su ejército conjura
 Y del contrario la insistencia abona,
 Descuelga escuadras de la crespa altura
 Del monte, y esparcidas le aprisiona:
 Tiembla el cesáreo, errores apresura,
 Fugitivos y empresas abandona,
 Cual turbar suele a quien el Etna habita
 Ancho incendio, que Encélado vomita.

Su presunción el compelido bando
 Deja, y la torre libre y la muralla;
 Vióse impedido con Pompeyo, y cuando
 Sus gentes huye, las encuentra y halla:

Negando lides se advirtió lidiando,
Tuvo la fuga aspectos de batalla,
Y en aquélla perdió el temor más vida
Que en otros el furor buscando herida.

Pudo el grande caudillo con atentas
Armas las huestes aceptar fugaces,
Y consentirse guerras tan sangrientas
Que sus extremos produjesen paces;
Pero las diestras de matar sedientas
Mitigó, y los espíritus audaces,
Que para tanta acción fue angosto el pecho,
Aun de Pompeyo fue lo magno estrecho.

César con el ejército ofendido
Del epirota y macedón se aleja,
Y el genio adverso y cetro aborrecido
Que allí le insidia, al adversario deja;
Tácito marcha, esconde su gemido,
Sólo el culpado Marte oye su queja,
A la Tesalia llega, y la acobarda
Vencido, bien que vencedor le aguarda.

Ya que en Epiro logra imperio ocioso,
Libre Pompeyo y triunfador clemente,
De sus guerreros el fervor celoso
Le amonesta sagaz e inteligente

Que a Italia con ejército dichoso
 Vuelva, y desdeñe al fugitivo ausente,
 Y en trono, que el laurel darle desea,
 De sus triunfos el último posea.

Mas lo propuesto reputando vano,
 "No vuelvo, dice, a mi desierto muro,
 Imitador de César, que tirano
 Lealtades huella, que ensalzar procuro;
 Súbdito fiel, doméstico romano
 Me verá Italia, no a su ley perjuro,
 Ausentar guerras el Senado abona,
 Aunque a Pompeyo ausente le corona.

"Reinar pudiera al proponer su estruendo
 Lo civil, si a designios temerarios
 Diera ambición política, rompiendo
 Templos y altares, despojando erarios:
 Tus paces, Roma, veneré y pretendo,
 Por alevos supongo actos contrarios,
 Que es tu guerra con varia recompensa
 Lejos amparo, y a tu vista ofensa.

"No he de llevarte disensión, que atento
 A divertirla, aun huyo tus almenas."
 Dice, y de Epiro el favorable asiento
 Conmuta en selvas de Tesalia amenas:

A César vuelve; el absoluto intento
Quiere en regiones estrecharle ajenas;
Entra en distritos, que engañoso apresta
Alegres campos a facción funesta.

Dió a sus legiones público recelo
La suerte allí, que adversidades traza,
Y al recibirlos la Tesalia, el cielo
Se malició en portentos de amenaza;
Sepultada la luz, cárdeno velo
Desde lo etéreo lo terrestre abraza,
Y en palenques de horror y obscuridades
Luchaban con falanges tempestades.

Como columna y torre el aire inflama
Pendiente fuego de cambiantes rojos,
Luego influye en Veloz rasgo de llama
Al ánimo terror, pasmo a los ojos;
El rayo allí, que impedimentos ama,
Devora acero limpio, y por despojos
Se liquidan las armas, que en los juegos
La tierra embebe de metales fuegos.

En campos ya de Marte y no de Flora
Mil enjambres el aire arma ligeros,
Punza, estraga su furia veladora,
Y su intención de cera rinde aceros;

Gime el son de la trompa, el clarín llora,
Son ternezas, pronósticos severos;
Todo arnés miente, espejos representa,
Falta imagen de estragos y sangrienta.

FIN DEL PRIMER TOMO